POR ESOS MUNDOS DE DIOS

ANÉCDOTAS MISIONERAS

Juan Manuel del Río, CSsR.

PRESENTACIÓN

Con el título *"Por esos mundos de Dios"* se pretende reflejar algo de la apasionante realidad que a cualquier misionero se le puede presentar en el no menos apasionante mundo de las misiones. Como apasionante es, en sí misma, la vida del misionero.

Este libro, podríamos decir, es casi el *Diario de un misionero*, en este caso, el de quien esto escribe, entresacando del mismo, pero publicando únicamente la parte anecdótica. Por eso, estas *anécdotas* reflejan al mismo tiempo el lado humano, ameno, ingenuo, cordial, vivencial, de los mil avatares que a diario se presentan en el espacioso campo de misión, donde el misionero trata de ser siempre un sembrador de esperanza.

Estas anécdotas son reales, episodios sencillos, pero entrañables, como la vida misma. Sólo que, intencionadamente, no están presentadas en orden cronológico, sino alfabético. Tienen, pues, el talante y el sabor misionero de quien las ha vivido. Al presentar este libro al dominio público en la Red espero y deseo que, comenzando por los niños, siguiendo por los jóvenes, y desembocando en los adultos, a todos pueda ser útil, ojalá, y animar así en todos el espíritu misionero que anida en cada uno de nosotros, hombres y mujeres.

Mi reconocimiento y gratitud a los mismos protagonistas que dan vida y han hecho posible estas páginas. Cariñosamente.

Juan Manuel del Río
Misionero Redentorista

ABENÁMAR, ABENÁMAR

"Abenámar, Abenámar, / moro de la morería, / el día que tú naciste / grandes señales había...".

Así iba recitando el misionero, para sus adentros, aquellos inmortales versos del romancero antiguo, —y que debieron ser los primeros que de niño aprendió—, mientras se dirigía a dar la Santa Misión en un precioso pueblo de Granada. Esa Granada mora y cristiana, seria y señorial, con alma de quejido hondo. Sultana siempre. Granada.

Por lo que luego sucedió, debió pensar el misionero: —Si en vez de dividir la historia en: "Edad Antigua, Media, Moderna, o Actual", la hubieran dividido en "antes de las telenovelas" (léase culebrones) o "después de las telenovelas", todo sería más fácil.

Esto sucedió, como en los cuentos antiguos, en tiempos de las telenovelas *"Cristal", "Topacio", "Rubí",* y otros "vidrios" adyacentes.

El misionero llegó al pueblo. Ni un alma en las calles, cuerpos tampoco. El tráfico paralizado. Todo estaba desierto. Todo era soledad. Sin más voz que la del silencio, casi como el día de la Creación. Ni tan siquiera un quejido de guitarra en pena se escuchaba. Así que la mente del misionero siguió: —*"Estaba la mar en calma, / la luna estaba crecida". / "Moro que en tal signo nace / no debe decir mentira".*

Se imaginó al moro y su respuesta:
—*"No la diré mi señor, / aunque me cueste la vida*".

Cuando logró reunir al pueblo en la iglesia parroquial, el misionero les propuso programa y horario.

—Tal acto a tal hora...

Como un estampido seco, que te pilla desprevenido, a una sola y vibrante voz, el gentío gritó:
—¡¡¡No zeñó...!!! ¡¡¡A eza hora no...!!!
—¿Por qué?
—¡Mire uzté... Ez que a eza hora dan *"Cristal"!*
—Ah, si es por eso, no se preocupen. Cambiamos la hora. ¿Les parece a tal hora?
—A eza..., ¡tampoco! A eza hora dan *"Topacio"!*

¡Ave, María! ¡Qué lío! Resulta que, según terminaba una telenovela en un canal comenzaba la siguiente en otro. Así que, cuando el misionero logró medio diseñar un programa, esperando que ni el tiempo ni las circunstancias lo impidieran, les dijo:

—Miren Vds. Los españoles conquistamos América con abalorios. Ahora América nos devuelve el producto. América está conquistando España a base de "vidrios"... Que si *"Cristal",* que si *"Rubí",* que si *"Topacio"…* Está claro: cada quinientos años se recicla la edad de la fantasía. Cuestión de abalorios.

Sobre el silencio que quedó flotando en el ambiente, el poema parecía continuar:
—*"Estaba la mar en calma / la luna estaba crecida..."*

Seguro que el bueno de Abenámar, moro de la morería, sonrió desde el cielo mientras contemplaba el verde plata de los olivares andaluces. Pero puedo dar fe de que, negociados los horarios, la misión resultó fenomenal.

AL CIELO EN BICICLETA

Beto estaba estrenando sacerdocio. Debía ser su primera o una de sus primeras salidas al campo de misión. Sabía muy bien que el misionero nunca lo será de verdad si primero no se deja él mismo evangelizar. Lo repetiría más más tarde en su querida tierra mexicana, el hoy santo, Juan Pablo II. Nos tocó misionar juntos en Cabo de san Lucas, en el extremo sur de la Baja California Sur. Cómo se reía cuando me lo contaba.

Había escrito algunas cartas y le urgía echarlas al correo. Por cierto, las cartas de los misioneros, escritas a vuela máquina en los ratos libres, suelen llevar por lo general un mensaje de esperanza. Bien, salió a la calle para ir al correo. Pero desconocía dónde quedaba el correo. En esto pasa un chamaquito, escasos nueve años, subido y pedaleando en una bicicleta que era más alta que él. El implacable sol de la Baja California Sur le caía a chorros sobre la espalda desnuda.

—Niño, por favor, ¿dónde queda el correo?

Antes de que el niño tuviera tiempo de contestar, una segunda intervención del misionero, envuelta en una sonrisa.

—Por cierto, estos días no te he visto en la misión…
—¿La misión? ¿Y eso qué es?
—Pues donde se enseña el camino del cielo. Se pasa muy bien.

Debió poner el niño cara de circunstancias, porque, torciendo sus morritos con gesto escéptico, contesta:

—¿El camino del cielo…? ¡Anda…! ¿No sabe usted el camino del correo y me va a enseñar a mí el camino del cielo que queda más lejos?

¡Toma castaña! Ante tan contundente respuesta, de increíble sabiduría infantil, el misionero no supo qué responder. ¿Habría el misionero, en su corta vida sacerdotal, escuchado sermón más elocuente? Seguro que el encuentro con aquel niño, y sobre la repuesta del mismo, el misionero no la olvidará jamás. Y es que, entre el camino del correo y el camino del cielo hay siempre un niño que nos canta las verdades de a puño.

¿Llegaría la carta del misionero siquiera al correo? A buen seguro que el mensaje del niño sí llegó al corazón del misionero.

Esta anécdota me hizo reflexionar. Cuántas horas nos pasamos los misioneros preparando esquemas de misión, dinámicas, y todo tipo de material catequético que, a la postre, quizá no pasan de ser "rollos", para enseñar el camino del cielo. Y a la hora de la hora, ¿qué queda? ¿Nos hemos parado a escuchar la voz de los niños? Si lo dice la Biblia: "De los niños de pecho sacarás la alabanza". Y dice más: que tenemos que hacernos como ellos si queremos, no ya, saber el camino del cielo, sino entrar en él.

Con el sol a su espalda, la bicicleta ladeada, porque subido por encima de la barra no llegaba a los pedales, qué elocuente misionero resultó ser aquel niño californiano de escasos nueve años.

ALTA TEOLOGIA EN SARRIA

Hay en Sarria (Lugo) una capillita, estrecha y chiquita, pero muy concurrida. Algunos la llaman de san Lázaro. La mayoría, de Lázaro, a secas. Porque ocurre además que el tal Lázaro no el amigo al que Cristo resucitó, sino el otro amigo al que Cristo inmortalizó en una de sus parábolas. Aquel que no tenía qué comer, ni más amigos que los famélicos canes, que merodeaba a la puerta del rico Epulón buscando comida y nadie se la daba. De esta guisa, el pobre se murió y al cielo se fue.

Pues bien, aunque en la parábola Cristo lo sitúa directamente en sitio de honor, allá en el cielo, el tal Lázaro no existió, salvo en la parábola, pero la gente le tiene mucha devoción. Cuando dimos la misión en Sarria me tocó celebrar varias misas en la capilla de Lázaro, atendida por don Camilo, un sacerdote bondadoso, más bueno que el pan. Sabedor de cómo llamaban al patrón de la capilla, no obstante, yo le añadía por delante el san. San Lázaro por aquí, san Lázaro por allá. O, san Lázaro, ruega por nosotros. Pero pronto tuve que abreviar y dejarlo en Lázaro, a secas, que es como a la gente le gusta.

Y bien, en Lázaro fue. Una tarde, al terminar la misa se acerca al altar una encantadora abuela (avoa, en gallego).

—Ti dixeches que Deus é espíritu. Eu dixo que ten corpo. Teño un cadro na miña casa, e díxoti que Deus ten corpo.

—Que no, mujer, que no; que Dios no tiene cuerpo, que es espíritu.

—¡Eu digo que ten corpo!

Ni por mi sangre navarra, ni por mi cabeza baturra, la pude convencer. Que ya digo yo que unos tenemos la fama, pero… Definitivamente, la abuela me ganó a testarudez. Y seguro que a fe también. Porque lo que más me gustó fue ver la firmeza de su fe. Ella veía a Dios en el cuadro. Y, naturalmente, en el cuadro si Dios no tuviera cuerpo, en espíritu sería invisible.

Ni los santos Padres de la Iglesia de Oriente ni los de Occidente, ni teólogos, ni doctores, ni pneumatología, ni concilios. Los cuadros, los cuadros…, que la fe entra por los ojos. Ella veía el cuadro, y en el cuadro Dios tenía cuerpo.

Para que luego digan que "doctores tiene la santa Madre Iglesia…".

—Avoa, queridiña, efectivamente, Dios tiene cuerpo. Que así lo pintó el artista en el cuadro. Tranquila, que no nos peleamos. Que los tiempos iconoclastas ya pasaron.

AMÉRICA MISIONERA

Nuevo Mundo se llamó a América. Sin duda el nombre que mejor le cuadra, porque América siempre es nueva. Más, es mágica, es de embrujo, y de ensueño. Única es en sus paisajes, climas y gentes. Irrepetible. Es el continente donde la vida pulula a borbotón. Misteriosa es la América milenaria y siempre joven. Ríos, montañas, volcanes, páramos, selvas, trópicos y glaciares eternos, todo, absolutamente todo, contribuye a hacer de América un continente fascinante, que subyuga, que enamora, y que eterniza los sentimientos, afectos, y gratitud.

Pero América, para comprenderla, como todas las cosas grandes sólo se comprende desde adentro. Y para eso, hay que haber vivido allí desde muy joven, justo desde el momento en que la vida y los sentimientos propios se hermanan con los sentimientos comunes de un continente que a fuer de irrepetible es universal porque conserva desde y para siempre su intransferible personalidad. Ni la fusión de razas, de credos, de ambiciones, han podido cambiarla. Por el contrario, más ha acentuado su recia personalidad. Por eso y por mucho más América es un continente para ser amado. Como la vida. Porque América es vida.

En este episodio quiero resaltar a esos cristo que uno encuentra por el camino, que son los propios misioneros. Infatigables caminantes ("qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz", proclamaba Isaías), por selvas, páramos, sabanas, pueblos, caseríos, aldeas, los misioneros tienen siempre un mensaje que llevar. Y vaya que sí lo llevan. Es el mensaje de Cristo. Del Cristo grande, el mismo que dijo: "Id al mundo entero y proclamad la Buena Nueva". Y en

los labios y en el corazón los misioneros llevan la Buena Nueva y una alegría que los hace únicos, que los distingue y significa, que les abre puertas y corazones. Los misioneros son hombres y mujeres que irradian alegría.

De cualquier país, de todo país, donde los misioneros trabajan como heraldos del Evangelio, hay infinidad de anécdotas que contar. La mente y el corazón del misionero es un archivo inagotable de anécdotas, de vivencias, intransferibles muchas veces, porque forman, y son, la trama de su propio ser.

Estamos en Venezuela, concretamente en las agrestes y resecas tierras de Carora, en el Estado de Lara, donde alguna noche y olvidado de que no dormía sobre una cama sino sobre una hamaca, al dar media vuelta, toda la humanidad del misionero se fue al suelo. La misma humanidad que veía serpientes por todas partes, desde el día que le salió una en la sala, otra en la cocina y otra más en el comedor de la casa donde se hospedaba. Le dijeron:

—Es una mapanare.
—Gracias por la información. Pero, peor me lo pone.

Aunque bien podía haber sido una macaurel. O una cascabel. Porque el misionero era experto en teología, pero no en cuestión de ofidios. Asignatura pendiente. Una coral no era, ni una tragavenados. Pero de las que asustan a cualquiera, confieso que sí.

Con tanto susto, un día el misionero se enfermó. Virosis, fiebre muy alta. En su delirio, dicen que el misionero pedía que le trajeran ya las cuatro velas. Pero *"la hermana muerte"* –oh, bendito Francisco de Asís-, no llegó. Sí llegó, en cambio, el médico. Mejor dicho, la médico, hija del matrimonio que me

hospedaba. Alta, amable, y elegante. Tan buena receta dio al enfermo misionero que éste optó por curarse cuanto antes:

—“Padre, dese buena vida, coma, beba, y no trabaje…”.
—¿Cómo ha dicho?
—Lo que oye.

¡Santo remedio!, ¡Santa medicina!, ¡Santa doctora…!:
—¡Ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis!
—¿En qué facultad universitaria imparten los conocimientos de esa que no es medicina alópata ni homeópata, doctora?
—En la misma donde los misioneros aprenden a impartir tanta alegría.

Una complaciente y pícara sonrisa llenó su juvenil y hermoso rostro venezolano.
—Gracias, doctora.

ARTISTAS EN CIERNES

En aquellos lejanísimos tiempos, cuando los niños éramos niños, y podíamos jugar al fútbol en plena calle poniendo como portería un par de jerséis, midiendo el ancho a pasitos. No teníamos los sofisticados juegos electrónicos de hoy, pero éramos felices. ¡Qué algarabía! Primero hacíamos la tarea de la escuela. La tarea era sagrada. Luego a la calle, a jugar; los chicos al fútbol, las chicas a amas de casa, a las tabas, o a mirar.

—¡Oye, tú, espabilado, que has acortado la puerta, que te he visto!

Y se volvía a medir, pasito a pasito, zapato sobre zapato. Todos jugaban. Los más grandes y los más chicos. Todos revueltos. Y todos corriendo tras el balón a la vez. ¿El árbitro? Nosotros mismos. Cada cinco córners, penalti. Los dos más gallitos del barrio se encargaban de formar los equipos.

—Fulano, conmigo
—Yo elijo a mengano.
—Yo a zutano.

Alguno, que había quedado sin ser elegido decía:
—¿Y yo, con quién voy?
—Tú eres muy chiquitujo. Con ellos.

No importaba que fueran once, quince, o más o menos jugadores por bando. Todos jugaban.

Eran los tiempos en que palabras como “divorcio” eran desconocidas, por falta de uso. Cada familia era como una minitribu. Los abuelos vivían en casa, no en residencias. Con los

pantalones viejos de papá, mamá hacía unos nuevos para el hijo, que luego a su vez heredaba el siguiente hermanito, porque siempre había un hermanito pequeño en casa. ¡Tiempos aquellos!

No habían pasado muchos años de esa gloriosa y dorada edad de la infancia cuando el padre, con olfativa autoridad, profetizaba y señalaba la vocación de cada hijo.

—Tú, al seminario.

Y los seminarios se llenaban, como la cosa más natural del mundo, de la algarabía de cientos de chavales, muchos de los cuales duraban poco en el seminario. La "vocación" es otra cosa.

A la distancia del tiempo, uno mira con cariño y hasta con ternura, aquellos años de imborrables recuerdos. Porque fueron años felices. En los seminarios se estudiaba mucho, pero se pasaba muy bien. Hasta hacíamos teatro… Los artistas asignados, todos de cartel, nosotros mismos, tenían que aprenderse de memoria su papel respectivo. Lo mismo se representaba una obra de Calderón de la Barca que de un señor de apellido muy raro, Shakespeare, pronunciado, por supuesto, como se escribe. Lo único que, siendo años de rigurosa clausura, como por arte de magia todos los papeles eran rigurosa y unívocamente masculinos. A veces había que representar dos personajes, para que hubiera más espectadores que artistas. No era problema. Así que, si te tocaba hacer de rey Duncan, también tenías que hacer, pongamos por caso, el papel del criado Malcon.

Recuerdo la escena. El rey Duncan, tras batirse en fiera pelea a sablazo limpio, cae mortalmente herido en la macbethriana tragedia shakespereana. Acongojado silencio. Expectación. Cae el telón. Gran ovación en la sala.

Y llega el acto final, cuadro siguiente. Entra en escena el criado Malcon. Desde la primera fila de butacas se empieza a oír un cierto murmullo. Y de pronto, una voz muy infantil pero bien timbrada.

—¡Ay…, va! ¡Si a ese ya lo mataron antes…!

Una estruendosa carcajada estalló en todo el salón. ¡Tierra, trágame! ¡Bajad el telón!

Fue así como una tragedia terminó en comedia. ¡Ay, si Shakespeare levantara la cabeza! Pero mejor dejémosle descansar en paz en aras de los gloriosos pequeños-grandes artistas.

BAJO EL ECLIPSE TOTAL DE SOL

Aquel 11 de julio no es fácil de olvidar. Y no tanto por un fenómeno natural que resulta ser un eclipse total de sol, sino por cuanto sucedió aquel día. Me encontraba misionando la población de Yaruca (Honduras), más varios caseríos del sector. Yaruca está "a dos horas de camioneta" de La Ceiba. Digo bien, de camioneta. Este tipo de medición es mucho más fiable, seguro y exacto, que el sistema métrico decimal latino, o que el de yardas anglosajón, o que el de años luz, año más año menos, de la Nasa, pongamos por caso. Misionando por esos mundos de Dios, de selvas, ríos, quebradas, desiertos, montañas o llanuras, donde casi nunca hay caminos, cuenta poco el reloj y el kilometraje convencional. El kilometraje son las horas que se tarda en llegar de un sitio a otro.

Dos horas, pues, dos, de camioneta. (Para los amigos, autobús, en lenguaje convencional). Y qué camioneta. De alcurnia y abolengo, y emparentada con la aristocracia, pues se llama "baronesa". ¡Casi ná…! Por asientos, unas bancas, que lo mismo sirven para sentarse los viajeros que para transportar mercancía de todo tipo. Sin cristales en las ventanillas, uno puede ir contemplando el paisaje como en cinemascope. Y en cada bache del camino un salto. Con lo cual no llega uno a calcular la altura de los árboles, pues tan pronto los ves desde arriba como desde abajo.

Ese día, muy de mañana, subí a lo más alto de la montaña, donde vive Antonio, Delegado de la Palabra. Dos horas largas de brava subida. A veces me faltaban las fuerzas y el aire. ¡Pero qué paisajes! Antonio procede de Copán, y ha sido coordinador de Delegados. Alguien le quemó la humilde casita de paja. Todo

ardió. Él, su esposa e hijos quedaron con lo puesto. Con lo poco que le ayudó el párroco de la zona, y otro poco la alcaldía de La Ceiba, hizo frente a la situación. Mi visita le animó grandemente. Me dijo textualmente: “La visita del misionero es para mí la visita del mismo Cristo”.

Un hombre de fe. Hacia el mediodía me despedí. Abajo en la aldea me esperaba otra labor importante. Hacer de exorcista sin exorcismos. Es decir, convencer a la gente de que el miedo ancestral a los eclipses de sol totales es un miedo supersticioso, sin fundamento. Se lo había explicado a la gente la noche anterior en la predicación. Estaba seguro de que no habían quedado convencidos. Así que, según bajé a la aldea, comenzó el eclipse. Ni un alma, ni tampoco un cuerpo, se veía por la calle. Todos se habían refugiado en sus casitas, muchas de ellas de cañas. Para ellos el eclipse tiene algo de mágico, de supersticioso, algo que infunde miedo. Yo sabía que me estaban viendo desde sus casitas. Eso era, exactamente, lo que yo buscaba, que me vieran. Así que me puse a caminar, calle arriba, calle abajo. Me veían pasar con el más sobrecogido silencio. Un alma piadosa, sin asomarse del todo a la ventana de su humilde casita me gritó:

—¡Padresito, venga, escóndase aquí!

Por la noche en la capilla se hacían cruces.

—¡Al misionero no le ha pasado nada!
—¡Ni a ustedes tampoco les hubiera pasado nada, miedosos, más que miedosos! ¿Tenía yo razón, o no?
—¡Sí, padresito, sí…!

A continuación del hablé de la estrella de Belén, donde un Cristo Niño eclipsaba con su radiante claridad todos los miedos y supersticiones y sonreía con amor a toda la gente buena, comenzando por los de Yaruca.

BAJO LA CARPA DEL CIRCO

El misionero tiene mucho de nómada. Es un nómada de la esperanza. A la gente del circo le sucede algo semejante.

Pocos días antes de morir *"El Santo",* el famoso enmascarado de plata, invencible campeón mexicano de la lucha libre, recuerdo que salió en *"Contrapunto",* aquel buen programa de Televisa, dirigido por Jacobo Zabludovski. El tema del programa en esta ocasión era, naturalmente, la lucha libre. Me alegró oír de boca de *"El Santo"* que el único que le había ganado una pelea en su vida había sido el guatemalteco Alfonso López, internacionalmente conocido como *"Tarzán López".*

Con *"Tarzán López"* nos une una estrecha y antigua amistad. Me lo presentaron por primera vez en el Divino Redentor, de Guatemala, parroquia regentada por los redentoristas, cuyo párroco en ese momento era yo. Él era feligrés de la parroquia. Y director del *"Circo Rex".* Si el circo estaba en la ciudad, no faltaba a misa. Confesión y comunión cada domingo no podían faltar. A continuación marchaba al circo a preparar la función matinal.

He querido contar esto porque me he encontrado en la vida con personas que cuando hablan de la gente del circo no siempre se expresan bien. Tienen un concepto equivocado. Les garantizo que hay gente del circo extraordinaria.

A esta extraordinaria gente del circo pertenecen, por ejemplo, los componentes del Circo Rex. *"El fabuloso Circo Rex",* de *"Tarzán López",* como era conocido. Cuatro hermanos trabajaban en él, más las esposas, hijos, sobrinos. Y, por supuesto, los artistas de temporada.

Cuántas horas, en los ratos libres, me pasé bajo la carpa del circo preparando a los niños a la Primera Comunión.

Lo que *"El Santo"* afirmó en *"Contrapunto"* se lo había escuchado directamente a *"Tarzán López".* Yo sabía que no era una fanfarronada del que fue varias veces campeón sudamericano de la Lucha libre. Fue el único, en efecto, que le ganó una pelea al *"Santo".*

Pero no es el tema de la lucha libre profesional lo que me ocupa ahora, sino el *"El fabuloso Circo Rex"* de *"Tarzán López".*

Era una espléndida tarde de domingo en la tropical Mazatenango. Por entonces yo estaba destinado allí. Les había ido muy bien ese domingo. Siempre les iba bien en Mazatenango, aunque fue allí donde había perdido un dedo de una mano por una dentellada de uno de los leones, el mismo que años más tarde le volvería a jugar una mala pasada. Lo que son las cosas, el padre había enseñado y entrenado a su hijo, de unos diez años, como domador. Los leones le obedecían que era una maravilla, para gozo del público. Su padre estaba también dentro de la jaula, por supuesto, pues toda preocupación es poca estando ante unas fieras de reacciones imprevisibles. En un momento dado, un fotógrafo les hizo una seña para que se juntaran padre e hijo y posaran para disparar la foto. El padre entonces se acercó a su hijo echándole una mano sobre el hombro. Visto y no visto. El león debió pensar que el padre atacaba al muchacho, porque se abalanzó sobre el padre haciéndole un buen rasgón en el brazo. Mientras, la misma fiera, curiosamente, se puso a la par del niño, como protegiéndole. Que las fieras también tienen su corazoncito.

Pero a lo que voy. Al terminar la última función de ese domingo, abarrotada de público, el famoso domador y empresario del circo, dice:

—Señoras y señores, niños: la función ha terminado. Pero a continuación vamos a tener algo muy especial bajo la carpa: una boda. Quienes deseen acompañarnos en esta celebración pueden quedarse, son bienvenidos.

Ni que decir tiene. No se movió nadie de sus asientos. La expectación máxima. Y no se había hecho ninguna propaganda previa. Pero una boda bajo la carpa no es cosa de todos los días. Pocas bodas se habrán celebrado con tantos, y sorprendidos, invitados.

De altar nos sirvió la *"cama elástica",* y alrededor del improvisado altar todos los artistas vestidos con sus respectivos atuendos. ¡Qué colorido de luz y belleza! ¿Los novios? Una feliz pareja de acróbatas en el "globo de la muerte". También había un grupo de niños, de los distintos artistas del circo, que en esa misa de boda iban a hacer su Primera Comunión.

En lo más alto del circo esta vez los trapecios no se movían. Todas las miradas estaban fijas en la pista central donde una feliz pareja se daban el *"Sí"* para siempre. Por esta vez al menos, las habituales risas se habían trocado en contenida emoción. ¡Qué tremenda ovación resonó bajo la carpa del circo!

DÍA DE TORMENTA

¡Qué hermosa es la vida! Quizá por eso, esta vez viene a mi memoria la fábula de la *cigarra y la hormiga*, pero en versión misionera.

Aquel buen amigo y compañero de misión por tierras lejanas, como la hormiguita del cuento, había adquirido un "magnavoz", equipo de sonido, portátil. Tan necesario en las misiones para poder hacerse oír de todos. Precioso aparato, muy buen sonido. Lo cuidaba con esmero, tanto si lo utilizaba dentro del templo como si en las calles.

El otro misionero, no menos buen amigo y compañero, pero al que asignaremos el papel de la cigarra veraniega del cuento, andaba sin equipo de sonido. ¡Pobre garganta!

—Oye, manito (mexicano él), préstame ¿sí?, tu altavoz…

—Ni hablar, es nuevo y me lo vas a estropear. Olvídate…

Pero tanto insistió, que al fin consiguió lo que quería. En mala hora, o en buena, según de qué lado nos coloquemos. Con el magnavoz colocado al hombro y el micrófono en la mano, comenzó a recorrer las calles haciendo propaganda de la misión. En la población había una de esas muchas sectas, made in Usa, que pululan por la América Latina. Mucho debió de enfadarles que comenzaron a tirar piedras al misionero. Y bien que daban en el blanco, pese a ser el misionero de tez bastante morena.

Como si de una épica batalla medieval se tratara, el misionero, abrazado a su magnavoz a guisa de escudo, iba esquivando las piedras como Dios le daba a entender. No todas.

Porque las más bravas impactaban de lleno en el improvisado y eficaz escudo protector, que acusó recibo.

Terminada la batalla campal, y aunque indemne el misionero, pero descalabrado el magnavoz, se encaminó con la cabeza gacha, barruntando otra tormenta, a donde se encontraba su compañero. El cielo se estaba nublando, la tormenta era segura, por lo que aquí me veo obligado a interrumpir la narración. Disculpen.

DIEZ CENTAVOS DE MÚSICA

Media mañana en el templo parroquial de una ciudad calurosa de la Costa Sur de Guatemala. Calor, tranquilidad y modorra tropical. Algunas personas diseminadas por las bancas, más adormiladas que rezadoras. El misionero, que debía preparar algunos cantos para ensayar con los jóvenes, abrió el armonium y colocó la partitura en su sitio. Sabía solfa, cantar también, pero no instrumentación. Eso no era problema. Dando a las teclas debidas con un dedo de la mano derecha era fácil aprenderse los cantos. Y para que la mano izquierda no estuviera en el paro, la situó sobre el teclado haciendo un recorrido constante con todos los dedos por las teclas del lado izquierdo. Acordes no serían, pero al menos ruido que no faltara.

Por arte y magia, los acordes, llamados por la mano izquierda, casi nunca llegaban y si venían, venían a trompicones y por libres. En cambio, la mano derecha, nota a nota, iba sacando la melodía. Y como la música, es la música, lo mismo aquí que en Nueva York, en el trópico que en el polo norte, el misionero observó a que prudente distancia observaba y escuchaba atentamente un indito. Firme como una escultura, no se movía.

Cuando el ensayo terminó, el misionero se dispuso a cerrar el armonium. El indito entonces, se acerca, mete una mano al bolsillo, saca una monedita de diez centavos de quetzal, se la alarga al improvisado músico y le dice:

—Padrecito, otra piesesita más.

A la ternura con que lo dijo, el misionero correspondió con una sonrisa, obligándole a guardar su monedita.

—¿Vos querés otra piesesita? Pues ahí va.

Y a todo fuelle y golpeando las teclas alegremente con la derecha y con la izquierda, el misionero improvisó, no una

serenata, sino toda una sinfonía de acordes en discordancia, pero que al indito debió saberle a música celestial. ¡Oh, inocencia prebautismal!

—Gracias, padresito.

Y se fue. Se marchó con rostro de felicidad. Y es que, en el alma limpia del indígena no hay sólo sufrimiento y marginación. Hay también un espacio vital para la ternura y la sencillez que inunda todo su ser. Y también para la música, aunque ésta no corresponda a la Sinfónica de Berlín.

Me figuro que en ese momento los coros celestiales, querubines y serafines incluidos, callaron de pronto su melodía angelical, para contemplar, de gracia llena, otra ternura más cercana y llana: la de aquel indito que tenía el alma de música llena.

DIOS JUEGA EN BOLSA

Por tierras de Castilla fue. Allí donde el horizonte no tiene fin y la fe de las gentes crecía a la par del trigo.

Un grupo de niños y niñas en el salón parroquial. Algarabía, como si de una bandada de gorriones en libertad se tratara. Todos se están preparando para hacer la Primera Comunión. Va a comenzar la catequesis de este día. Calladitos, que comenzamos. Y los niños:
—¡Cántanos otra vez el canto de ayer! ¡El de los pajaritos...!
—¡No, no...! ¡El puente de cristal!
—¡Calma, calma, que todo llegará!

El mejor modo de serenarlos, cantar. Luego la doctrina. Y, naturalmente que cantamos el canto de los pajaritos, y el del puente de cristal. Y ahora la explicación.

Entra una niña. Llega con algo de retraso. Su padre, que es banquero, se encarga de traerla en el coche todos los días. Suele ser puntual, hoy no.
—¡Vamos, Lucía, siéntate, que ya hemos comenzado!
—Es que mi papá tenía hoy mucho trabajo.
—No te preocupes, no pasa nada. Pero, vamos a ver, Lucía, si sabes responder a la pregunta. Es muy fácil. Dime: ¿Cuántos Dioses hay?

Todos los niños quieren responder.
—¡Yo!, ¡yo!, ¡yo...!
—He preguntado a Lucía.

Lucía se lo piensa antes de responder. Pone cara de ángel escapado de los pinceles de Murillo. Y luego, como una exhalación, exclama:

—¡Uno!
—¡Muy bien!

Continuamos la catequesis. Pero veo en la carita de Lucía cierta preocupación. Me mira, no me quita la vista de encima. Al fin se decide. Levanta la mano. Quiere decir algo.

—¡A ver, Lucía...!

Y Lucía, más lista que el hambre, salta:
—¡Bueno...! ¡Ahora hay un solo Dios! ¡Pero pronto..., va a haber ¡dos!
—Explícate, Lucía. ¿Cómo es eso de que ahora hay un solo Dios y luego va a haber dos?
—¡Sí! Porque ahora..., el Niño Jesús es pequeño..., pero en cuanto crezca y se haga grande..., ¡también va a ser Dios! ¡Y habrá ¡dos!

Acentuó lo de ¡dos! Mientras los demás niños se mataban de la risa, a la que tampoco yo pude ser ajeno, pensé que a aquella angelical teología no le faltaba lógica. Que los niños descubren a Dios con la misma naturalidad y lógica con que van descubriendo la vida. Y que si Dios nos manda ser como niños, es porque Él es el primero en hacerse Niño. Niño con los niños. Y Niño para los niños. Mayor lógica, que la de aquella niña que se preparaba para hacer la Primera Comunión, no la he visto. No se me ocurrió otra cosa, que decirle:

—Lucía, dile a tu papá de parte mía, él que es banquero, lo entenderá, que Dios también juega en Bolsa.

La Bolsa sube y baja. Bueno, Dios, como en la Bolsa, de pronto baja, baja hasta nosotros, y se hace Niño. Y sube, nos sube con Él, nos deifica, nos ennoblece. Más claro que el agua.

DIPLOMADO EN CRISTO

"Expresar imposible sería lo que va por dentro, lo que el alma siente". Habíamos cantado este bello canto.

Hay momentos y vivencias que se quedan grabados para toda la vida en el sentimiento y en el corazón. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, la Casa del Peregrino, que así se llama el hermoso lugar y casa donde tantos Cursillos de Cristiandad se han dado y se dan, en Guatemala?

Quien conoce Guatemala, sabe que es un país de ensueño. Lo llaman el País de la Eterna Primavera. Y bien, en uno de tantos Cursillos de Cristiandad celebrados en la Casa del Peregrino, recuerdo, y debo confesar que me emocioné, cuando aquel indígena de raza quiché, al invitarle en la clausura a dar una vivencia personal de su experiencia en el Cursillo, se levanta. Tranquilo él. Pausado él. Sonriente él. Rostro enjuto, y moreno de sol y trabajo. Cordial. Nos mira a todos con gesto de infinita fraternidad, y dice:

—Soy un hombre sin estudios. Apenas fui a la escuela. Mis tatas eran pobres y yo tuve que ir, desde muy niño, a trabajar en la milpa. Por consiguiente, a mí nunca me han dado un diploma. Pero he venido al Cursillo y, de esta Escuela salgo diplomado en Cristo.

La ovación fue cerrada. Era un modo de dar salida a la emoción que a todos nos embargó. Lo dijo con tal sencillez y unción que, a mí se me hizo un nudo en la garganta.

¡Madre mía! No se puede decir y expresar más teología en tan pocas palabras. ¡Diplomado en Cristo! Lo que en los libros ocupa cientos de páginas, aquel sencillo hombre de Dios lo

expresó en una frase. Cuánta teología expresaron sus palabras. Y sobre todo, cuánta vida.

Fue el testimonio del alma limpia de aquel indígena guatemalteco. Su porte, su compostura, fue como un poema hecho de tierra y esperanza.

Aquella noche cantamos con más entusiasmo que nunca:
—*"¡Qué lindos son los Cursillos, bien haya quien los fundó!".*

Aquella noche hubo resonancias de otros ecos más profundos. Cuando los dirigentes fuimos a la capilla a dar las buenas noches a Cristo y despedirnos, me sentí feliz de ser sacerdote. De poder compartir la experiencia de Dios con gente que tiene el alma llena de luz. Me quité el crucifijo que llevaba al pecho, el mismo que nos entregan en el Cursillo, y lo deposité sobre el altar. Para qué lo quería. Esa noche sentí que llevaba sobre mi conciencia sacerdotal, no un crucifijo, sino un cristo en minúsculas que se asemejaba al Cristo con mayúsculas.

Era un cristo de cara morena, hecho a la par de la tierra y del maíz. Un cristo, indígena él, de la noble raza quiché, un cristo-indio diplomado en Cristo.

DOÑA BRAVANTE DE GEN-NO-BEBA

Por supuesto que no se llamaba así. Bueno, Genoveva, sí. Y añadir de Bravante, sería meternos en historias que ni nos van ni nos vienen. Por eso, con permiso del respetable, como dicen los taurinos,, intercambiemos los trastes. Nombre por apellido y viceversa. Bravante, viene de brava. Gen, raíz misma del ser. No-beba, como los anuncios para conductores. Además que, doña Bravante es como un semáforo en rojo en cuestión de intransigencia. No se puede pasar. A la intransigencia ella llama principios.

—A mí mis padres me educaron más derecha que una vela. ¡Esos eran tiempos, no los de ahora!

Ama de llaves del cura, parece que no pudo mandar en su casa y, sin saber quién dejó a quién, la cosa es que se separó del marido. Ah, y tiene a los feligreses a raya. Sabe de todo. Creo que hasta latín. Lo dicho, ama de llaves del cura, y de la parroquia.

—Doña Brava, digo, doña Geno, que los tiempos han cambiado.

—Claro, si es lo que digo yo, que los tiempos han cambiado. Mire si no, cómo está la juventud. Mire cómo están las familias hoy.

No hay modo de entrar en diálogo formal con ella. Sólo logramos ponernos de acuerdo en que los tiempos han cambiado. Cuando me deja meter cuchara le digo:

—Cierto, la familia está afectada por los cambios. Pero las personas han ganado en libertad. Hoy se valora más a la persona que a la ley.

—¿La ley? Hoy no hay respeto a las leyes.

—Pero convendrá conmigo en que a la persona sí. ¿O no? Hoy se da prioridad a la persona, y de ahí la tendencia a considerar las cosas, por ejemplo el matrimonio, como cuestión más privada, en detrimento quizá de lo social.

Cuesta dialogar con doña Geno, doña Bravante, como yo la llamo. Todo lo que suene a cambio le sabe a herejía. Sus tiempos fueron los únicos buenos.

—Esos sí eran tiempos.

Y a buen seguro que a los mayores de "su tiempo" les debe suceder igual que a ella hoy. Porque esto es una cadena que nos remonta hasta Adán. Siempre los tiempos anteriores fueron mejores.

—Pues, doña Geno, yo estoy encantado con el tiempo que me ha tocado vivir. No le discuto que los tiempos pasados fueran mejores. Pero le digo que las guerras, el odio, la muerte violenta, los celos, etc., etc., no se han inventado hoy. Creo que más que añorar, nuestra tarea es vivir, y dejar vivir, y saber convivir. Mire, doña Geno, hoy por ejemplo, entre los muchos valores actuales está la promoción cultural y laboral de la mujer.

—Ah, sí…, mire, en eso sí estoy de acuerdo.

—Bien, ya es algo. Aunque también le diré que en la familia actual hay menos comunicación, quizá por la dispersión de sus miembros por motivo de estudio, trabajo, etc. Pero el individualismo a que nos vemos abocados puede llevarnos a una mayor responsabilidad personal en todos los frentes que plantea la sociedad, cada vez más selectiva. ¿Que hoy no se está por el compromiso estable? Cierto. ¿Que la televisión nos come el coco? Cierto. Hasta que nos hartemos y de pronto nos demos

cuenta de la necesidad de, por ejemplo, leer libros, culturizarnos más. ¿Qué estamos en una sociedad aberrante donde quien manda es el dinero? Cierto. Hasta que sepamos descubrir el valor de la verdadera libertad, y de que la persona está por encima del dinero.

Curiosamente, doña Geno me ha escuchado sin chistar. Sin que sirva de precedentes. Pero apuntilla:

—Ay, si mi santa madre levantara la cabeza.

EL ALCOHOL NO ARDE

"Soñé que la nieve ardía…", bueno eso dice aquella antigua y hermosa jota navarra. Mas nunca pasó por mi mente que el alcohol, símbolo para una charla de misión, no ardiera. Ver para creer.

Fue en el populoso barrio del Chamelecón, de la próspera ciudad de San Pedro Sula (Honduras). Plena misión. Semana de la predicación tras haber celebrado la semana de asambleas familiares. Los mensajes iban acompañados de símbolos, a modo de que la gente pudiera captar mejor el mensaje. Habíamos escuchado el pasaje del capítulo 3 del Éxodo, la zarza ardiendo. Imaginemos a Dios, cuya voz se oye pero Él no se deja ver, imaginemos a Moisés, imaginemos la zarza ardiendo…, y para eso, qué mejor que encender un fuego. Eso, un fuego. Con un simple frasco de alcohol vertido sobre un recipiente adecuado era suficiente. Todo preparado, la gente muy atenta. Enciendo una cerilla, la aplico al alcohol y, ¡oh milagros de las artimañas modernas!, éste que no arde. Ni inmutarse. El bendito alcohol que no prende. El paciente misionero aguantando la cerilla, que ya se quemaba los dedos. Otra cerilla, mismo resultado. Y otra, y otra. Aquello pasaba de castaño oscuro. De pronto, desde una de las bancas se levanta una viejecita.

—Padresito, espere tantito, que ahorita le traigo más alcohol.

En un santiamén se presenta con un frasco. Y, ¡oh, bendita viejecita! El fuego se hizo. Y así pudimos imaginar la escena de Moisés junto a la zarza ardiendo, y la voz de Dios.

Curiosamente, la gente tomó las cosas con calma y admirable respeto. En cualquier otro lugar pudiera haber

terminado el famoso encendido del alcohol en el hazmerreír de la gente. O como dicen otros, *“como el rosario de aurora”.*

Cuando al día siguiente me encuentro con otro compañero y le cuento la anécdota, me dice:

—¡Anda…, a mí me pasó lo mismo!

Comprendí entonces por qué la gente se lo había tomado con calma. Estaban acostumbrados a que más de una vez el alcohol no ardiera. Como si fuera la cosa más natural del mundo que el alcohol no ardiera, cuando en mi lejana Navarra hasta la nieve ardía, según la brava jota.

Permítaseme sacar una conclusión y aplicación desde el bíblico episodio de la zarza ardiendo. A Moisés Dios le mandó presentarse ante el Faraón con la orden de que dejara en libertad al pueblo de Israel. Pues bien, digo yo, ¿no nos estará pidiendo hoy que gritemos a los cuatro vientos que no se sigan cometiendo fraudes, atropellos a la honradez, etc., tantos, que ni el alcohol, emborrachado de agua, arde? Respetemos el valor y finalidad de cada cosa.

EL BAR DEL ROSARIO

Entramos en el bar de aquel pueblo, en la entrañable tierra extremeña. Fue por tomar un chato de vino. Fue por charlar con la gente. O fue quizá por ambas cosas. Porque en los pueblos, si no es en el bar, dónde vas a encontrar un cristiano. En los pueblos el bar es el ágora universal. La casa de todos. Lugar de encuentro para la charla, la amistad, pasar el rato, y ese apagar un poco la sed, tanto la material como la de la soledad. Que los pueblos, cada vez más, están siendo invadidos por el virus del tedio y la soledad.

Digamos que se llama Alfonso. Me invitó a un chato de vino. Yo acepté. Era un modo de poder contactar con la gente e invitarles a participar en la misión. Me presentó al dueño del bar, y único barman. Hombre cariñoso, apacible, y por lo que vi, amigo de todos.

—Con que…, ¿usted es el misionero? Como ahora ya no se les distingue…

Qué bueno que no se nos distinga, pensé. Así no se nos convertirá en unos seres privilegiados. Si ya el Kempis, y de esto debía saber bastante, lo dijo: que *"el hábito no hace al fraile".* Y por otra parte, la levadura fermenta la masa sin hacerse notar. Le contesté con frase hecha:

—Es que también nosotros, los curas, necesitamos ser evangelizados.

No sé si comprendió el alcance de mi contestación. Estaba claro. Dijo de pronto, con aplomo y sencillez:

—Yo rezo todos los días el rosario. Ahí, ahí, en esa mesa que usted ve.

La mesa que él señalaba estaba junto a la ventana.

—Cuando ya no hay clientes en el bar, antes de cerrar, todas las noches mi mujer y yo rezamos el rosario.

Vi la cara de sorpresa de Alfonso, el que me había invitado a tomar un chato de vino. Pensé, cuántas veces creemos conocer a la gente, y no es así. Nos conocemos superficialmente. Cuántas veces no habría Alfonso entrado en el bar, como otros tantos paisanos. ¿Quién conocía o sabía que el barman y dueño del bar rezaba diariamente el rosario, allí, en el mismo bar?

Nos sirvió otro vasito. A cámara lenta, como dejando la botella medio suspendida en el aire.

—Y no crea, padre, que le miento.
—¿Y por qué me iba usted a mentir?
—Esta costumbre la heredé de mi madre.

¡Ay, las madres! Mi mente se fue atrás en el tiempo, a los años idos de mi infancia. Lo mismo había aprendido yo de la mía. El bondadoso barman prosiguió:

—De ella también aprendí…, permita que se lo recite, padre: *"En el monte murió Cristo, Dios y Hombre verdadero, no murió por los pecados, que murió por las ovejas. Clavado está en la cruz con duros clavos de hierro…"*
-Un momento, ¿le importa que tome nota de esta oración?

Saqué mi bolígrafo y escribí. Él prosiguió:

—*“Padre mío del cielo, ese humilde Cordero…”.*

En mi libreta guardé su oración escrita. Y en mi memoria, el recuerdo de un hombre bueno. Y de un bar donde, a diario se reza el rosario.

EL CRISTO PAGANO

Mira que uno ha tenido que leer y releer cristologías, patrísticas, documentos conciliares y no conciliares, encíclicas, y tantas teologías. Pero como decían nuestras abuelas, no te irás a la cama sin haber aprendido cada día una cosa más.

Aquel día aprendí que hay un *"Cristo pagano"*. Como suena. En ningún tratado teológico lo había encontrado. Hasta aquel día.

Cualquiera pudo ser la ciudad. Porque fue en una ciudad. Una ciudad con vocación marinera, de luz y gracia llena, asomada al mar, con sabor a petróleo y sal, y de universal cordialidad con acento andaluz.

El barrio que nos había tocado misionar pertenece a la periferia, con sus cuestas arriba y sus cuestas abajo. Más hacia arriba que hacia abajo, y si no, que se lo digan al buen párroco, de gran físico, muy parecido a Juan XXIII en su corpórea humanidad, cómo le costaba trepar por las calles cuesta arriba a la hora de visitar las asambleas familiares. Un día quedó varado a mitad de una calle, como un barco a orillas del mar, y dijo que subir el resto de la calle lo dejaba para otro día. ¡Qué cuestas, madre, qué cuestas!

Llegué a una de las asambleas que me correspondía visitar. En ese momento la monitora estaba haciendo la pregunta de rigor.

—¿Quién es cristo? ¿Qué es lo que más te llama la atención de él?

Primero fue el silencio. La pregunta, por lo visto, rebasaba el conocimiento que la gente tenía de Cristo. Luego algunas toses nerviosas. Y por fin, la voz de una espontánea, una mujer de buen ver, de copiosa humanidad, tanto que casi no cabía en la silla.

—Pues…

Fue el arranque. Luego una pausa como para tomar aire. La asamblea respiraba tranquila. Alguien salía al paso de la pregunta que la monitora había formulado.

—Pues…, pues…, ¡Cristo era un pagano!

Nadie movió un párpado. Daban por buena la contundente respuesta. La mujer continuó.

—Sí, Cristo era un pagano. Pero…, pero…, ¡se bautizó! ¡Se hizo cristiano! Y…, y…, ¡y ya!

Así, a trompicones pero con contundencia. Se me abrieron los ojos. Se inauguraba una nueva cristología, en la ciudad marinera, de gracia y sabor a mar.

Debió quedar muy satisfecha con la respuesta, porque se arrellanó en la silla al tiempo que se atusaba la cabellera echándola hacia atrás. A mí se me quedó muy grabado aquel "¡Y ya!". Era como el "¡Amén!" conclusivo de una oración.

Tomé la palabra. Noté una especie de alivio agradecido en la asamblea. Si hablaba el misionero, ellos se libraban de hacerlo. Con una amplia sonrisa a la respetable concurrencia que miraban con atención al misionero, me lancé, no diré que por soleares, pero casi, y con un muy centroamericano *"¡Ojo al Cristo…!",* les dije:

—¿Cómo es eso de que Cristo era un pagano…?

Todos me miraban muy fijamente. Me vino a la mente aquello de *"Intentique ora tenebant…".* Los versos de la Eneida afloraban sin remedio a mi memoria, viendo la atención con que me miraban. Estaban todos boquiabiertos. Y en los pocos minutos de que disponía, pues aún me quedaban más asambleas por visitar, les hice una breve y compendiosa catequesis sobre Cristo.

No me quedó más remedio que, al igual que aquel día Cristo, camino de Emaús, *"comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas"* fue catequizando a los despistados discípulos, así, pero en versión de bolsillo, que dirían los libreros, yo también traté de catequizar a la asamblea.

Debió quedar aseadita dicha explicación porque la cosa terminó con una fuerte ovación.

EL DEL PALITO NO

Confieso que al misionero le resulta difícil establecer comparaciones. Por su vocación universal debe ir de aquí para allá. Tiene que tratar con infinidad de gentes. Atravesar valles y montañas, ríos y mares, como heraldo del Evangelio. Pero es difícil sustraerse a la belleza excepcional de, por ejemplo, la República de Guatemala. ¡Precioso país donde los haya! Si uno no nació poeta, allí terminará siéndolo.

Guatemala es un país de ensueño. Sé que esto mismo se puede aplicar a otros países también. Lo sé. Pero cómo no extasiarse contemplando la belleza de sus volcanes. Majestuosos, verticales, enhiestos. Y sus selvas milenarias. Inolvidables selvas del Petén, paraíso de los mayas. O los agrestes Cuchumatanes, antesala del cielo. En una de cuyas cimas han tenido el buen gusto de esculpir sobre lápidas de piedra versos o pensamientos de sus mejores hombres, escritores y poetas. O sus lagos. ¡Ay, lago de Atitlán! Un lago propio para las hadas, espejo donde el cielo se mira siempre. ¡Y qué decir de sus costas, sobre todo las del Pacífico! Paradisíacas playas de Churirín, Tahuexco, Tilapa, bañándose infinitas en el mar. Si el paraíso terrenal no estuvo en Guatemala, venga Dios y lo vea. Vengan los soñadores todos y vean. Hablen los dioses mayas y digan.

En el hondón del tiempo se pierde la memoria de los mayas. Quichés, sujtujiles, manes, kakchikeles…, son ramas de un mismo tronco. Con sus atuendos multicolores, preciosos, sus siete lenguas principales y veinticuatro dialectos, aunque todos entienden “castilla”. Los indígenas guatemaltecos resultan únicos. Aman su tierra. La Pacha-mama, la diosa tierra madre,

que no es exactamente una diosa, pero es una madre de la que todos nos alimentamos. Son fieles a sus costumbres. Y se enorgullecen de la belleza de sus muchachas, a las que ellos llaman “patojas”, palabra que sabe a miel en los labios.

En un muy elevado porcentaje los indígenas guatemaltecos conservan intacta la pureza de su sangre. En cambio, asimilaron muy bien ciertas costumbres de los españoles. En parte, porque muchas cosas que los españoles trajeron a esta tierra, ya las tenían ellos. Trajeron las procesiones de semana santa, ellos tenían procesiones. El concepto de la comunión eucarística, ellos tenían comunión en la sangre de las víctimas. La danza de “moros y cristianos”, la asimilaron a las mil maravillas, y no hay fiesta en que no se celebre esta danza. Y qué decir de sus procesiones de semana santa. Y la música con que acompañan. No hay que olvidar que el Paso de semana santa más grande del mundo está en la Antigua, la famosa ciudad colonial. Hasta en los pueblos más pequeños se celebra la semana santa. Y siempre acompaña la banda de música. Los guatemaltecos aman entrañablemente sus procesiones.

Pues bien, en cierta ciudad quiché, para preparar la siguiente semana santa, se reunió la Cofradía, como es de rigor. Acordaron contratar la misma banda de música del año anterior. Había tocado muy bien. Todos quedaron muy satisfechos. También los músicos habían cobrado bien. En esto, se levanta uno de los cofrades, y dice:

—También yo opino que debe venir la misma banda de música, pero el del “palito” (el director), no. Total, no hizo más que mover el palito, no tocó nada, y cobró igual que los demás.

Oh, raza enhiesta, de atuendos multicolores, pueblo indómito, qué grande eres.

EL DOBLE DE BUTRAGUEÑO

Esta anécdota se remonta a la famosa llamada “quinta del Buitre”, abreviatura del no menos famoso futbolista Butragueño. Sucedió en La Ceiba, Honduras.

Compartimos trabajo en el equipo misionero con el que llegó a ser director del mismo, y hoy Provincial de los redentoristas españoles, Pedro López. Estábamos misionando en Honduras. La verdad es que Pedro tenía un enorme parecido con Butragueño. De hecho, de regreso a España, se sacó una foto con el famoso futbolista, y que yo la puse como portada de la revista Icono.

Estábamos en la casa parroquial de La Ceiba. Dos jovencitos que por allí andaba, no dejaban de mirar a Pedro. Miraban, volvían a mirar.

—Te digo que sí, que es Butragueño.

—Cómo va a ser Butragueño…

Rompiendo sus miedos, se acercan a Pedro.

—Oiga…, ¿es usted Butragueño?

La carcajada del misionero Pedro fue inmediata, abierta, sonora. ¿Tanto se parecían misionero y futbolista? Con el buen que caracteriza a Pedro, éste les contesta con guasa:

—Sí, claro. Soy Butragueño.

—¿Y cómo es que anda por aquí, en la santa Misión?

—Pues ya veis, aprovechando las vacaciones. Además que algo hay que hacer por Cristo, ¿no?

—Entonces, nos firma un autógrafo?

—¡Hombre…, sólo faltaba! ¡Con mucho gusto!

—Gracias. Y, ¿qué tal Hugo Sánchez?

—Ah, como siempre, jugando bien, aunque no me gusta mucho lo de la voltereta, cualquier día de cae de cabeza.

—Nosotros les vemos por la tele.

—¡Hombre, qué bueno!

—Gracias por el autógrafo!

—De nada muchachos. He puesto la firma personal ¿eh?, no la que aparece en los periódicos, en las fotografías.

—Ah, no importa, muchas gracias.

Y mientras aquellos jovencitos se alejaban, muy felices por haber conseguido un autógrafo de "Butragueño" y haber podido verlo de cerca y conversar con él, el misionero se tronchaba de risa.

—¡Anda…! Pues debe ser verdad que me parezco a Butragueño!

¿Será por aquello de que todos tenemos un doble, según dicen?

EL ERMITAÑO DE BENIGANIM

Viajando por las prósperas tierras valencianas se encuentra uno con una gente trabajadora, cordial, acogedora, alegre, y, eso sí, muy charlatana, mediterráneamente bulliciosa. Llegando a las proximidades de Xátiva, hay un pueblo chiquito y bonito, limpio y soleado: Lloc Nou d'en Fenollet. Vale la pena detenerse un rato, es gente muy cordial. Hablan Valencià, pero no hay que preocuparse, no les va a la zaga el castellano.

Siguiendo hacia Cuatretonda, distante unos ocho kilómetros de Lloc Nou, a mitad de camino se da cima al puerto de Beniganim. Torciendo a la derecha por un camino de tierra se llega enseguida al depósito del agua. Si se va en coche, mejor dejarlo ahí, porque en ese preciso lugar comienza un camino encementado, apto sólo para el desplazamiento a pie. El silencio es hermano del paisaje. Casi sin darse uno cuenta hemos andado unos trescientos metros. Justo ahí, una sencilla puerta de barrotes, con una campanilla para llamar, y una cruz. Indica que hemos llegado a un lugar lleno de paz y de silencio, donde vive *"El Ermitaño".* Así, por ese nombre, tan real como cierto, es conocido un hombre que llevaba, cuando yo lo conocí y de esto hace ya mucho que lo conocí, treinta años. Treinta, viviendo en la soledad de la montaña. De profesión, ermitaño.

Nos acoge con júbilo y gozo. Diego y su esposa Amparo me acompañan. El paisaje desde las rocas es soberbio. Yo me quedo de brazos cruzados mirando expectante al Ermitaño. En cuanto me ve, y a la distancia, me dice.

—¡¡¡Uyyy…, tú eres cura!!!

Su sonora voz tiene el timbre de una alegría cordial. Viste sayal de fraile, pero no lo es. Su barba parece la de Aarón, el hermano del bíblico Moisés. Mi memoria viaja en el tiempo, a los primeros años del cristianismo. Desiertos, soledades, anacoretas, ermitaños… Ahí se detiene el tiempo y mi imaginación. El silencio es oración. La paz lo invade todo. Respondo.

—¡¡¡Qué bien conoces a los pobres pecadores!!!

Ríe. El paisaje sabe a pino y a monte. Le pregunto.

—¿Cuántos años llevas aquí?

—Treinta. Me llamo Salvador.

—¿No te oprime esta soledad?

—¿Esta soledad? No estoy solo, Dios está conmigo. Aquí he encontrado la paz interior. Una paz total. Soy feliz.

Todo está limpísimo. Arañando la tierra y las rocas, ha allanado el abrupto roquedal, haciendo bancales, y ha plantado olivos y pinos. Veo también algunos naranjos y un limonero. En la planicie mayor ha construido una capilla, pequeña, pero muy limpia. Nos invita a rezar. Rezamos. Hay un sagrario, con el Santísimo. Permiso expreso del obispo. Adosadas a ambos lados de la capilla, dos celdas humildes. Dos. Porque hacía unos pocos años había pasado a la eternidad otro ermitaño que vivía con él. A continuación nos enseña el lugar donde está excavando dos tumbas. Una será para su hermano de soledad, trabajo y oración. De momento reposa en el cementerio de Beniganim. La otra, para él. Dos cipreses, de vertical verdor, velarán el silencio transidos de eternidad. Pero Salvador está alegre, muy alegre. Se le ve feliz.

—He hecho del trabajo oración.

Y nos va hablando de Dios, con una naturalidad y un cariño tal que su conversación parece un poema teológico lleno de vital sencillez..

—Esta es mi vocación. Sin vocación no aguantaría aquí ni cinco minutos. Soy feliz.

Qué pronto se nos ha pasado la tarde. Tras una oración compartida, nos retiramos. En la montaña queda, lleno de Dios, y orando por nosotros, un hombre bueno. El Ermitaño. Que Dios te bendiga, hermano.

EL FAX DE SIMINIPUCHE

Don Hermes sería un patriarca completo en los tiempos que corremos si no se afeitara la barba cada ocho días. No sabe leer ni escribir, pero tiene una capacidad organizativa encomiable. Es afable y bondadoso. Todo el mundo le quiere. Sabe cuidar por igual de su larga familia y de sus chivos, en el caserío de Siminipuche.

Siminipuche, tiene cadencia fonética, si se pronuncia paladeándolo. Nombre indígena por lo demás, como puede verse. Y, por supuesto, es un pueblo que no tiene luz ni agua corriente. El agua la traen desde el río Tocuyo, a motor de gasoil. No es potable. Suelen tener la precaución de hervirla. Región agreste y montaraz, donde la principal riqueza son los chivos, sufridos habitantes de esta región llena de nopaleras.

La misión fue una fiesta, el mayor acontecimiento para esta buena gente, sumergida en una especie de letargo permanente que el fuerte calor impone.

Rodeados ellos, y rodeado yo de chivos, no me fue difícil hablarles del rebaño de Cristo. Pastor y rebaño, rebaño y pastor, les es figura muy familiar. Ovejas no había, de modo que no les hablaba del rebaño de Cristo citando a las ovejas, sino a los chivos. El rebaño eran los chivos. Y todos buenos. Todos a la derecha de Cristo el día del juicio final.

En Siminipuche, la vida de cada día es un poema a la calma suspendida en la quietud del tiempo. Sobran los relojes. Abundan los chinchorros o hamacas. El calor invita al descanso. Incomunicados del mundo circundante, sin agua corriente, sin teléfono, sin luz, sin nadie que moleste, lo dicho, la vida es un poema agreste.

Coincidió esta misión en tiempo de cambios de personal para los misioneros en nuestras respectivas comunidades.

Dentro de la campaña de misiones que estábamos dando, a los misioneros nos dieron unos días de descanso. Lugar señalado, Maracaibo. Cada quien desde el lugar de misión nos desplazamos a la petrolera ciudad.

Llegué cuando los demás compañeros estaban cenando. Con la seriedad y aplomo que las circunstancias requerían les dije, como noticia esperada y de última hora:

—¿Sabéis...? Acabo de recibir en Siminipuche un fax desde Madrid, anunciando los cambios de personal que todos estamos esperando.

—¡Cuenta, cuenta...!

Hice una pausa, creando expectativa y suspense. ¡Qué emoción en el ambiente!

—Pues sí... ¡A varios de vosotros os han nombrado superiores! ¡Pero no me acuerdo de memoria! ¡A ver, si encuentro el fax…! ¿Dónde lo habré metido…?

Hice ademán de buscar el fax en la cartera de mano.

—¡Dónde lo habré metido...!

Como era imposible que el inexistente fax apareciera entre los demás papeles, algunos comenzaban a impacientarse.

—¡Es igual! ¡Dí los que te acuerdes...!
—¡Calma, calma, muchachos...! ¡Además, sucede que a casi todos nos han cambiado de comunidad...!
—¡Cómo va a ser!
—¡Qué queréis que os diga. Es lo que dice el fax...!

En ese momento, justo en ese momento, fue cuando a alguno se le encendió la chispa, y saltó:

—¡Pero qué fax ni qué ocho cuartos! ¡Si en Siminipuche no hay luz, cómo va a haber fax...!

¡Ave, María! ¡Qué alboroto se armó! Tras la expectación se pasó a la hilaridad y de la hilaridad a la celebración festiva.

A esa hora, en Siminipuche, sin luz, sin agua corriente, sin teléfono, sin fax, chivos y gentes descansaban bajo un cielo rutilante de estrellas.

EL GUARDAESPALDAS

¿Sabían ustedes que los misioneros llevaban guardaespaldas? ¿No? Tampoco yo. Y soy misionero.

Si me acompañan, los llevaré conmigo a la cárcel. No, no, tranquilos. No para quedarse en ella, sólo para acompañarme. Además, no les dejarán pasar de la última puerta de barrotes. Estoy dando la santa misión en la cárcel.

Cárcel de Morelia, la hermosa ciudad mexicana. Mil trescientos presos en la sección de hombres. Cincuenta en la de mujeres. Nos han permitido misionar a los presos. Labor que me han asignado a mí. Llego el día señalado. Antes de traspasar la última puerta de rejas me dicen los guardias:

—Padresito, póngase la sotana antes de entrar y pida a Dios que lo respeten, porque…

Queda la frase en suspense. Me cuentan a continuación la historia, reciente, como de película. Sucedió sólo tres días antes de la misión. En una de las visitas rutinarias del capellán al centro penitenciario los presos lo habían *"encuerado".* Expresión que significa dejarlo literalmente *"en cueros",* o sea, desnudo. Le robaron absolutamente todo. Todo. Se trataba de un sacerdote *"gringo*", es decir, norteamericano. ¿Sería verdad lo que me contaban los guardias?

Con estos antecedentes, recientes como el pan caliente, me disponía a comenzar la santa misión en la cárcel. Pensé que los guardias, que además no dejaban de lado su buen humor, me estaban tomando el pelo y me hacían una broma inocente. Pronto iba a saber la verdad de la verdad. Me pongo la sotana y me dispongo a traspasar las rejas. El panorama, de golpe, era

para echar a correr. Agarrado a los barrotes un hombre enorme, de estatura colosal. Debe andar por los dos metros. ¡Ay, madre!, me dije. Me abren los guardias la puerta de hierro. Paso adelante. Se me acerca el gigantón. ¡Ay, madre!, vuelvo a decirme. El gigantón me pasa una mano por el hombro. ¡Ay, madre!, me digo por tercera vez.

—Padresito, yo voy a ser su guardaespaldas.

—¡Ah…, muy bien! ¡Encantado! ¡Se lo agradezco…!, le dije, aparentando serenidad, pero temblando por dentro.

Y punto a punto, me fue relatando todo lo que los guardias me habían referido fuera. Luego, era verdad. ¡Vaya, vaya…!

Junto a aquel gigante yo debía parecer su sombra cuando el sol está casi vertical. No me dejó ni a sol ni a sombra. Efectivamente, fue mi guardaespaldas. Desconozco por qué motivo estaba preso. Nunca me lo contó. Pero a mí me pareció el ángel de la guarda. Repito, no me dejó ni a sol ni a sombra.

No es el momento de contar la sordidez que a veces encuentra uno dentro de las cárceles. Me ha tocado misionar en unas cuantas, de varios países. De todas saqué una conclusión personal: la cárcel no redime. Por lo menos, no en el sentido moral. Es muy difícil una regeneración moral y social.

Sin embargo, y sin que sirva de precedentes, fue allí, en la cárcel de Morelia, Michoacán, donde por primera y única vez en mi vida he tenido un guardaespaldas espontáneo.

De los mil trescientos, acudieron a las charlas cuarenta. Casi tantos como en la otra sección las mujeres.

EL HERMANO LEGO

Este episodio sucede por las viejas tierras de Castilla. Predicaba los Ejercicios espirituales de Cuaresma a la gente del pueblo un afamado misionero. Abajo, la iglesia abarrotada. Arriba, en el coro, cuarenta y seis novicios, y varios miembros de la comunidad. La temática desarrollada por el misionero parece que estaba calando en el auditorio, a juzgar por la atención con que todo el mundo escuchaba al misionero.

Entre los presentes en el coro se encontraba un veterano Hermano coadjutor, muy entrado en años. Se sentía joven entre tanto novicio joven. Con ellos rezaba, con ellos cantaba, con ellos escuchaba y seguía la predicación. Parecía la bella estampa de aquel entrañable Hermano lego cantado por Pemán.

La frase bíblica que daba pie a la predicación de esa noche era: *"Nuestra vida está escondida en Cristo",* del capítulo tres de la carta a los colosenses.

El misionero, aunque andaluz él, era buen conocedor de la gente castellana. Y de sus costumbres e idiosincrasia hablaba y hablaba. Como en muchas casas de la entonces llamada Castilla la Vieja solía haber una bodega para guardar el vino, el misionero insistía en los peligros que la juventud corría cuando se reunían en las bodegas. Que si las bodegas, que si las compañías con las que se juntan. La droga, no. Entonces aún no se conocía la lacra esta de la droga. Bueno, bueno, para qué seguir.

El buen Hermano no debió ripio de todo lo que el misionero decía, porque cuando el misionero terminó su conferencia, se levanta y alzando la voz, para que todos los jóvenes novicios le escucharan, dice:

—Todo eso que ha dicho el misionero está muy bien. Pero no va con nosotros, porque nuestra vida está escondida en Dios “según san Juan”.

La carcajada fue general. Juan o Pablo, Pablo o Juan, qué más da. Para el buen lego resultaba igual, que para esas distinciones doctores tiene la santa madre Iglesia. Y el buen lego, como el de Pemán, salió del coro y siguió su camino alabando a Dios.

Ciertamente la vida de los Hermanos coadjutores es una “vida escondida en Dios”. Y qué meritoria. Hoy los Hermanos coadjutores, o legos como entonces se decía, van desapareciendo. Pero cuántos de ellos, canonizados o no, han demostrado ser unos santos. Y han encontrado el sentido de su vida en las sencillas y humildes faenas domésticas de un convento. ¡Cómo no recordar a un san Martín de Porres! O entre los redentoristas, ¡un san Gerardo María Mayela! Y tantos otros.

En ellos se conjuga aquella bella estampa del Evangelio, la labor de Marta, afanosa, trabajadora, servicial, y la de María, su hermana, mujer a la escucha de la Palabra de Dios, mujer de oración.

EL PADRE “SITO” EN MÉRIDA

Quien viaja a Emérita Augusta, la apacible ciudad de descanso de los romanos, la misma que con su sangre martirial inmortalizó Santa Eulalia, y los poetas cantaron, y allende los mares su fama llevaron intrépidos conquistadores, la Mérida actual, de la Humanidad Patrimonio, quien viaja, digo, sabe que cada piedra que pisa es una pieza viva del épico puzzle de la historia.

Mérida (Badajoz), es silencio en piedra que habla el elocuente lenguaje de la historia cautiva entre sus ruinas. Mérida es ensoñación. Que la historia es soñar. Soñar el pasado anclado en el amasijo de hombres y piedras.

Pues bien, a la inmortal Mérida, Emérita Augusta, corazón de Extremadura, tierra recia de conquistadores, la Santa Misión llegó. Y entre los misioneros, uno; famoso, tanto, que nadie lo conocía. Ni él mismo sabía de sí mismo, a ciencia cierta. Era el Padre *“Sito”.* No Sixto, ni Sexto, ni Séptimo. *Sito*. Simplemente, *Sito*. Verán.

Una mañana, al terminar la Eucaristía, y mientras el misionero se quitaba los ornamentos sacerdotales, llega alguien preguntando por el misionero Padre *Sito*. El otro misionero le dice:

—¿Padre *Sito*...? No, señora, no. Aquí no hay ningún Padre *Sito*. Estamos sólo dos misioneros. Yo soy Juan Carlos y el que ha celebrado es Juan Manuel. Pero ¿Sito...?, no.

—¡Que sí, que se llama Sito! Es el que predicó anoche. Si dijo que se llama Sito.

—¿....?

En esto, asoma el misionero en cuestión, el que acababa de celebrar la misa. Lo ve la señora.

—¡Ése es...! ¡Ése...! ¡Hola, Padre Sito...! ¡A usted lo buscaba yo...!

—¡Encantado! ¡Oiga...!, ¿cómo me ha llamado...?

—¡Cómo va a ser: Sito...! Padre Sito...!

El misionero la miró atentamente. Hizo un momento de silencio, el suficiente para que su mente se situara. Se dio cuenta de que estaba en la Emérita Augusta, arqueológica y bella, donde cada piedra permanecía en su sitio; dio un salto en el tiempo, quinientos años atrás: América. Los Conquistadores. Mestizaje. Religión. La diosa Tonantzín... Vuelta al presente. Nuevo salto atrás en el tiempo. Roma. Romanos. Aurigas. Santa Eulalia. Mérida.

—¡Ay, señora! ¡No, señora, no! ¡No me llamo Sito!.

—¿Pues no nos dijo usted mismo, anoche, que se llamaba Sito...?

—¿...? ¡Nunca he dicho tal cosa! ¡Ah…, ya...! ¡Ya caigo!

Todo estaba clarísimo. El misionero, curtido de muchos soles y lunas por los interminables caminos misioneros de la América Latina, les había hablado del modo cariñoso que los indígenas tienen de llamar al Misionero: “Padresito”.

Seguramente, la buena señora no había captado la alusión a los indígenas; ni había dado el salto a América. Se había quedado en la Emérita Augusta, donde dos misionero predicaban la misión. Y ella, lo que son las entendederas, se quedó con la copla de *“Padre Sito”* y al que ella rebautizó: *“Padre Sito”.*

—¡No, señora, no! Una cosa es *“padresito”* y otra *“Padre Sito”.* Mi nombre es Juan. Juan Manuel, y el otro misionero es Juan Carlos.

Mientras tanto, Mérida, señorial y hermosa, romana y extremeña, seguía en su sitio. Y sobre el espejo del agua, del embalse de Proserpina, se peinaban las encinas.

EL PASTOR DE SAN JUAN

No es un Miguel Hernández, poeta y pastor, pastor y poeta. No es un hato de chivas lo que él cuida. Otro es su rebaño. Aunque lo de poeta quizá sí le va. Se trata de un chico joven, demasiado joven, aunque ya con familia, con hijos y con la responsabilidad de los veinticinco feligreses que acuden a su capilla. Es el pastor de la secta, en el Campo Bananero de San Juan, perteneciente a La Lima, Honduras. Cuando cuento esto, han pasado varios años. No sé en la actualidad qué habrá sido de su vida.

Supe de él por la gente. Yo estaba misionando en ese Campo bananero. Como quien no hace nada, se me acerca un día en el preciso instante en que me disponía a desplazarme a otra aldea llamada la Cruz de Valencia.

Fue el suyo un acercamiento no precisamente agresivo, como suele ser el de algunos pastores de sectas. Lo llamaría más bien acercamiento bíblico. Efectivamente traía la biblia en las manos. Eso sí, venía soltando citas bíblicas a los cuatro puntos cardinales. Había citas que debían estar sacadas de la literatura esotérica. No encajaban con la Biblia. De todos modos, que conmigo quería hablar, era más que evidente. Le dije:

—¿Para que soy bueno, amigo? ¿Trabajas en la bananera?

—¡Oh, no! A mi padre la Compañía lo explotó. Y total, murió pobre. Yo no puedo dejarme explotar. Pero tengo que vivir. Soy el pastor de esa capilla que usted ve ahí.

—O sea, que tu vocación al ministerio no ha sido ni a lo Samuel, ni a lo san Pablo. Pero veo que tienes la cabeza llena de citas bíblicas, y otras que no sé de dónde las has sacado.

Se echó a reír.

—¡Uuuffffff! ¡Viera!, aquí la gente es muy fría!

Había un algo en él que se me hacía como territorio de nadie. Había un deje de resentimiento agresivo, pero también de acercamiento amistoso. Y sobre todo, necesidad de que alguien le escuchara. El triángulo que trazó, la Compañía bananera, su padre, y él mismo, se me antojaba ser un sucinto poema épico del drama diario que vive tanta gente. La explotación inmisericorde que las grandes Compañías transnacionales hacen de tierras y gentes, sobre todo en los países del Tercer Mundo, la desidia y desorganización, otras, de los propios países, han convertido en mal endémico el diario vivir de muchos pueblos y gentes. Si a eso añadimos la droga, la prostitución, etc., el caldo de cultivo está servido.

—Además, tuve problemas con la droga durante varios años. Pero Dios me ayudó a salir de ese abismo y el modo de agradecérselo ha sido predicar su Palabra.

No estuve seguro si me decía la verdad en cuanto a la droga, porque esas conversiones "al vapor" que dan paso a la generación espontánea de tantos predicadores, cabalmente de sectas, lo he escuchado repetidas veces. Pero en fin.

—"Su" Palabra… Vale. ¿Quieres que sigamos hablando en días sucesivos? Sabes que soy el misionero católico. Ahora me esperan en la Cruz de Valencia. En cuanto regrese continuamos, ¿te parece?

—De acuerdo.

Así trascurrió la primera entrevista que tuvimos. Luego siguieron otras más. Nos hicimos amigos. Pronto perdió la poca agresividad manifestada en un primer momento, que, por lo demás, no parecía ser propiedad temperamental suya.

En las siguientes entrevistas que tuvimos, sólo a una más acudió con citas bíblicas. Dejó de lado las citas bíblicas en cuanto le espeté:

—Menos citas bíblicas y más pragmatismo. Vamos al grano. Nada de evasiones ni de andar por las ramas.

—Tiene razón.

El muchacho era inteligente y abordamos en serio los problemas, los suyos en concreto, que no eran de índole bíblica, ni relativos a su pequeño rebaño de feligreses. Que por cierto, de los veinticinco teóricos, en la práctica eran asiduos sólo trece. Urgían más los problemas humanos, los problemas reales. El estómago no se llena con citas bíblicas. Lo entendió perfectamente.

—Tiene usted razón.

Cuando terminé la misión al cabo de quince días, confieso que quizá fue él el mejor oyente que tuve. En ningún momento le invité a que dejara la secta. Eso es obra de la Gracia y de una conciencia reflexiva y responsabilidad personal. Me vino a la mente la frase de Cristo: “No estás lejos del reino de los cielos”. Porque él, como yo, y como tanta gente, era una oveja más del rebaño de Cristo. Quizá una oveja necesitada de orientación que, posiblemente, necesitada también de un encuentro con un sacerdote. Pero, por desgracia, estos escasean en el Tercer Mundo.

Curiosamente, al despedirme de la gente misionada en el Campo bananero de San Juan, se personó para despedirme y darme las gracias.

Sobre el paisaje caliente, luminoso y verde, de los campos bananeros, dejé flotando mi oración esperanzada.

EL SACRISTÁN Y SU CAMPANA

Han pasado muchos años, tantos, que casi ni me acuerdo. Llegué a Sabanagrande (Honduras) a media tarde. En aquel entonces era obispo de esa diócesis monseñor Evelio, al mismo tiempo párroco de la población. Hombre diminuto, cordial, sencillo. La misión me tocaba darla en otra población, por lo cual, y para poder desplazarme, me tenía preparados dos medios de locomoción. Dos. Un caballo, estilo Rocinante, pero más viejo. Y un jeep antediluviano. Vaya par de fósiles, fue lo primero que pensé. Me dice monseñor:

—Elige.

Eché un vistazo rutinario, porque ya me había fijado en la mercancía fosilaria y le dije:

—Monseñor, prefiero el caballo.

Ya había subido el equipaje al buen jumento cuando me dice el obispo.

—Mira, mejor vete en el carro (coche). Además está aquí el sacristán, que es mi chofer, que te lleve y luego se regresa él, mañana lo voy a necesitar.

Tengo que decir que monseñor Evelio era un obispo de los del tiempo de los apóstoles. No sabía qué era un palacio episcopal. Su casa era la casa sencilla de un no menos sencillo cura de pueblo. Pero un apóstol a tiempo completo. Le tomé mucho cariño. Su casa, pobre pero acogedora, estaba abierta para todos. No se necesitaba permiso para entrar ni había que pedir audiencia con antelación. Un auténtico obispo misionero, que además ejercía de obispo porque andaba escaso de sacerdotes.

Lo dicho, nos fuimos en el jeep, de color rojo un tanto indefinido. Como a mitad de camino había que atravesar una quebrada, un tanto ancha, pero con poca agua, apenas llegaba al tobillo. Entrar, lo que se dice entrar, el jeep entró bien. Pero a mitad de la quebrada comenzó a renquear. Dio una especie de estornudo y se paró. A mitad de la quebrada. Nos bajamos, mojándonos los zapatos, por supuesto, que poco más era la altura del agua. Revisamos el motor, las bujías. Ni por activa ni por pasiva. No hubo modo de que volviera a arrancar. Si por algo había yo preferido el caballo. Así que me eché el equipaje a la espalda y a caminar. Me dice el sacristán y chofer:

—Usted siga el camino, sin desviarse, que dará con el pueblo.

Cuando llegué al pueblito era ya muy noche. Llegué cansado, hambriento, sediento. En seguida vi la iglesia. En el pueblo no había luz eléctrica, pero la iglesia se veía iluminada. Luego, había gente en ella. Allí me dirigí. Y, oh milagro, allí estaba el pueblo en pleno esperando al misionero. Me recibieron con una ovación y comenzaron a cantar, dando la bienvenida. Yo llegaba polvoriento, y casi no me tenía en pie. Pero verlos allí, cuando yo ya los hacía acostados, me dio ánimos. Los saludé, los bendije, recé con ellos. Y les expliqué el percance del dicho jeep.

A ellos no les importó que el misionero llegara tan tarde. Estaban felices porque llegaba un misionero. Por otra parte, los relojes eran material no acostumbrado. Los horarios iban por libre.

—Miren, como es muy tarde, y todos estamos cansados, vamos a inaugurar la misión mañana con el rosario de aurora.

—Sí, padresito.

Despedí a la gente. Al sacristán le dije:

—Hágame el favor de tocar la campana temprano, para llamar a la gente al rosario de aurora.

—Descuide, padresito.

Para el misionero habían asignado una casita de una sola pieza. Tenía un corral donde crecía la hierba, pequeño feudo de un caballo relinchón.

—Padresito, no haga usted caso del caballo. Suele patear mucho por la noche, pero es muy mansito.

No me enteré si pateaba o no, porque caí rendido sobre el camastro y me dormí de inmediato. De pronto, oigo tocar la campana. ¡Válgame Dios!, pensé. Ya debe estar la gente en la capilla y el misionero dormido. Lo que faltaba. Ayer llegué tarde, y ¿hoy también? ¡Buenos estamos!

Me levanté rápidamente, me eché a la cara cuatro gotas de agua que habían dejado en una jofaina y salí a todo vapor. Qué raro, todo oscuro, las estrellas en lo más alto del cielo. Qué raro. Se me ocurre encender un cerillo para ver el reloj. ¡La una! ¡Madre de Dios…! ¡La una! ¡A la cama de nuevo!

Cuando llegó el amanecer no me hizo falta campana. Me fui derecho a la capilla. Allí estaba el bueno del sacristán. Ojos de sueño. Le digo:

—¿Qué fiesta había, que sonaba la campana tan alegre a media noche?

—¡Ay, padresito…! ¡Es que, como no tengo reloj…, toqué *"al tanteyo"!*

A ojo de buen cubero, que dirían en otras latitudes. Se había pasado el pobre toda la santa noche en la capilla para no dormirse y tocar a tiempo la campana, para el rosario de aurora.

¡Y tan a tiempo! Como el empleado bueno y fiel del Evangelio, había estado toda la noche en vela. La madrugada lo encontró en vela. Y el misionero también.

EL TEMBLOR DE XELAJÚ

"Luna gardenia de plata, que en mi serenata, te vuelves canción, tú que me viste cantando, me ves hoy llorando mi desilusión". ¡Hombre…, llorando no, pero por los suelos sí!

Qué hermosa luce la luna vista desde la bella Xelajú, conocida también por Quetzaltenango. Dos mil trescientos treinta y tres metros sobre el nivel del mar. Trescientos mil habitantes. Altiplano guatemalteco.

Estábamos en pleno Cursillo de cristiandad, celebrado en el seminario de Quetzaltenango (Xelajú). Mientras los participantes tenían un razonable confort en cuanto a habitaciones, no nos ocurría así al equipo responsable. Nuestras camas, a falta de patas, logramos acomodarlas sobre cajas de madera.

Era la primera noche del cursillo. Como es sabido, el equipo responsable tiene poco tiempo para el descanso. Hay que hacer evaluaciones, ultimar detalles para el día siguiente. Normal, pero lleva tiempo. Así que nos acostamos muy tarde, y cuidando mucho al meterse en cama para no da con nuestros huesos en el suelo por culpa de las improvisadas patas. La inmortal luna de Xelajú brillaba espléndida en lo alto del cielo.

El equipo responsable dormíamos todos en una habitación amplia. Debí dormirme enseguida, dado el cansancio. Pero más pronto me desperté, y no al toque del campanero, sino bajo un estrépito considerable de camas que se iban al suelo. Un fortísimo temblor telúrico, cosa habitual en estas latitudes, dio con nuestra humanidad en tierra. Nos quedamos sin luz. Alguien encendió una linterna. Todos por los suelos. Parecíamos la bella durmiente en versión masculina. El susto, con permiso de los

valientes, fue mayúsculo. El temblor había sido bastante más fuerte de lo habitual.

Algún despistado gritaba:

—¡Enciendan la luz! ¡Enciendan la luz!

Esa sí que era una luz en la oscuridad, nada que ver con la de Juan el Bautista clamando en el desierto: "Preparad los caminos al Señor". ¿Se habrían despertado del todo o creerían estar soñando?

Uno de los *"rollistas",* siempre de buen humor y muy dado a las bromas, clamaba con fuerte voz:

—¡Luis…, Julio…! ¿Quién me ha puesto esta cama tan dura…? ¡Sacadme de aquí…! ¡Sacadme de aquí…!

Pasado el consabido susto, todos reímos la ocurrencia. Luego se fueron sucediendo las bromas. El mismo suelo nos amparaba a todos. Ni una cama había quedado en pie, pues los pies, por mejor nombre patas, tiempo hacía que carecían de ellas.

Otro, levantando la voz más fuerte aún:

—¡A mí que me registren…! ¡Hago saber que yo no me he caído, la que se ha caído ha sido la cama…! ¡Aleluya…!

Total, que a la luz de *"la luna gardenia de plata…"* de la inmortal canción compuesta por Paco Pérez, y magistralmente interpretada por todas las marimbas, de la bella Xelajú, y de todo el país, empalmamos nosotros la noche con el día, porque fue ya imposible volver a acostarse y menos dormir, siquiera hasta el amanecer. En cambio, los participantes en el Cursillo habían tenido más suerte. Sus camas no carecían de patas. Y después

del susto por el fuerte temblor, parece que pudieron recuperar el sueño. Suerte la de ellos.

Rememorando aquella pregunta de Jesús a los apóstoles, dormidos, en Getsemaní: “¿No habéis podido velar conmigo”?, nosotros hubiéramos podido responder: Sí, Maestro, aquí todos estamos despiertos, y bien despiertos.

Susto incluido, aquel fue un hermoso Cursillo de Cristiandad.

EN UN LUGAR DE LA MANCHA

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre yo sí quiero acordarme, vive, trabaja, sufre y ama, una gente estupenda. Población grande. *"Ciudad muy noble, muy antigua, muy leal, y muy afable".* Así consta en sus blasones y actas. Felipe II la nombró Villa en 1575. Y Alfonso XII, en 1879, Ciudad. Almodóvar del Campo.

La misión popular se dio en cuatro centros. Me tocó el barrio más alto, orográficamente hablando, y posiblemente el más humilde en cuanto a economía. Este barrio se configuró sobre lo que fue un antiguo volcán. Populoso barrio de El Calvario. ¿Qué pueblo o ciudad españoles no tiene su barrio de El Calvario? Que el mundo está sembrado de cruces y todas desembocan en el Calvario. En la cima quedan los restos de un antiguo castillo. Que ya se sabe, los castillos antiguos eran como canchas deportivas donde "moros y cristianos" ejercitaban el antiguo deporte de la guerra. Sin más armas que espadas, palos o piedras. Y los días festivos se guardaba fiesta. Que la guerra era deporte de los días laborables.

Pues bien, en las últimas casas, en lo más alto, cerca del castillo, verán ustedes, si no lo han quitado, un letrero: *"Villa el rey"*. Se trata de una "peña" de amigos, de las varias que hay en el municipio, tan típicas de estas tierras. Dicha peña estaba compuesta por doce hombres, como doce apóstoles. Ellos dieron la nota más humana y cordial de la misión.

El grupo de estos *"doce apóstoles"* como yo los llamé, estaba compuesto por: un enterrador, un pastor de ovejas, un panadero, un ex forofo de los bares. El resto son gente que sobrevive al milagro nacional que en España es *"el paro".* En resumidas cuentas, gente pobre, a mucha honra, decían. Pero cordial, hospitalaria, solidaria; y con un corazón tan grande y ancho como La Mancha.

Al igual que al más cuerdo de los cuerdos que en el mundo han sido, son y serán, por romántico, casto, extraterrestre y español, soñador y aventurero, universal y manchego, que fue Don Quijote de La Mancha, a ellos tampoco les sobra ni un maravedí. Pero determinado han, y a efecto lo llevaron, formar una *peña*. Como no podía ser en plan grande, al estilo sanferminero, la *peña* es pequeña. Ellos compran el vino, ellos lo consumen, a un coste por barba prácticamente simbólico. De este modo, les sale mucho más económico que en los bares; y la peña se convierte en sitio agradable para estar y en foro *"parlamentario"* de alta democracia; que para eso le han puesto un nombre pomposo: *"Peña el rey",* donde se debaten los importantes, triviales y reales asuntos, de la humilde vida cotidiana.

Este es el cuadro y marco de la situación. Pues bien, era el primer día de las asambleas de la misión. Labor propia del misionero es visitarlas. Entrando estaba en una de las casas donde se celebraba asamblea, cuando alguien, saliendo de una bocacalle, comienza a llamar a gritos:

—¡Oiga...! ¡Oiga...!

Eran dos hombres. Venían corriendo hacia mí. Me dije, seguro que tienen algún enfermo grave y buscan un cura.

—¡Oiga...! ¿Es usted el misionero?

—Si nadie me ha suplantado..., creo que sí. ¿En qué les puedo servir?

—Pues mire, que nosotros somos de la *"Peña el rey",* nos hemos enterado de que anda usted haciendo misiones, y quisiéramos que nos hiciera una visita.

—¿Sí? Pues espérenme tres minutos que ahora mismo voy.

Se corrió como la pólvora que los de la *"Peña el rey"* habían invitado al misionero.

—¿Es posible...? ¡Si esos no van a misa...!

Comentario de beatas. ¿Acaso hay que ir a misa para invitar al misionero...? No faltó quien estaba viendo un milagro. Yo, por mi parte, me encontré con un puñado de hombres, doce, como doce apóstoles; gente buena, almas espiritualmente abandonadas, pero ansiosas de oír la Palabra de Dios. Ansias que otros, en buena posición social y económica, no tenían.

Fue así cómo, noche a noche, tuvimos nuestra asamblea en la *"Peña del rey".* Yo mismo tuve que hacer de monitor, ya que eso de leer no iba con ellos. Y sin embargo, desde su sencillez, hay que ver cómo supieron profundizar en los temas. No sabían de teología, pero sabían de la vida. La mejor teología.

Profundidad, amenidad, cordialidad. En estas tres palabras resumiría lo que fueron aquellas reuniones en la *"Peña el rey".* Y como al calor del fogón, que ardía con alegre chisporroteo, en la calle hacía frío, la garganta se resecaba, pues de cuando en cuando hacíamos un punto y aparte para que pasara la bota de vino de mano en mano. Incluyendo las del misionero.

A la siguiente semana, la de la predicación en los templos, el nuestro era el de *El Calvario*, no faltó ni uno. Daba gusto ver a *"los doce apóstoles"* ocupando los primeros bancos, para no perder ripio de todo lo que el misionero decía. Fueron un testimonio formidable. Como en pocas misiones he visto.

En una de las celebraciones misionales, donde a cada asamblea se le pidió que trajera un símbolo, ellos se presentaron trayendo a hombres una preciosa ovejita. La habían bañado y estaba blanca, impoluta. Y hasta le habían puesto un lazo de adorno al cuello.

Cuando entraron al templo con la ovejita a hombros, la gente comenzó a reírse. De pronto, la risa se transformó en un nudo en la garganta cuando, a la hora de explicar el símbolo, el que llevaba la voz cantante dice:

—“Hemos oído en el evangelio que Cristo fue en busca de la oveja perdida. ¡Nosotros somos la oveja perdida! Esta ovejita es el símbolo de nosotros”.

Más de una lágrima vi correr en los rostros de los feligreses. Aquel fue el mejor sermón, el más elocuente, el más vivo, el más directo.

Doce, como doce apóstoles. Doce cristos vivos llegados de la marginación.

Fue en un lugar de La Mancha de cuyo nombre yo sí quiero acordarme.

FARISEOS Y PUBLICANOS

Dicen que España es pagana. Dicen. Dicen que los curas disminuyen rápidamente. Dicen. Dicen que la gente ya no va a misa. Dicen. Dicen que ya no nacen niños. Dicen. Y tantas cosas dicen que dicen.

Puestos a decir, decir yo quiero, ¡ay, madre, qué diré yo que dicho no esté ya!, sí, decir yo quiero que el hombre, varón o mujer, es un animal locuaz. Punto.

Locuaz irredento, el hombre es un animal parlante. Eso. Y de antemano perdón pido al gremio universal de hombres y mujeres, por si alguien se ofende por llamarlo locuaz y parlante. Lo de animal, a la vista está nuestra adámica naturaleza. Pero añado: animal racional. Incluso podríamos decir, metafóricamente, que el hombre, varón o mujer, tiene en su cabeza un ajedrez mental.

Un ajedrez con sus thanáticos peones, destinados a sucumbir en la violencia y la barbarie de las guerras, revoluciones y violencias sin sentido. Y con oblicuos alfiles que devoran la democracia en pro de la dictadura de los partidos. Con briosos alazanes que saltan de acá para allá en los caprichosos y cotidianos avatares de la economía inmisericorde. Con torres, centinelas y guardianes de las componendas de las Autonomías. Con reyes, para adornar el paisaje. Un ajedrez, en definitiva, extendido sobre la aldea global, para no dejar títere con cabeza.

Dios quiso que el mundo fuera para el hombre un jardín de felicidad. Pero lo hemos sembrado de esporas venenosas. Y por todas partes crecen las setas venenosas de la muerte: La conveniencia, el pillaje, la guerra, la violencia en sus múltiples

ramificaciones, el hambre, el aborto… Y una lista interminable de pecados horrendos.

Jugamos la partida en el ajedrez universal. Jaque, al perder una torre. Los peones hace tiempo han sucumbido, se han ido al paro. Cierre de empresas. Y en el mejor de los casos, tablas. Y vuelta a empezar la partida.

Dicen que España es pagana. Dicen. Y tantas cosas se dicen. Puestos a decir, el Evangelio dice de un publicano y un fariseo que subieron al templo a orar. El fariseo llegó hasta el altar, exhibiendo su cinismo. No era como los demás, que eran unos tales por cuales. Él era único en su especie. El publicano quedó en la puerta. No se atrevió a entrar. Aquel era un lugar santo, y él un pobre pecador. Pero Cristo movió ficha y dio el jaque mate. El fariseo sucumbió. El publicano ganó la partida.

El salmo dice: “Pecador me concibió mi madre”. Y de pecadores vamos por la vida, por más mítines que demos, de locuaz fraseología que, por más que queramos, ya no engañamos a nadie.

Permítaseme decirlo. El hombre, varón o mujer, tiene una rama genética que viene del fariseísmo de abolengo. La otra rama le viene del proletariado publicano y pecador. Evangelio al canto. Cada quien sabe qué rama le crece más.

Yo, fariseo, intercambiar deseo mi puesto por el puesto del publicano. Publicano. Sé que me encontraré con Cristo.

Esto que antecede, es una especie de meditación. Lo que digo de España vale para muchos otros países. Se me ocurrió en San Salvador. Me tocó estar allí en plena guerra. En lugar bien peligroso. En la Colonia de Atlacatl, nada menos. La Colonia

militar. Parroquia de la Divina Providencia. Y bien que actuó la Divina Providencia, porque el templo queda muy cerca del Cuartel de la Guardia Nacional, junto a la Troncal del Norte, la carretera que viene desde Honduras. Por donde solían entrar los guerrilleros del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Donde se entablaban fuertes batallas. Los dos sacerdotes que estábamos al cargo de la parroquia, lo podemos contar. Otros, no.

¿Se pasa miedo en una guerra? Al principio sí, luego se acostumbra uno. Pero siempre queda una sorda zozobra por dentro.

¿Por qué, en plena guerra de El Salvador, me venía el recuerdo de la patria de origen? ¿Nostalgia? ¿Necesidad de paz? ¿Dónde está la paz? Y de pronto, al abrir la Biblia, aparece el salmo 137: *"Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión…"*. Nostalgia de una paz que, por un motivo u otro, en todas partes escasea.

Y la falta de paz no se debe sólo a las guerras. Existen muchas formas de hipotecar la paz.

JÓVENES CON SÍNDROME DE SOLEDAD

Aquella madre lloraba desconsoladamente. Solía colocarse hacia la mitad del templo. Todos los días acudía a la misión. Pero ese día no pudo contener el llanto ni las lágrimas. Cuando las demás personas salieron, ella se quedó en el templo. Me acerqué respetuosamente. Es bueno que la gente se desahogue. Pero también sentir una voz amiga, una palabra de apoyo y comprensión.

—¿Qué le sucede, señora?
—Padre, ahora no, pero mañana necesito hablar con usted.

Dicen que la capacidad de sufrimiento de una madre es cuasi infinita. Es posible. Sin embargo, cuánto sufrimiento podría evitarse si se supiera canalizar mejor el amor.

No voy a entrar en detalles de aquella conversación al día siguiente. Pues aunque *"todos conocen mi caso y quiero que hable del mismo",* como se expresó, prefiero acudir a la libertad que me asiste y dejar las cosas en un respetuoso anonimato.

Para comenzar, la buena señora hizo alusión, y esto sí que fue sorpresivo para mí, a un artículo que yo había titulado *"La soledad de los ancianos"*.

—Créame, padre. También los jóvenes padecen de soledad.

Contó su historia familiar. El problema agudo y la tragedia de aquella hija. El dolor era ya añadidura a una situación irrespirable. Y qué razón tenía al decir que *"también los jóvenes padecen de soledad".* Hablamos por largo rato. Por lo menos se desahogó. Y a mí me sirvió para reflexionar.

¿Qué está sucediendo hoy en muchos jóvenes? Pues algo que es la simple consecuencia de cómo se están llevando ciertos

hogares. Para comenzar, hay parejas que cuando llegan al matrimonio llegan *"quemados"*, faltos de amor, han quemado la etapa del noviazgo, esencial para conocerse, se han entregado al sexo, con pasión pero sin amor. Unas veces, esos nuevos hogares se rompen pronto. Otras, aguantan algo más. Se aguantan. Pero su vida se hace insostenible. En algunos casos se llega a la violencia extrema. Suele salir perdiendo la mujer. ¿Quién tiene la culpa? Sólo Dios lo sabe. Posiblemente la culpa esté repartida.

De otro lado, el trabajo puede convertirse en una evasión. Se trata de estar lejos uno de otro la mayor parte posible del tiempo. En este ambiente, de desamor, los hijos sobran. Entonces el dinero se convierte en el objetivo central y primero de la vida conyugal. El hijo, si lo hay, cada día hay que hablar menos en plural en cuanto a hijos, suele quedar a merced de terceros. Seguramente los abuelos. Un hijo, en esas condiciones, no disfruta de sus padres. El amor que recibe no le viene de donde debería venir. Resultado, ese hijo, o hija, como es el caso que planteó la señora en cuestión, se convierte casi, casi, en un o una déspota. No ha habido un hermanito con el que poder jugar. La tele, o los actuales y sofisticados juguetes electrónicos, maravillosos, pero auténticas máquinas de fabricar individualismo y soledad, es su único entretenimiento.

—Ay, padre, qué mala es la soledad. Mi hija se ha vuelto inaguantable e insolente. Me trata con desprecio. Estoy deshecha. Sólo acude a mí para pedirme dinero.

No voy a seguir contando la larga conversación de esta madre, por más que pidió que yo la contara a la gente que acudía a la misión. No lo haré. Sólo diré que la hija en cuestión terminó en la prostitución, para desolación de la madre.

—Pero, padre, si la casa no le faltaba de nada…

—Disculpe, ¿no le habrá faltado amor, y atención paterna y materna, y sobrado soledad y aburrimiento?

¡Qué duro resulta saber que uno no tiene en sus manos la solución a tantos problemas de la vida real!

A mí me vienen a la mente las palabras del Evangelio: *"Según lo que uno siembra, así cosechará".*

LA COMUNIÓN COMO SOUVENIR

No me cabe la menor duda de que la inmensa mayoría de la gente se acerca a comulgar por fe. Gente que comulga por y con devoción. Pero a veces se dan casos, cuando menos, curiosos

En un famoso santuario de los redentoristas fue. Lugar muy concurrido de gente. Está dedicado al Perpetuo Socorro. Hay también un cristo al que la gente le tiene mucha devoción. Aquella zona la llaman La Laguna, porque lo era, y lo poco que sigue siendo laguna se llama Mairán, norte de México. El hecho es que, por el Hijo y por la Madre, la gente acude en gran número al santuario.

Por sus rasgos físicos, era evidente que se trataba de una mujer indígena. Pero en esta ocasión, tal como acostumbran, el bebé no iba a la espalda de la madre, sino en su regazo. Quizá era hora de alimentarlo. Visiblemente piadosa, se acercó a comulgar.

—El Cuerpo de Cristo…

No dijo: amén. Me pareció entender que decía otra cosa. Le hice repetir. Repitió:

—Al niño también.

No había duda. Quería que también al bebé le diera la comunión. ¿Qué al niño también? ¡Hombre!, no me pareció mal la idea. A fin de cuentas la Eucaristía es Sacramento central de nuestra fe católica. Pero no somos ortodoxos, que la dan a los recién bautizados. Ahora bien, si comulgamos los grandes, por qué no los pequeños. Si el Evangelio dice que los grandes tenemos que hacernos como niños para entrar en el Reino de los cielos. Y hasta la Lumen Gentium nos recuerda que por la

Eucaristía *"compartimos realmente el Cuerpo del Señor que nos eleva hasta la comunión con Él y entre nosotros".* Pero de algún modo intuí que la petición que la buena señora hacía no se basaba en argumentos teológicos, tampoco históricos. Y lo de ortodoxos, posiblemente ni le sonaba. Sus castos oídos sabían del canto del cenzontle, y del sonido melodioso de las maderas nobles de la marimba. Pero a buen seguro que su teología no estaba aderezada de concilios, ni de dogmas, ni de disputas teológicas entre los Santos Padres, sino del sabor de la Madre Tierra, la Pachamama, que produce el sagrado maíz, amasado con ternura para el alimento cotidiano. Muy a mi pesar le dije:

—Señora, es que su bebé está dormido. En otra ocasión será.
—Está bien.

A partir de ese momento, ya no supe si decía "el Cuerpo de Cristo", o qué. Mi mente vislumbraba otra teología, más llana y simple que la estudiada en enjundiosos libros. La fila de comulgantes seguía. Hasta que vino a sacarme de mis elucubraciones mentales un joven.

—El Cuerpo de Cristo.

Se quedó callado. No respondió. Se limitó a abrir la boca y comulgar. Se quedó plantado. No se movió. Le hice un gesto con la mano para que dejara sitio al siguiente. Dice:

—Padresito, es que yo vengo de lejos. Deme otra, de recuerdo.

Esto ya era otra cosa. Aquí la teología no asomaba por ningún lado. No supe si reír o llorar. *¡La comunión como recuerdo!* O sea, como *souvenir* que dirían los franceses. Está bien ir a Lourdes y traerse un botellín de agua milagrosa. Pero esto era otra cosa. Mejor dicho, no había la mínima idea de qué iba la *cosa*.

Al terminar la misa procuré aislarme de la gente, al menos por un rato. Necesitaba pensar. Como en una rápida película afloró a mi mente la escena de Cristo y aquellos dos discípulos camino de Emaús. Poca teología debían saber los paisanos. Pero Cristo les dio un buen repaso de catequesis. La mejor catequesis. Lo reconocieron al partir el pan. ¡Al partir el Pan! Ahí estaba la clave. Y le pedí al Cristo del Sagrario que nos abriera los ojos a todos, a mí el primero, para reconocerlo, ¡al partir el Pan!

Regresé al templo. La gente seguía rezando al *Cristo de los Afligidos*. Estaba claro. Ahora lo entendí mejor. La gente rezaba a la imagen. Pero para muchos, ahí comenzaba y terminaba su teología. ¿Y la Eucaristía?

LA MISIÓN DE LA CEIBA

¡Siete de julio, san Fermín! En ese glorioso día del patrón de Pamplona, y a la hora del encierro, salvando la distancia de la geografía y el tiempo que separaba la capital navarra de La Ceiba, en Honduras, setenta y tres misioneros, setenta y tres, han leído bien, de varias congregaciones, incluyendo equipajes, partíamos desde San Pedro Sula a La Ceiba, en un mismo y solo autobús. Quien haya corrido o visto correr los encierros sanfermineros, con tanta gente apretujada por las viejas calles de la sin par Iruña podrá hacer idea lo que supone ir setenta y tres personas en un solo autobús. Pero Honduras es Honduras, como la calle de La Estafeta es la calle de La Estafeta.

Nuestra preocupación, sin embargo, no era el número de personas que soportaba el autobús, equipaje incluido, sino si llegaríamos a nuestro destino. Teníamos que llegar para dar comienzo a la santa Misión en La Ceiba. Y llegamos.

A la entrada de La Ceiba nos esperaba un coche celular de la policía, y no para multar a la empresa que tanta gente había engullido en el interior del autobús, sino para escoltarnos hasta la iglesia parroquial de la costeña ciudad.

En el ínterin, la gente salía a las calles, o se asomaba por las ventanas, aplaudía, levantaba los brazos saludando a los misioneros. Así llegamos a *"La Cruz del Perdón",* en las proximidades de la parroquia.

Dicha cruz, en la confluencia de varias calles principales de la ciudad, tiene un hondo sentido religioso e histórico para los ceibeños. Es la cruz-recordatorio que quedó de la gran y apoteósica Misión de 1959. Es, a la vez, un punto referencial para todos y para todo.

—¿Dónde nos vemos?
—En la Cruz del Perdón.

Allí, pues, nos apeamos. La gente no daba crédito viendo cuánto misionero salía de aquel autobús. Todos molidos del estrujante viaje. Mas sólo quien haya podido vivir la experiencia privilegiada de esos momentos sabe la honda e inenarrable emoción que se siente. Varios miles de personas esperando, aplaudiendo, y aclamando a los misioneros, queriendo tocarlos, abrazarlos, con un fervor delirante. Era la bienvenida a la *"Santa Misión".*

Fue allí donde nos presentaron también una pequeña cruz, muy sencilla, pero de valor testimonial incalculable. Es una de las tres que dejó el famoso Padre Subirana, quien fuera compañero en Cuba de san Antonio María Claret. Aclaro que el Padre Subirana fue el gran misionero de Honduras en el siglo XIX. Su nombre está en boca de todo hondureño. Es un mito histórico. Con qué emoción pronuncian los hondureños su nombre. Es uno más de los grandes misioneros que los Misioneros Claretianos han tenido, y tienen. Son precisamente los padres claretianos quienes atienden La Ceiba y sus contornos.

No será fácil olvidar aquel "siete de julio, cuando te conocí" canta la jota navarra. Cuando conocimos, diremos en este caso, a tantos cristos hondureños hermanados con los cristos misioneros llegados de España, México, Colombia, etc., para participar en la gran Misión de San Pedro Sula.

Esta Misión, dada en toda la gran diócesis de San Pedro Sula, duró más de cuatro meses. No todos los misioneros actuaron al mismo tiempo. Unos tenían que marchar, otros se incorporaban. Los redentoristas estuvimos cuatro meses seguidos. Fue una Misión agotadora. Pero son de esas misiones

que dejan un gratísimo recuerdo en el corazón. Y, en este caso, una gratitud infinita al noble pueblo hondureño.

Los más veteranos recordábamos emocionados aquel viejo canto misionero:

"Misionero que vas por el mundo con gesto fecundo sembrando el amor, a tu paso las almas levantas y dejan tus plantas los campos en flor. Y al volver, alegría en tus ojos trayendo en manojos la mies del Señor".

LA MORDIDA

Existen muchas clases de mordidas, comenzando por la más antigua y mitológica que Eva dio a la manzana en el paraíso terrenal. Está la mordida que puede dar una serpiente, o la que puede dar un perro. Y así sucesivamente. Pero no me referiré a ninguna de ellas, sino a una muy singular. La *"mordida"* mexicana. Aunque no es exclusiva de México.

En México *"la mordida"* alcanza categoría de metáfora nacional. Aclaro que esta mordida nada tiene que ver con un mordisco. Aclarado lo cual, prosigo.

Aquella era una mañana apacible. Las calles de Torreón estaban tranquilas. El fluir de carros (coches) normal. Este hijo de Eva, servidor de ustedes, tenía que ir al mercado, a comprar, y fue. Velocidad normal, moderada, sin pasarse para nada de la indicada en las calles, y que se repetía cada rato en los indicadores. Tenía que pasar, forzosamente, por delante de una escuela. El letrero indicaba la velocidad máxima permitida: 10 kms. Hora. Y a diez pasé por delante de dicha escuela. No había recorrido cien metros, cuando oigo el ulular de un coche de la policía. Miro por el retrovisor. Vi que se me echaba encima. Éste sí que había rebasado con creces el 10 por hora, y más. Venía por mí, no había la menor duda. Me orillé. Se me puso por delante. Me hizo la señal de detenerme. Me detuve. Él bajó. Se me acercó, sonriente, por cierto.

—Don, sus papeles, por favor.
—Tómelos, aquí están.
—Don, iba usted a mucha velocidad.
—¿Yo? Usted sí, yo no. Y encima, casi me deja sordo con la sirena.
—Tendré que ponerle una infracción.
—¿Una infracción a mí? ¿Por qué?

—Por exceso de velocidad.
—¿Exceso de velocidad? Jefe, usted sabe que no iba ni a 10 por hora, que señala el indicador junto a la escuela.
—No, don, si lo que yo quiero es comprarle su carro.
—¿Mi carro? No es mío. Es de la comunidad del Perpetuo Socorro. No se lo puedo vender.
—No, don…, si lo que yo quiero es un…, ya sabe…, *para mi refresco*.

¡Hubiera comenzado por el final! Pero, claro, para que haya un final es necesario que también haya un principio. Sin los prolegómenos no se llega al final. ¿Hubiera llegado Eva al mortal-inmortal mordisco de la manzana sin el previo tira y afloja con la serpiente? Pues eso.

El pobre guardia también buscaba su *"mordida",* es decir, el poder *"redondear"* su *"normal"* pero exiguo sueldo.

Con una complaciente sonrisa y un ¡muchas gracias! Se fue más feliz que unas pascuas con los pocos pesos que le di. También yo me fui. No habría pasado un minuto cuando escuché de nuevo el ulular de la sirena del coche del policía. Esta vez no era para mí.

Una de las Bienaventuranzas dice. *"Bienaventurados los pobres de espíritu"*. Y de algo más, son pobres algunos.

LA PIEDRA NEGRA

Al revisar mi Diario misionero, un poco a salto de página, cierro los ojos para contemplar viva la distancia y retrotraerme en el tiempo.

Había regresado el día anterior de aquella lejana aldea, perdida en la selva, donde todo sabía a vida, desde la abrupta maleza, hasta el aire que se respiraba, y la gente. A punto estuve de darme un buen chapuzón cuando aquel aprendiz de Rocinante en el que yo venía montado tan tranquilo, se le ocurre, al pasar el Río Padre, que así se llama, se le ocurre arrodillarse para refrescarse. Viendo la inesperada acción del sabio caballo, aprovechar el paso del río para refrescarse, me encogí todo lo que pude para no quedar yo también sumergido en el agua.

El catequista que me acompañaba más atrás en su respectivo caballo, me gritó, ¡a buenas horas!

—Ay, padresito, se me olvidó decirle que ese caballo tiene esa costumbre. Lo hace siempre que pasamos el río.
—El Río Padre. ¡Pues yo me he llevado un susto padre!

Estaba casi anocheciendo al llegar a la aldea donde tenía que misionar. Llovía. Me asignaron, para los días que durara la misión, una *palapa*, una casita con tejado de paja. Las goteras caían por todas partes. Gajes del oficio. Como no había capilla, la casa de don Santitos, que era amplia, hizo de capilla. Esa misma tarde di la primera charla. Entre el calor del trópico, y la gente arracimada, porque fuera llovía, aquello era una sauna. Al terminar, la gente se fue para sus casitas, muy humildes por cierto.

Antes de acostarme, y aprovechando que mi *palapa* estaba junto al río, me envolví en una toalla para acercarme al agua, cuando oigo a unos hombres que estaban cerca hablar de alguien que estaba enfermo. En vez de meterme al agua, me acerco y les digo:

—¿Quién está enfermo?
—Es una enferma. Dicen que si le ha picado un bicho…
—¿Un bicho? O sea, una serpiente. ¡Vamos de inmediato!

Tal como estaba, entré a la *palapa*, cogí la *piedra negra*, descubrimiento de los Padres Blancos de África, que siempre llevaba conmigo, me puse el pantalón y nos fuimos. Por suerte la enferma vivía muy cerca.

—¡Padresito, pero es que…, no es católica, es protestante!
—¡Y eso qué importa…! ¿Le han dado algún remedio?
—No, padresito, en esta aldea no tenemos curandero…

La pobre mujer, tumbada sobre un camastro, se retorcía de dolor. Le apliqué la famosa *piedra negra*, sujetándola con un paño, a guisa de venda, y le dije:

-Señora, no se le ocurra quitarse el vendaje. El dolor, de momento, va a seguir, por lo menos un buen rato. Pero morir, no se va a morir. Así que tranquila. Mañana por la mañana volveré para ver cómo sigue. Como no nos conocemos, le diré que soy el misionero católico. Gusto de saludarla. Le deseo buenas noches. Que Dios la bendiga.

Al día siguiente, cuando fui a verla, estaba como si le hubieran dado una paliza, pero completamente curada. Para ella, inesperadamente, la misión llegó en la forma de una *piedra negra*, que supuso su salud. Pero dan escalofríos al saber cuánta

gente muere cada año por las mordeduras de las serpientes, sobre todo en los trópicos.

Di gracias al Señor, Él que *"pasó por el mundo haciendo el bien y curando toda dolencia y toda enfermedad",* por esta buena mujer.

LA SAL Y EL MANTEL

Quienes hemos tenido la suerte de misionar por tierras salvadoreñas guardamos sin duda muy gratos recuerdos de aquellas gentes acudiendo masivamente a los lugares de misión. Se celebraba la misión en tal o cual *cantón* (aldea) y hasta allí que la gente se desplazaba desde los cantones vecinos.

El Salvador es un país pequeño geográficamente, poco más de veinte mil setecientos cincuenta kms. cuadrados; pero superpoblado, y grande por sus gentes, cordiales y hospitalarias. Gente también muy sufrida. La pobreza, la marginalidad, gobiernos militares despóticos, golpes de Estado, aquella horrible guerra que duró desde 1980 al 1992, todo, confiere a las personas una especial personalidad, de la que no se puede excluir el espíritu de laboriosidad.

Allí pude comprobar aquello de que *"la misión es una fiesta"*. Los desplazamientos para llegar a los distintos cantones eran a veces épicos, por la falta de vías de comunicación. Otras veces, interminables horas a caballo. Valga como detalle, tengo el récord en doce horas a caballo, haciendo el recorrido desde Citalá hasta una aldea situada y guindada en lo más alto de la montaña del Montecristo, del mismo nombre, en el Departamento de Chalatenango, en la confluencia con Honduras y Guatemala. Subiendo y bajando cerros, llegué molido, como es de imaginar. Caminatas de cuatro horas, eran habituales. Bien, ya cerca de la aldea, y muy arriba de la cumbre, a la orilla de la estrecha senda asomada a los precipicios, vi que de vez en cuando, y casi a distancias iguales, había cruces. Con ingenuidad, se me ocurre preguntarle al catequista que me acompañaba en otro caballo, si se trataba de las cruces de un viacrucis. La gente era muy devota. Se echó a reír. Había captado mi ingenuidad.

—No, padresito; cada cruz corresponde a los que han muerto porque los mataron en este camino.

Triste, pero la violencia es endémica. Las muchas penurias, esfuerzos, sacrificios, que los misioneros tienen que imponerse, se ven compensados por la masiva participación de la gente en el lugar de misión. Acudían con enorme alegría.

En Montecristo hacía un frío que pelaba, como se dice vulgarmente. La capilla era pequeña para albergar a toda la gente. Así que opté porque hiciéramos, en una explanada frente a la capilla, una gran hoguera y que la gente se pusiera alrededor para evitar el frío. Así se hizo, y en esas condiciones, un tanto peculiares pero agradables, se desarrolló la misión. La casita, de una sola habitación, que me asignaron como hospedaje era fría con ganas. La primera noche no pude pegar ojo por el frío. Para las siguientes, me curé en salud. Monté una pequeña fogata en mitad de la habitación. Santo remedio.

Terminada esta misión, me esperaban otras más en zona caliente a orillas del río Lempa. Finalizada la misión en uno de los cantones, tenía que desplazarme al siguiente, a caballo. Era media tarde. Vinieron a buscarme unos veinte jóvenes. Todos a caballo. El más brioso lo reservaron para el misionero. Con la alegría propia de la juventud, y de que llegaba el misionero, tomaron una velocidad que parecíamos cowboys de las películas del oeste. Menos mal que el misionero también era joven en aquel entonces. Lo gracioso fue que el brioso corcel del misionero corría más y se puso a la cabeza.

—¡So, caballito, so…! ¡No corras tanto, que nos vamos a estrellar…!

Así le decía yo. Pero el caballo, o no entendía mi lenguaje o se hacía el sordo. Así que, a rienda suelta llegamos al cantón de

destino. Eso sí, llegué casi deshidratado. Inauguramos la misión con la celebración de la Eucaristía. Les pedí que me pusieran un vaso de agua a un lado del altar. Cada tres por cuatro, sorbo de agua. Volvían a llenar el vaso. Idem de ídem. Y aun así, no logré quitar la sed. Cierto es, tendré que alegar en defensa propia, que el calor era fuerte. La verdad es que aquellas buenas gentes no estaban muy acostumbrados a ver con frecuencia un cura por el cantón, pero con cualquiera que haya ido después habrán notado la diferencia. Menos mal que al misionero bebedor no le podrán acusar de borracho, porque los únicos grados que el agua tenía eran los del ambiente.

Cuando llegó la hora de la cena, y tal como es la costumbre en El Salvador, que al misionero lo hospedan en la misma sacristía de la iglesia, donde ponen una cama de tijera, una mesa y una silla, vino una señora a traer la cena.

—Buenas noches, padresito.
—Nos dé Dios.

A continuación colocó un mantelito sobre la mesa. Luego un platito con sal. Luego otro platito, con un huevo duro, de esos que mientras se cuecen, y tal como decían las abuelas antiguas, había que rezar tres credos. Mientras tanto, yo me crucé de brazos. Terminada la operación “platito”, ella se colocó a un lado, en total silencio. No se movía. Yo, tampoco iniciaba la operación “cena”. Impase en ambos. Al fin, le digo, rompiendo el silencio.

—¿No me va a arrimar una tortillita (torta de maíz, equivalente a nuestro pan) para acompañar este huevo?
—Padresito, es que, si come mucho no va a poder predicar.

Acordándome de ellos, invoqué a todos los santos anacoretas del desierto.

—¡Santos y santas, anacoretas! ¡Penitentes del desierto y de la Tebaida! ¡San Antonio y san Pacomio, y demás santos y santas guardianes del hambre, venid en mi ayuda!

Con el hambre que yo tenía esa noche… Después de la cabalgata a caballo, estilo cowboy, a media tarde… De una misa pasada por agua…

Aquella fue una “cena espiritual”, pero que muy espiritual, servida sobre blanco mantel.

LA SELVA DEL PETÉN

Atrás había quedado Río Dulce, con sus ferrys, sus isletas, sus riberas de ensueño y selva, y el Castillo de san Felipe, fiel centinela a la entrada misma del gran lago de Izabal.

La selva, con su majestuosidad misteriosa y envolvente, nos había acompañado durante largas horas de fascinante embrujo. También Poptún quedaba atrás. La calma chicha y el omnipresente calor húmedo y pegajoso no restaban interés ni alegría al viaje. La trocha, o camino, estaba en aceptables condiciones. Y nuestro land-rover se había portado de maravilla. De todos modos, aunque llevábamos de repuesto combustible suficiente, había que llegar a buena hora a Flores. La selva del Petén, milenaria y maya, sobrecoge.

De vez en cuando, raramente, nos habíamos encontrado con algún camión maderero, o algún otro land-rover. Nosotros éramos cinco, turnándonos al volante oportunamente. Camino, pues, prácticamente solitario. Pero en el camino hay vueltas y revueltas. Algunas un tanto cerradas y peligrosas.

Gran ambiente entre los cinco. Bromas, contemplación del paisaje, enmarañado, tupido, siempre exuberante de vegetación. La selva lo invade todo. A nuestra derecha geográfica quedaba Belize. A la izquierda y a lo lejos, el Usumacinta que nos separaba de México. Y luego los Lacandones y Bonampark. Al norte, Yucatán.

En unas de las vueltas o curvas de la trocha, de repente, de golpe, impensadamente, el susto del siglo. ¡Zas! Frenazo en seco. ¡¡Eeeeehhhpe…!! Un rechinar de piedras bajo las llantas y… ¡zas!, ¡zas…! Menos mal que la velocidad era necesariamente moderada por las condiciones del terreno, de otro modo no lo estaría contando. Tampoco se nos había ocurrido cantar aquello

de *“conductor, conductor acelere, acelere señor conductor”.* El susto mayúsculo. Y si no, que se lo pregunten al bueno del padre Mario, misionero del IEME. Él venía en su camionetilla, nosotros en el land-rover. Al doblar una curva, no faltó el canto de un sello para estamparnos coche contra coche. No pasó nada. Pero Mario quedó de un blanco que contrastaba con el verde de la selva. Nosotros, íbamos. Él, venía. Nosotros, hacia Tikal. Él, hacia la ciudad de Guatemala. Lo habían destinado a la ciudad de Guatemala. Estoy seguro de que la Virgen del Perpetuo Socorro estuvo muy atenta ese día.

Mario bajó de la camionetilla, se quedó junto a la puerta. No se movía. Parecía traumatizado por el susto. Pero no había pasado nada. Tampoco nos conocíamos de nada. Sus facciones delataban su origen español. Nos acercamos a él. Seguía con rostro desencajado. Llevábamos con nosotros una bota de vino que alguien había traído de mi Pamplona natal.

—Échese un trago de vino, que esto quita los sustos.
—¡Anda! ¿También ustedes son españoles? No los conozco, ¿qué hacen por aquí?.
—Pues, ya ve, haciendo turismo. Vamos a las ruinas de Tikal.
—Pues yo vengo de allá. Soy de Santander. Me marcho a la capital.
—¿No será usted sacerdote?
—Sí, soy misionero del IEME.
—¡Caray…! También nosotros somos misioneros. Redentoristas.
—¡Válgame Dios…! Pues no os imagináis el susto que me he llevado. Pensé que se me había detenido el corazón.
—¡Pues este trago de vino se lo ha vuelto a poner en funcionamiento! ¡Ja…, ja…!

Nos fundimos en un fuerte abrazo. Y de este encuentro fortuito, y un buen trago de vino de nuestra iruñesa bota, surgió una gran amistad. Gaje de los misioneros.

LA SOLEDAD DE LOS ANCIANOS

En mi andar misionero me tocó en cierta ocasión visitar una residencia de ancianos, de las muchas que me ha tocado visitar como parte de mi labor misionera. Preciosa. Parecía un hotel de cinco estrellas.

De todo tipo las he visto. Unas más sencillas, otras más lujosas. Las residencias lujosas, entiendo que lo son obedeciendo a varias situaciones bien distintas en el mecanismo del tejido social. Una, la más humanitaria: que los ancianos se encuentren a gusto. Otra, tratar de apaciguar el remordimiento de conciencia que en diferentes circunstancias puede darse en determinadas personas, o familias, al someter a los ancianos a una marginación, contra su voluntad. Hay ancianos que ellos mismos piden ser llevados a una residencia. Otros, por el contrario, se resisten. *Como en la propia casa no se está en ningún sitio*, suelen alegar. Y aducen que si ellos se han sacrificado por sacar adelante una familia no es justo que ahora los "echen de casa". Y otras, simplemente se programan como negocio económico. Muy rentable, por cierto.

Las residencias son un problema muy complejo en cuanto a las personas que tendrán que vivir en ellas. De difícil solución y de muy distintas sensibilidades. Por supuesto que habrá que atender a las situaciones concretas de cada familia. A veces, no habrá más remedio que enviar al anciano a una residencia. Otras, puede que se deba al egoísmo de la familia, por aquello de que al anciano se le pueda considerar un estorbo. Entonces, si al anciano se le manda a una residencia de cierto confort, todos quedan tranquilos, diciendo que el abuelo, o la abuela, están muy bien atendidos, que nos les falta de nada.

¿No les falta de nada? La residencia a la que me refiero, y que por razones obvias no identificaré, sólo diré que está en

algún lugar de España, y que era, es, magnífica. Me llamaron por razones pastorales. Atendí espiritualmente a los ancianos y ancianas que lo necesitaban. Luego, a continuación, una de las monjitas que también cuidaba de ellos me invitó a conocer la residencia. Vamos pues.

La monjita en cuestión era joven, alegre, muy parlanchina. Me fue enseñando las lujosas habitaciones, con sus cuartos de baño a la última moda, la decoración exquisita de los corredores, cuadros valiosos en las paredes que alegraban la vista. En fin, todo maravilloso. La monjita sonreía con sonrisa angelical. Vamos, que parecía como sacada de alguna pintura de Fra Angélico.

—Fíjese, padre, qué visillos, qué terciopelo, qué tresillos, qué pantallas de televisión. Nos han puesto pantalla parabólica…

Mientras la monjita hablaba y hablaba, y se hacía lenguas de la lujosa residencia, yo iba observando el rostro de los ancianos, ellos y ellas.

—¿Qué le parece, padre?
—¡Ay, hermana…! ¡Una maravilla! Pero falta una cosa.

La angelical monjita se me queda mirando fijamente, dejó de sonreír, al tiempo que ponía cara de extrañeza.

—¿Qué cosa?
—Una sola, pero muy importante. He visto rostros muy serios en muchos de estos ancianos. Ni una sonrisa. No son felices.
—Pues aquí no les falta de nada, se lo aseguro.
—De acuerdo, hermana. En lo material no les falta de nada, como me imagino. Pero les falta ¡cariño! Eso les falta, hermana, ¡cariño! Echan de menos el cariño de su familia. Se les ve, a muchos de ellos, que no están aquí por propia decisión.

La buena y angelical monjita no me volvió a mencionar ni elogiar la belleza de la residencia. Quedó silenciosa y pensativa. Luego le fui contando experiencias vividas con ancianos en el Tercer Mundo. En aquellos ancianos y ancianas sí había sonrisas en sus rostros, y eran, o son, pobres de solemnidad. No es la riqueza la fuente primera de felicidad.

En los países más avanzados, social y económicamente, cada día escasean más cosas tan necesarias como humanismo, ternura, amor.

Y me digo yo: tanto trabajo y esfuerzo, tanto sacrificio a veces por construir una familia, ¿y luego? ¡La residencia! ¡Qué fácil es decirlo!

No deja de ser preocupante la soledad interior que sufren y viven muchos ancianos hoy.

LA ZONA ROSA

Vamos a llamarla *"zona rosa"* aunque ellos la llaman *"zona roja"*. Ninguna connotación con cualquier guerra o bando político.

A los misioneros nos toca misionar a veces los sitios más inverosímiles. Lo mismo estás en las montañas, que en los desiertos, en los trópicos que en una tundra, ciudades que aldeas, cárceles que hospitales, tratar con drogadictos que con el mundo marginal de la prostitución.

Cuando dimos la santa Misión en la ciudad de La Lima, Honduras, a algunos nos tocó misionar un barrio o sector en que se encuentra precisamente el de la prostitución. Lo llaman la *"zona roja".* El grupo de misioneros designado a este sector estaba compuesto por claretianos, paúles y redentoristas. También algunos seglares misioneros. Tratamos de hacernos presentes en todas partes. Visitamos casa por casa. Todas. Había expectación en muchas personas. ¿Se atreverán los misioneros a visitar los *"salones"?* Pues ¡claro! Salón por salón, y prostituta por prostituta, saludamos personalmente a todas. Simplemente, el saludo y la invitación a participar en la *"santa Misión".* De sobra sabíamos que muchas de ellas no asistirían a la Misión. Ni asistirían sus *"dueñas",* ni sus *"chulos".* Así que optamos por *"invitarlas a que nos invitaran"* a darles unas charlas en sus propios salones. En muchas hubo buenas palabras y punto. Sin embargo, nos ofrecieron tres salones. Llegado el momento, dos se dieron de baja. Bueno, nos quedaba uno. Un solo salón. Pues en ése dimos las charlas. El grupo de *"chicas"* que participó no pasó de quince. Para nosotros, testimonialmente, era suficiente.

Una de las *"dueñas"*, entrada ya en años, nos invitó a conocer la habitación donde ella vivía. Personalmente me llamó la atención ver el revoltijo que allí había. Junto a cuadros

pornográficos, los había también de santos, y también imágenes de Cristo y de la Virgen. Está claro que el sentimiento religioso es inherente al ser humano. Y lo más curioso, había colocado en una de las paredes unos afiches, o carteles, que se habían repartido como propaganda de la Misión.

Un día, al salir del salón, se nos acerca un muchacho y nos dice:

—¡Qué valientes son ustedes! ¡Los protestantes no se atreven a pasar por estas calles!
—¡Pues Cristo sí se hubiera atrevido!

Con razón nos dice Cristo que *"las prostitutas se os adelantarán en el Reino de los cielos*". (Mt 21,31).

Aquellas mujeres que participaron en las charlas tuvieron tiempo y libertad para expresar sus problemas personales. Y desahogarse. Junto a la sonrisa forzada por fuera, cuánta tristeza interior. Contaban y contaban, y las lágrimas afloraban de inmediato a sus rostros. Auténticas esclavas. Para ellas no había el mínimo sentido de la dignidad humana. Algunas eran salvadoreñas, pero lo primero que hicieron fue quitarles el pasaporte para que no se pudieran marcharse.

Recordé las palabras misericordiosas de Jesús a la Magdalena: *"Eres libre, tus pecados quedan perdonados".*

LAS CEBOLLAS DEL DESIERTO

Hacía calor aquel día. Pero no era Abraham el que estaba sentado a la puerta de su tienda, bajo el encinar de Mambré. Tampoco había encinas. Tan sólo nopaleras y mezquites. Porque el siguiente episodio tuvo lugar no en un desierto bíblico, y sí en uno de tantos no menos épicos en historia y belleza de la extensa geografía mexicana.

La práctica totalidad del *"rancho"* (pueblo), casi tres mil habitantes se había congregado en el predio de *"La Capilla",* nombre y seña con que se conoce el lugar donde pensaban levantar una capilla en condiciones. Querían que fuera grande, hermosa, como una catedral. Pero el presupuesto se les acabó cuando sólo habían levantado un metro las paredes. De todos modos, todos los actos religiosos ahí se celebraban.

He dicho la práctica totalidad. Pero no estaban todos. Faltaban algunos. Había tres grupos de personas que pertenecían a otras tres correspondientes sectas, cosa habitual en cualquier parte de América. Las tres litigaban por la hegemonía del pueblo, pero la inmensa mayoría eran católicos. Los *"protestantes"* como allí los llaman, no participaban de la misión, pero la seguían desde sus casas. La misión había suscitado gran interés, y los mismos lugareños se encargaron de conseguir un equipo de sonido potente, de modo que la voz del misionero llegaba a todo el pueblo.

Las horas del atardecer son deliciosas en los desiertos. La zona en cuestión, más que desierto, es desértica en cuanto a vegetación. Pocos árboles. Pero la tierra es productiva, de modo que la gente no pasa agobios económicos.

Antes de dar el sermón de la noche, al aire libre y en ese clima delicioso como he dicho, acostumbraba a dar un buen rato

de catequesis activa. La gente podía hacer todas las preguntas que quisieran de temas religiosos, de teología, de moral, de biblia. Se pasaban el micrófono, y de este modo todos se enteraban de la pregunta y de la consecuente respuesta del misionero. Respuesta que escuchaban con suma atención. Son catequesis vivas, activas las llamo yo, que siempre me han dado un resultado extraordinario. Es el mejor modo de aclarar a la gente las dudas que tienen, y de aprender.

En esto estábamos cuando toma el micrófono una señora y, como si de un mitin político se tratara, comienza a hablar, con voz potente, eso sí, sin inmutarse. A cada cosa que decía, la gente movía la cabeza en signo afirmativo. Ya para terminar su intervención, dice:

—"Porque aquí, ¡sí señores! ¡aquí! ¡todos *semos* católicos! ¡Sí señores! ¡*semos* católicos!".

Enardecida ella, enardeció al público, que comenzaron a aplaudirle fuertemente. Y a gritar:

—"¡¡¡Síiiiiiiiiii!!!, ¡¡¡*semos*, *semooos*…!!!"

Y no soltaba el micrófono. Enfervorizada como estaba, y animada por los aplausos, sentenció:

—"¡*Semos* católicos! ¡No como algunos, que lo eran y se pasaron a los protestantes! ¡¿Y saben por qué…?! ¡Porque les dan cebollas…!
—"¡Cierto, cierto, padresito, sí, padresito, mire no más la fulana…!".

¡Madre mía, la que se armó…! ¡Quién le mandaría meter allí las cebollas! Comenzaron a citar más nombre que en las letanías de los santos. ¡Qué guirigay, madre!

Cuando logré que se callaran y se dejaran de acusar a los *"protestantes*", di por concluida la sección catequética, que se había prolongado más de la cuenta, y comencé el sermón. Por nada del mundo se me ocurrió aludir a *"las cebollas de Egipto",* que añoraron los hebreos en el desierto. ¡Ya lo que nos faltaba!

Ciertamente, hay gente que se pasa a las sectas no por motivos estrictamente religiosos, o de conciencia. Lo hacen simplemente por conveniencia. Si *"Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas",* esta gente se cambió de religión por unas cebollas. Que tanto monta, monta tanto.

Al día siguiente, los comentarios eran del mismo todo: que los *"protestantes"* estaban *"bravos",* muy enfadados, por lo de las *cebollas*. ¡Vaya por Dios! ¡Irritados debían estar también! ¡Con lo que pican las cebollas en los ojos!

LATINES DE ALDEA

Aquel santo Hermano lego no sabía latín. Pero en el noviciado oyó al padre maestro hablar de la muerte. Ahí aprendió, como se verá, todo el latín que necesitaba.

Le gustaba dar catequesis a los niños y a los grandes. Con este fin se desplazaba a las aldeas, Las Cruces, Canales…, etc., pertenecientes a la inmensa parroquia de Mazatenango, Guatemala. Con la gente rezaba el rosario, les dada una platiquita acomodada a sus propios conocimientos religiosos y de ellos. Sintonizaba muy bien con la gente. Tenía mucha paciencia. Pero la paciencia también se termina.

Las aldeas tenían sus respectivas capillas, cuyo techo era de láminas de cinc. Como es zona tropical, cuando llueve, llueve tropicalmente. El ruido ensordecedor. Pero otros ruidos molestaban más al buen Lego.

Los mozalbetes de las sectas no dejaban de importunarle. En cuanto comenzaba el rezo del rosario comenzaban a tirar piedras al tejado, a sabiendas de que el ruido producido en las láminas molestaba al Hermano. Él continuaba rezando. Hasta que el nivel de flotación de su paciencia llegaba al límite. Entonces detenía el rezo.

—Disculpen tantito, que ahorita continúo.

Salía a la puerta de la capilla y les gritaba a los protestantes, que es como en América se denomina a las sectas made in Usa:

—“En el tribunal de Dios nos veremos y entonces a ver qué pasa… Porque ya dice la Biblia: “morte morieris”: “¡no hay escapatoria!”.

Les daba el latín y la traducción. Por si acaso no entendían el latín. Luego proseguía el rezo.

Era todo el latín que sabía, aprendido en el noviciado. Lo que llama la atención es la traducción: “¡No hay escapatoria!”. En ningún sitio vi mejor traducción del “morte morieris”.

Quienes sí escapaban corriendo eran los mozalbetes, hasta el día siguiente que volvían a recibir la consabida clase de latín por boca del santo Hermano José, que así se llamaba, y que ya se fue al cielo.

Fiel imitador de su colega san Gerardo María Mayela trabajó mucho y bien. Por eso, sin duda, la gente lo apreciaba tanto.

LIGEROS DE EQUIPAJE

"No llevéis alforjas, ni sandalias...". La bíblica frase se la sabían de memoria los dos misioneros; por supuesto. Ellos no llevaban alforjas; pero claro, algo habrá que llevar, se dijeron. Y, naturalmente, cada quien se llevó a la misión una sencilla maleta, con la ropa y útiles imprescindibles. Y un maletín de mano. Si importante la maleta, importante el maletín. En una, la ropa. En el otro, papeles y esquemas de predicación. Las maletas, en la bodega del autobús. Los maletines, arriba, en el compartimento de equipaje de mano que queda junto al techo.

Les tocó misionar juntos. Veterano uno, novato el otro. El veterano, era cuidadoso. El novato, despistado. Subieron al autobús, tomaron asiento, y se dirigen al pueblo que tenían que misionar. Largas y cansinas horas de viaje por el inmenso territorio mexicano. Y claro, con el traqueteo del autobús a los dos les entró sueño.

Alguien, sin embargo, no dormía en el autobús. En alguna de las paradas, un anónimo amigo de lo ajeno aprovechó para transferir de propietario uno de los maletines de mano. Cuando llegaron a destino, los dos consabidos misioneros, se apearon. El misionero cuidadoso advirtió, con inquietante sorpresa, que su maletín de mano se había evaporado. El despistado, le consolaba. El cuidadoso, inconsolable, se lamentaba:

—Pero si ahí iban mis sermones y conferencias. ¿Qué hago yo ahora?

No había modo de que aceptara la irreparable pérdida. En esto, arrancó el autobús para continuar su marcha. Al retroceder, y hacer la maniobra de salida, mientras los dos misioneros seguían en su dialéctica consolatoria, una llanta

trasera del autobús alcanzó una de las maletas. Cabalmente, la del despistado. La dejó planchada.

—¡Mi maleta! ¡Mi maleta...!

Su maleta yacía yerta, aplastada sobre el asfalto.

—¿Y ahora, qué hacemos?
—¡Qué vamos a hacer! ¡Comenzar la misión...! ¡Para eso hemos venido!

Y así, ligeros de equipaje, uno sin maleta, el otro sin maletín de mano, entraron en la parroquia y dieron comienzo a la misión.

Naturalmente, el sermón inaugural comenzó con las evangélicas palabras de Cristo: *"No llevéis para el camino, ni talega, ni alforjas, ni sandalias..."*.

LOS CATEQUISTAS MÁRTIRES

Jacinto, tú fuiste el primero. Luego vendrían otros. Y la parroquia, como tantas otras parroquias de Guatemala, se nos fue poblando de mártires. Con tus caites (sandalias) de llanta de camión atados con correas rústicas de cuero; con tu pantalón humilde y tu camisa amarilla, ¿no son también amarillos los jacintos?, tú eras un hombre de paz. Por eso te mataron. Porque eras un hombre de paz. Y el mejor catequista que tenía en la amplia parroquia de Santo Domingo. Te recuerdo con la Biblia en la mano. Te recuerdo reuniendo a la gente en la capilla del cantón (aldea) Canales, del sector Las Cruces, en Suchitepéquez. Te mataron. Sí, te mataron. Cobardemente. Porque todo el mata es un cobarde. Tu muerte me impresionó. No me podía yo imaginar que los desalmados perseguidores de la Iglesia en Guatemala, de arrebatarme alguna oveja del rebaño para sacrificarla, te escogieran a ti. Precisamente a ti, que no te metías con nadie. Que te ganabas honradamente el sustento diario para ti y tu familia trabajando la milpa, el maíz nuestro de cada día. Todos lo decían, eras el mejor catequista. Qué campeón de la fe fuiste.

No habías aprendido la teología en las altas escuelas del saber, si bien eras el primero en acudir a los cursos de catequistas que impartíamos los redentoristas en Mazatenango. Tu saber, tu ciencia, tu teología, lo que te caracterizó, fue el profundo amor a Cristo y a los hermanos. Incansable, recorrías los caminos de las abrasadoras tierras del parcelamiento Las Cruces, del fértil Suchitepéquez. Eras, como tus queridos hermanos de raza indígena, un pobre a perpetuidad. Y el catequista más respetado, admirado, y querido.

Hoy, a la distancia del tiempo y la geografía, igual que un Kazantzakis, perdón por mi osadía, *"clamo a la memoria de este recuerdo, reúno mi vida dispersa en el viento, y de pie como un*

soldado ante el general, hago mi informe al Greco". Hago mi informe, es decir, mi más sentido homenaje a ti, y a tantos sorprendentes luchadores de la fe, excepcionales testigos de la Vida, catequistas inclaudicables de Cristo por las sufridas tierras de la América india.

Cuando por la mañana, muy temprano, vinieron a avisarme a Santo Domingo, cabecera parroquial de aquella enorme parroquia, una franja territorial de setenta kilómetros de largo por veinte de ancho, de que te habían asesinado, no me lo podía creer. Junto a ti también cayó Flores, catequista como tú, que te había acompañado la tarde anterior para rezar el rosario en la capilla con la gente. Ingenuamente pregunté si no se habrían confundido de persona. La violencia era lacerante, cotidiana, en tu querida Guatemala. Pero, ¿quién podía tener nada contra un hombre humilde y honrado, padre de familia, y abnegado catequista?

Me dijeron que estabais cerrando la puerta de la capilla. Que desde unos matorrales cercanos os acribillaron a tiros. Es decir, armas potentes, no la pistola de un simple matón a sueldo. Armas potentes que no podían estar en manos de un cualquiera. Violencia institucionalizada.

Una vez más, éstas, y tantas otras muertes de gente de iglesia, quedaron y siguen en el misterio. Cuando fui a preguntar directamente al jefe de la policía en Mazatenango, si tenían alguna pista, si habían descubierto algo, porque me constaba, a mí, que era su párroco, que los catequistas asesinados no se metían en política, la contestación fue espeluznante:

—"¡Usted no se meta en esto, porque también le puede ir mal!".

Alguien corrió el bulo de que "tenían ideas políticas". ¡No es cierto! No era gente metida en política. Yo los conocía uno a

uno. Y doy testimonio. Igual que doy testimonio de ser gente de iglesia, de vida y sentimientos profundamente religiosos.

Unos meses más tarde, ya no estaba yo en Guatemala, mataron al presidente de la Acción Católica parroquial, al secretario, al tesorero, y al sacristán de Santo Domingo Suchitepéquez. El sacristán se llamaba Benjamín. Un hombre honrado y servicial a carta cabal. Siempre me acompañaba en el recorrido cotidiano por las aldeas de aquella, territorialmente hablando, inmensa parroquia. Tenía quince hijos. ¡Se dice pronto! Éste, y los demás, ¿también tenían ideas políticas?

¡Qué duro me resulta evocar estas cosas…! Si lo hago, es por razón de justicia: que el tiempo no borre su memoria. También porque son los santos que con mayor certeza están en el cielo. Quizá nunca serán canonizados. ¡Para qué! ¡Qué mayor canonización que el martirio! ¡Y ellos son mártires! Y lo hago también por razón de cariño y agradecimiento, como un sencillo homenaje, desde el recuerdo y el tiempo.

¡Cuánto debe la fe de los guatemaltecos a los catequistas! Han sido ellos, por décadas de décadas, los que han mantenido viva la fe en el pueblo de Guatemala. Con caites de suela de llanta de camión unos, descalzos la mayoría, con una sonrisa perenne en sus enjutos rostros indígenas siempre, se han prodigado por llevar el mensaje del Evangelio a todos los rincones de Guatemala.

Os admiro. Os quiero, queridos catequistas. De vosotros aprendí mucho, pastoral, humana, y sacerdotalmente. Y os lo agradezco infinito. Canonizados, o no, sois santos. A vosotros me encomiendo.

LOS MÉDICOS CATÓLICOS

Médicos y sacerdotes tienen muchos aspectos en común. Los dos son profesionales de la vida. Los dos dicen relación directa a la persona humana. Por su contacto diario con la vida y con la muerte. En ambos existe una especial sensibilidad.

Los médicos me han merecido siempre un especial respeto. Por avatares de la vida sacerdotal y suerte personal me ha tocado estar muy cerca de ellos. Siempre encontré en ellos esa fibra sensible que los hace ser muy humanos.

Muchas anécdotas podría contar al respecto, tocante a médicos. Especialmente grabada quedó en mi mente la imagen de aquel médico retirado. Nos hicimos amigos en la población de Todos Santos, con ocasión de predicar allí la Misión. Todos Santos está en el Estado de Baja California Sur, a unos 3 kilómetros del Océano Pacífico y por el que cruza exactamente el Trópico de Cáncer. Se encuentra a 81 km de la ciudad de La Paz y a 85 km al norte de la ciudad de Cabo San Lucas. La Baja California Sur es un gran desierto. Inmenso. Desde Tijuana a Cabo San Lucas hay una distancia de mil cuatrocientos kilómetros. Los redentoristas hemos misionado casi todas las poblaciones. Pues bien, me contaba el médico en cuestión que en cierta ocasión, viajando de un pueblo a otro encontró a un señor en mitad de la carretera haciéndole señas de que se detuviera. Así lo hizo. ¿Qué había pasado? El hombre se había bajado del caballo, por lo que fuere, el caballo se asustó, quizá ante alguna serpiente, y echó a correr. El hombre corriendo también para detener el caballo, pero no lo alcanzó. Total, se agotó y se deshidrató. Menos mal que tuvo la suerte de que quien venía por la carretera era el médico. Me lo contaba él:

—Le inyecté tres libros de agua. Le salvé la vida.

Suerte para el deshidratado y habilidad profesional, y sobre todo, sensibilidad del médico.

En otra ocasión me llamaron para que fuera corriendo al quirófano. Me encontraba haciendo la visita a los enfermos. Hospital de Mazatenango, Guatemala. La paciente estaba ya muerta. Nunca he visto llorar a un médico con tanto gesto de impotencia como en esa ocasión. Se trataba de una señora. Había entrado al hospital por su propio pie, para dar a luz al que iba a ser su décimo sexto hijo. Un paro cardíaco terminó con su vida. El médico, por más esfuerzos sobrehumanos que hizo por reanimar aquel corazón, no lo logró. Mandó a una enfermera que llamara de inmediato al sacerdote. La escena desoladora. Encontré al médico llorando a lágrima viva.

—¡Es que tiene quince hijos…!

La impresión de impotencia del médico era patética.

En otra ocasión. Hospital Lagunero-español de Torreón. Dos casos al mismo tiempo, el mismo día. Un joven y una joven. Ella, veinte años, rostro agraciado. Pero ¡oh, vanidad femenina! Quiso hacerse cirugía estética en la nariz. No volvió de la anestesia. Murió. ¿Vale la pena exponer la vida en aras de una estúpida vanidad?

¡Estúpida muerte! Esa fue, textual, la expresión que utilizaron los médicos. Un joven, dieciocho años. Sobredosis de droga. Clínicamente muerto. Me llamaron los médicos. Sabiendo que no había nada que hacer, mantuvieron la máquina conectada para que al menos siguiera dando síntomas de una vida que, en realidad, estaba terminada. Éstos, como los anteriores, eran médicos católicos.

—Padre, lo hemos llamado para que lo administre. Pero en realidad está muerto.
—¿Qué ha pasado?
—¡Sobredosis! No ha habido nada que hacer. No hemos podido hacer más. ¡Qué muerte más estúpida! ¡Con sólo dieciocho años…!

Menos mal que, mientras unos se juegan la vida estúpidamente, no faltan los profesionales de la vida. Esos médicos que son siempre auténticos ángeles de la guarda, con su profesionalidad y con su exquisita sensibilidad humana.

LOS MILAGROS DE INDURÁIN

Dany se debatía entre la vida y la muerte en la Unidad de Cuidados Intensivos. A sus escasos diecisiete años, una bacteria asesina había invadido todo su cuerpo.

Como es natural, a sus diecisiete años se aferraba a la vida, una vida todavía en flor, en plenitud primaveral. Su caso fue tan extraordinario y llamativo que se convirtió en asunto de estudio, prioritario y especializado, para los médicos.

Pero Dany fue quizá el único que no creyó en la gravedad de su mal, cuando todos daban el caso por perdido; cuando la bacteria asesina, multiplicada en colonias de proporciones alarmantes, avanzaba y se volvía indestructible e inmune a todos los antibióticos.

Avanzaba voraz, rabiosa, asoladora. Hasta que llegó al corazón. Y hubo que abrir el pecho joven de Dany, y extraerle su joven corazón. Diecisiete años. Los médicos dijeron a la familia:

—Si no abrimos, le quedan veinticuatro horas de vida; si abrimos, hay un cinco por ciento de posibilidades de poder salvarlo.

Ante nada y un cinco, no quedaban dudas. A por el cinco de cabeza. Y comienza la intervención. Inacabable. Largas horas de quirófano. Una eternidad, esperando el resultado. Tres horas con el corazón arrancado literalmente del pecho en un intento supremo de limpiarlo y salvar una vida que se iba por momentos.

La voluntad de vivir vale más que todos los antibióticos. Y el corazón de Dany, arrancado de su cuerpo primero, y reimplantado luego, siguió animando aquel cuerpo joven, maltrecho, porque aquel “bicho” asesino, primero había atacado

e invadido sus pulmones que, encharcados, hubo que drenarlos, luego el corazón.

El pronóstico seguía siendo muy grave. Mientras tanto, médicos, enfermeras, profesores, compañeros de curso, amigos... todo el mundo estaba pendiente de él. Dany era como un cristo joven clavado a una cama en la sala de Cuidados Intensivos.

Las lágrimas de familiares y amigos se entrelazaban con la oración ferviente de tantas y tantas personas que pedían a Dios lo que era, casi, casi, un milagro. ¡Que Dany siguiera viviendo! ¡No podía morirse con diecisiete años!

Y el milagro se hizo. Me atrevería a decir, desde el más profundo respeto, que fue *un milagro laico*.

A Dany le gustaba el deporte; sobre todo, el de la bicicleta. Todos los fines de semana iba con sus amigos a entrenar y hacer carreras. El ciclismo era para ellos una pasión. En sus mentes jóvenes, llenas de ilusión y de vida, cobraba fuerza un "ídolo" que cada día se agrandaba más: Induráin. Estaba de moda. Eran los años triunfales del glorioso Induráin.

Por la cabeza de Dany, sedado, debían estar pasando escenas de carreras ciclistas con Induráin a la cabeza. En el sopor que acompaña el despertar de la anestesia, y cuando la mente flota entre sueños y delirios, las palabras primeras que Dany pronunció fueron: "¡Induráin, Induráin!".

¿Estaría Dany animando a su ídolo en algún final de etapa? ¿Quién corría más, uno hacia la meta, o el otro hacia la vida? Era como un sprint abierto, lleno de obstáculos, ganando terreno limpiamente a la muerte.

Sus amigos lo supieron. Les faltó tiempo para escribir una carta, directamente a Induráin. Eran, igual que Dany, jóvenes y soñadores. Y audaces. Y a Villava que envían la carta.

—¡Quién sabe!, se dijeron. ¡Igual Induráin le manda una tarjeta!

Era como un sueño imposible. ¿Qué tiempo iba a tener el famoso ciclista para enviar a un desconocido para él una tarjeta postal? Nunca se sabe. Y los jóvenes tienen la gracia de la audacia, junto con unas gotas de ingenuidad.

En la carta le contaban a Induráin el caso de su amigo Dany. Y su pasión y devoción por el ciclismo. Y por él, ¡por Induráin!

No sé si estaban muy convencidos del resultado de la gestión.

—Oye, por probar que no quede, ¿no?

Y la sorpresa los dejó mudos de alegría cuando a los pocos días ven que el sueño se había hecho realidad. Yo, que soy tío carnal de Dany, soy testigo. Les llega un paquete certificado. Viene a nombre de Dany. Con el remite de Induráin. Viene de Villava (Navarra). No se lo podían creer.

Corrieron con el paquete, sin abrir, por supuesto, al Hospital Miguel Servet de Zaragoza. Querían entregarlo directamente a Dany en propia mano. Dany ya estaba en planta. Que lo abriera él, personalmente. Que viera que no era un truco bienintencionado de amigos. Ellos mismos desconocían el contenido del paquete. Pero procedía del mismo Induráin.

En la habitación de planta, nos encontrábamos su madre, mi hermana, y yo. Dany seguía grave, pero con signos alentadores de recuperación. Entraron en tromba a la

habitación. Exultantes de alegría. Era la habitación 1212, cuyo número no se le olvidará nunca a Dany. A él que se dirigen. Directamente. Le entregan el paquete. Dany lo miraba y remiraba. Le da una vuelta y otra vuelta. No se lo creía. ¿Era una broma? Volvía a mirar. Pero el paquete estaba bien cerrado, los sellos en su sitio, dirección y remite igualmente. Cuando se convenció de que aquello no era un truco de sus amigos, los miró, los ojos se le llenaron de lágrimas, y comenzó a abrir el paquete. Cuando el paquete estuvo abierto del todo:

—¡Un maillot...! ¡Un maillot...!, exclamó Dany emocionado.

Los amigos, que desconocían el contenido, miraban también con máxima expectación.

—¡Ostras…! ¡Un maillot…!

Emocionado, al verlo, Dany se echó a llorar a lágrima viva. La emoción y alegría fueron indescriptibles en Dany, en sus amigos, y en quien esto les cuenta, testigo presencial.

Induráin no se había contentado con mandar una simple tarjeta postal, que hubiera sido más que suficiente, y hubiera colmado la ilusión de Dany y sus amigos. Envió un maillot precioso, con todos sus triunfos estampados, y su firma autógrafa personal.

Hoy ese maillot luce enmarcado en un cuadro precioso como el mejor trofeo que guarda en su casa Dany.

Lo que Induráin, ni nadie, podíamos imaginar es que, a partir de ese momento, la recuperación de Dany fue rápida y notoria.

A Dany le gustaba el periodismo, quería ser periodista. Le hacía ilusión ser periodista. Tenía cualidades sobradas para serlo. Pero cuando se vio curado, dijo:

—Si a mí me han salvado la vida, yo también tengo que salvar la de otros. Voy a ser médico.

Y Dany es hoy médico. Joven y lleno de vida.

LOS NOVIOS DE CANÁ

"Todo aquel que amare la áurea medianía, carece, seguro, de la sordidez de un techo vil". "Más hiere el viento a los erguidos pinos; las altas torres caen con mayor caída y fulminan los rayos las cumbres de los montes".

Estas sentencias bien podían ser bíblicas. Pero no sólo la Biblia da consejos de vida eterna. También Horacio sabe alabar en sus Odas la modestia para conducirse prudentemente en la vida. ¿Por qué esta cita de Horacio?

Visitando en cierta ocasión a unos amigos, me mostraron una fotografía, muy bonita, enmarcada y prendida en la pared de la sala. Fueron a Tierra Santa. Se hicieron la fotografía en Caná. Quedó bonita. La guardan como un grato recuerdo. Y ellos mismos se definen como *"Los novios de Caná".*

—Me gusta vuestra autodefinición. Tiene sentido y realismo.

Porque Caná es como la carencia de todo, y al mismo tiempo como la presencia y abundancia de todo. Allá había unos novios, había amor, había vino, había agua, había alegría. Y, sobre todo, estaba Cristo. ¿Qué hubiera sido de Caná sin Cristo? Sin Cristo no hubiera pasado a la historia. Y tal vez ni mis amigos hubieran estado en Tierra Santa.

Aquellos novios, los de entonces, los de Caná, eran sencillos; y estos otros, mis amigos, son sencillos. Aquéllos supieron, y saben éstos, que la presencia de Cristo es de vital importancia. Su presencia hace de la alegría un gozo eterno, y del amor una simbiosis real con Dios.

Y bien, retornando a Horacio, cuando alaba el modesto proceder en la vida. Estaban de acuerdo mis amigos en que hay

que ser sencillos en la vida. Y que hay que dejarse de ostentaciones. Bodas muy rumbosas, pero que luego duran cuatro días. Que es la fe en Cristo la que fortalece y sustenta el amor de los esposos. Así transcurría nuestra conversación. Se me ocurrió entonces contarles una boda que presencié hace años en una iglesia por tierras de América.

A la pregunta: “Fulano, ¿quieres a fulanita por esposa?”. Se supone que la respuesta fue que sí, que la quería por esposa. Pero con los nervios del momento, el novio respondió con un hilo de voz que casi nadie escuchó. Así que el cura le espetó:

—¡Que se oiga, que se oiga! ¡Que si no, luego pasa lo que pasa…!

La voz del cura sí que resonó alta y fuerte por los altavoces de la iglesia. La gente se moría de risa. Yo, que me encontraba entre la gente, lo mismo. Es que lo dijo con tal empaque y convicción que fue imposible no soltar la risa.

El pobre novio debió llevarse el sofocón de su vida. Pero, es que, las decisiones importantes de la vida hay que tomarlas con contundencia. En el caso hubiera sido con voz sonora y contundente, como quien entona una Oda de Horacio desde lo alto de un monte.

MONSEÑOR ROMERO, PRIMERO SANTO Y DESPUÉS MÁRTIR

Cristo, el mejor regalo de Dios. Este es el enunciado primero y necesario para poder entender el mundo y su enfoque cristiano. Cristo ha sido el gran regalo de Dios al mundo.

A partir de ahí, hay una serie interminable de maravillosos regalos que Dios nos ha hecho. Me refiero en este caso a uno muy concreto: *Monseñor Romero*, el arzobispo mártir y santo de San Salvador. Por su dimensión de talla mundial a que las circunstancias le llevaron, y por su propia persona y personalidad, afable, humilde, cercano, cordial, Monseñor *Óscar Arnulfo Romero* fue un hombre que se hizo querer de la gente buena, y odiar de aquellos que programaron su muerte, o se alegraron de la misma.

Monseñor Óscar Arnulfo Romero nació en Ciudad Barrios (Departamento de San Miguel, El Salvador) el 15 de agosto de 1917. El 15 de agosto es un día profundamente mariano. Asunción de María a los cielos en cuerpo y alma.

Fue el segundo de los 8 hermanos. Familia numerosa, como es normal en El Salvador. Familia modesta y cristiana. Don Santos, su padre, fue empleado de correo y telegrafista; su madre, doña Guadalupe de Jesús, ama de casa, que en el medio rural no es poco.

Quienes tuvimos la suerte, ¡inmensa!, de conocerle y tratarle desde la dimensión cercana de amigos, en Monseñor Romero vemos un regalo de Dios. Puedo vanagloriarme, y no tengo reparo en expresarme así, de haber tenido una buena

amistad personal con él. Los redentoristas le misionamos toda la diócesis de Santiago de María, siendo obispo de dicha diócesis. Si venía a la capital por la mañana, se venía a desayunar a los redentoristas, si en torno al mediodía, se venía a almorzar con los redentoristas.

Luego lo pasaron a la capital. Vaya por delante esta anécdota. Como tantas, se presenta una mañana en la 17 avenida sur de San Salvador, iglesia del Perpetuo Socorro, regentada por los misioneros redentoristas. Me dice, con la sencillez, llaneza y amistad que le caracterizaba:

—"Juan Manuel, quiero que vayas a dar una misión a Ciudad Barrios, mi pueblo".

El motivo era, que iba a tener lugar una ordenación sacerdotal. Había invitado a algún obispo amigo y al Nuncio. Quería, en consecuencia, preparar a la gente espiritualmente, dada la importancia del acontecimiento que para el pueblo suponía una ordenación sacerdotal. Con la confianza y amistad que teníamos, le contesto:

—"Monseñor: ¡imposible!".
—"¡Cómo!"
—"Monseñor, muy sencillo, ya ve que estamos en la época de lluvias. Los caminos se ponen intransitables. La gente no puede desplazarse. En este tiempo las misiones no resultan.
—"Juan Manuel, hazme caso, tienes que ir".
—"Monseñor, usted manda, iré. Pero le digo que la misión no resultará.

Al tercer día de la misión se presenta temprano en el templo parroquial, amplio y hermoso. Había yo terminado la

misa y estaba recogiendo las cosas del altar. Lo veo entrar, allá al fondo, por la puerta principal. Y desde la puerta, sin poderse contener, se echa a reír. Y yo, desde el altar:
—"Monseñor, ¿qué le dije?"

Corrí desde el altar a su encuentro, nos dimos un fuerte abrazo y nos fuimos los dos a desayunar.

Él ya se había dado cuenta de que con la lluvia era imposible dar una misión. Por la noche, a la hora de la predicación principal de la misión, se desataba una tromba de agua. Normal, porque allá llueve tropicalmente. El techo del templo era de lámina de uralita. Así que, en cuanto comenzaba la lluvia aquello era un tambor atronador. Imposible, a pesar de los buenos altavoces, que poder escuchar al misionero. Y el sermón se suspendía. No obstante, haciendo sustanciales cambios y modificaciones, la misión *"se dio",* sui generis, pero los objetivos marcados, que es lo que realmente se intentaba, prácticamente se consiguieron.

Monseñor Romero fue un verdadero Pastor. Se estrenó como párroco en Anamorós, en el Departamento de La Unión, pasando enseguida a San Miguel, donde realizó su labor pastoral durante 20 años. Hombre dinámico, impulsó diversos movimientos apostólicos, que en El Salvador, igual que sucede en Guatemala y otros países del contorno, normalmente suelen ser exitosos. Por ejemplo, la Legión de María, los Caballeros de Cristo, los Cursillos de Cristiandad, estaban entre los principales, y con mucho éxito. También promovió otras obras de dimensión más social, como Alcohólicos anónimos, Cáritas, etc. Era, además, un gran devoto de la Virgen María. Él promovió mucho la devoción a la Virgen de la Paz. Ordenado Obispo el 21 de junio

de 1970, quedó como Auxiliar de Monseñor Luis Chávez y González, de feliz memoria también para los redentoristas, y todo el pueblo en general.

El 15 de octubre de 1974 fue nombrado Obispo de la Diócesis de Santiago de María.

En Santiago de María Monseñor Romero pudo palpar de cerca la realidad de pobreza y miseria en que vivían y viven la mayoría de los campesinos. Verdadero Pastor del rebaño que Cristo le confió, Monseñor Romero se preocupó tanto de las necesidades materiales como espirituales de su grey. Tocante a lo espiritual, se preocupó de que todos los pueblos y cantones de la diócesis fueran misionados. Y así, los redentoristas le misionamos, como he dicho, toda la Diócesis.

En un país oligarca, como El Salvador, el gobierno no podía mirar a la Iglesia sino con sospecha. Hubo amenazas constantes y expulsiones y muertes de sacerdotes. Cuando quizá más enrarecido estaba el ambiente, Monseñor Romero fue nombrado Arzobispo de San Salvador. Fue un 23 de febrero de 1977, tenía 59 años. Para algunos, que esperaban fuera nombrado como sucesor de Monseñor Chávez su auxiliar Monseñor Rivera, el nombramiento fue una sorpresa. Pero no para todos.

Monseñor Romero, era hombre de gran talento y preparación teológica. De hecho, en 1940 fue enviado a Roma para proseguir estudios teológicos. En Roma fue ordenado sacerdote a los 25 años, el 4 de abril de 1942. Continuó en Roma para hacer la tesis doctoral, aunque la guerra le impidió terminar los estudios, teniendo que regresar a El Salvador.

Pero más allá de la preparación intelectual, que era notable, basta ver, oír diríamos mejor, sus homilías, de fuerte y bien cimentado contenido teológico y doctrinal, fue un gran Pastor, lleno de celo apostólico. Y eso podemos decirlo, en voz muy alta, quienes hemos tenido la suerte de conocerlo y tratarlo personalmente, de cerca.

Parece ser que algunos, sin conocerlo, se alegraron de su nombramiento como Arzobispo de San Salvador, pensando que iban a poder manipularlo a sus anchas. Se equivocaron. Por ejemplo, el gobierno y la oligarquía capitalina y capitalista. San Salvador, y El Salvador en general, era un torbellino de violencia, cuando Monseñor tomó posesión de la Arquidiócesis. Por cierto, en la ceremonia de toma de posesión no hubo presencia de autoridades civiles ni militares. Muy significativo.

Un mes llevaba Monseñor de Arzobispo en la capital salvadoreña cuando fue asesinado el padre *Rutilio Grande*. Fue el primer sacerdote en caer asesinado. Eran amigos y le impactó esta muerte. Por cierto, yo me encontraba misionando a poquitos kilómetros de donde cayó abatido el padre Rutilio

Lo recuerdo muy bien. Era domingo. Monseñor dijo que ese domingo se suprimían todas las misas de la Arquidiócesis, que sólo una se iba a celebrar: la del funeral por el Padre Rutilio Grande en Catedral. Quería que esa única misa fuera el signo vivo de la unidad de la Iglesia. Y al mismo tiempo, el rechazo rotundo al asesinato del padre Rutilio. Que los sacerdotes que pudieran desplazarse acudieran a la misa en catedral, y los que no, que juntaran a la gente y siguieran la misa por la radio del Arzobispado, la famosa *radio YSAX*, la *"X",* como decía la gente, cuyas ondas llegaban a todo el país.

Como digo, estaba yo misionando, no tenía posibilidad de desplazarme y poder llegar a tiempo al entierro. Así que junté a la gente en la explanada que había delante del templo, porque dentro no cabían, puse el transistor junto al micrófono del parlante y todos seguimos la ceremonia del funeral con enorme emoción.

Este gesto audaz de Monseñor Romero impactó en el mundo entero. En primer lugar para el Pueblo en general, que lo acogió con sorpresa pero con agrado. Luego para el Gobierno, que lo vio con mucha preocupación. Y para el Nuncio, que no estuvo de acuerdo. Quizá este desacuerdo del Nuncio hizo que luego el papa *Juan Pablo II* no le tuviera demasiada simpatía a Monseñor Romero. Que todo hay que decirlo. Pero quienes lo conocimos personalmente, sabemos que era un santo. Y a partir de su asesinato, mártir. ¿Si estos no son suficientes argumentos de santidad…?

Una expresión que él repetía mucho, y que quedó como titular de un importante espacio radiofónico en la emisora del Arzobispado, era: *"Sentir con la Iglesia".* Este fue el gran lema de Monseñor Romero.

"Sentir con la Iglesia" no era simplemente una frase bonita. Se trataba de construir una Iglesia dinámica, fiel al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia. Una Iglesia, al mismo tiempo, cercana a la realidad del Pueblo. Y un Pueblo, para colmo, pobre y explotado. Se ha hablado y escrito hasta la saciedad de la *Iglesia Popular*. Pero hay que andar con cuidado con la expresión *"Iglesia Popular"*, en cuanto a definición y contenido. Porque se presta a hacer, y se ha hecho, demagogia barata.

Por más que algunos se empeñen, Monseñor Romero no hizo ni perteneció a ninguna *"Iglesia Popular"* entendida, como muchas veces se ha querido dar a entender, de tesitura claramente marxista. Nada más lejos del Arzobispo Romero. Si predicar el Evangelio y optar por los pobres es marxismo, venga Dios y lo vea. Él estuvo muy cerca del Pueblo, y con el Pueblo, pero desde el Evangelio. Un Evangelio diáfano y transparente. Nunca desde el marxismo. Eso fue un infundio muy mal intencionado.

Recuerdo otra anécdota con Monseñor Romero. En Jucuarán, cerca de Usulután, se había comenzado a construir un templo, que querían fuera de grandes dimensiones. Una especie de Suyapa en El Salvador. Pero las obras se habían paralizado y el material ya acumulado para la construcción, desaparecido.

Como era habitual en él, se presenta una vez más en la 17 Av. Sur, de la capital.

—"Juan Manuel, te pido un favor. Quiero que vayas un mes a Jucuarán. Organízame un Comité pro construcción del templo. Quiero comenzar cuanto antes las obras del templo, que apenas se comenzó y no se continuó. Va a ser un gran templo para la Virgen".
—"Vale".

Y allá me fui. En el mes que estuve vino varias veces a ver cómo iban las cosas. Iban bien. No había terminado la primera semana, y ya teníamos en marcha el Comité y nueve mil colones, que para entonces era mucho dinero.

A veces avisaba que venía, otras se presentaba de improviso. Para la gente era una fiesta ver a Monseñor. Sentían verdadera pasión por él.

Cuando terminó el mes, tenía que marcharme. Vino a darme las gracias y despedirme. ¡Qué va…! Enseguida vi que llevaba en mente otra idea. Toda la gente de Jucuarán estaba reunida en la plaza. Yo con la maleta en la mano. Monseñor a mi lado, siempre tan amigo y cordial. Y de pronto, comienzan a gritar:

—"¡No lo deje marchar, no lo deje marchar!".

Se vuelve hacia mí, con una amplia sonrisa, y en esa frase tan típica suya, me dice:

—"Juan Manuel, ¿oyes lo que dicen? ¡Que no te vayas! Pues mira, *"voz del pueblo voz de Dios".*

Y tuve que quedarme otro mes. Y casi un tercero. La lástima fue que, en cuanto vino la guerra, uno de los primeros pueblos arrasados fue precisamente Jucuarán. ¡Qué casualidad, ¿no?!

Los planos del que iba a ser grandioso templo, supongo que seguirán en los archivos de la Curia del Arzobispado, porque en una de las visitas a Jucuarán, Monseñor Romero, con buen criterio y para que no se perdieran ni estropearan, se los llevó.

Claro que sentía con la Iglesia. Donde lo invitaban, allá iba, no perdía oportunidad de reunirse con la gente, especialmente con los más pobres. El día más esperado era el Domingo. Monseñor Romero celebraba todos los domingos la Misa de ocho de la mañana en la Catedral. Misa radiada por la *"X"* para todo el país. Era el programa que batía todos los récords de audiencia. El momento más esperado, *la homilía*.

Como muchas de ellas están grabadas y corren por la Red, están al alcance de cualquiera, así que aprovéchenlas.

Eran homilías de gran calado teológico, pero expuestas con meridiana claridad, de tal manera que hasta la gente más sencilla podía entenderlas. Pero al mismo tiempo, había una parte dentro de la homilía, de carácter informativo, muy esperada por todos. Monseñor Romero era el profeta de la Verdad.

Sabía juzgar e interpretar los hechos de cada día, y de la semana, a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia. Denunciaba las injusticias, haciendo vehementes llamados a la conversión. Por eso su palabra molestaba a tantos.

—"Hermanos: ¡Cómo quisiera yo grabar en el corazón de cada uno esta gran idea: el cristianismo no es un conjunto de verdades que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, de prohibiciones! Así resulta muy repugnante. El cristianismo es una persona, que me amó tanto, que me reclama mi amor. El cristianismo es Cristo".

Sus homilías tenían siempre pasajes, frases, llenos de esperanza:

—¡"Qué hermoso será el día en que cada bautizado comprenda que su profesión, su trabajo, es un trabajo sacerdotal; que, así como yo voy a celebrar la misa en este altar, cada carpintero celebra su misa en su banco de carpintería, cada hojalatero, cada profesional, cada médico con su bisturí, la señora del mercado en su puesto... están haciendo un oficio sacerdotal. Cuántos motoristas sé que escuchan esta palabra allá en sus taxis. Pues tú, querido motorista, junto a tu volante, eres un sacerdote si trabajas con honradez, consagrando a Dios tu taxi, llevando un mensaje de paz y de amor a tus clientes que van en tu carro".

A Monseñor Romero le acusaron de marxista. ¡El colmo del absurdo! Un marxista no es un hombre de esperanza, sino un agitador. Pero de los labios de Monseñor Romero nunca habrá oído nadie salir una palabra de rencor o de violencia.

—*"Aun cuando se nos llame locos, aun cuando se nos llame subversivos, comunistas y todos los calificativos que se nos dicen, sabemos que no hacemos más que predicar el testimonio subversivo de las bienaventuranzas, que le han dado vuelta a todo para proclamar bienaventurados a los pobres, bienaventurados a los sedientos de justicia, bienaventurados a los que sufren".*

En el marxismo no hay sentido transcendente de la vida.

—*"Es ridículo que se diga que la Iglesia se ha hecho marxista. Si el materialismo marxista mata el sentido trascendente de la Iglesia, una Iglesia marxista, sería no sólo suicida sino estúpida. Pero hay un "ateísmo" más cercano y más peligroso para nuestra Iglesia: el ateísmo del capitalismo cuando los bienes materiales se erigen en ídolos y sustituyen a Dios".*

Y en el capitalismo, hay un ateísmo latente.

—*"No nos cansemos de denunciar la idolatría de la riqueza, que hace consistir la verdadera grandeza del hombre en tener y olvida que la verdadera grandeza es ser. No vale el hombre por lo que tiene, sino por lo que es".*

Monseñor Romero sabía muy bien que su vida corría peligro. A pesar de ello dijo que nunca abandonaría al pueblo. De hecho, como todo el mundo sabe, fue *asesinado el 24 de marzo de 1980* mientras celebraba la Misa en la Capilla del Hospital La Divina Providencia. En una entrevista, decía:

—*"He estado amenazado de muerte frecuentemente. He de decirles que como cristiano no creo en la muerte sin resurrección: si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Lo digo sin ninguna jactancia, con gran humildad. Como pastor, estoy obligado, por mandato divino, a dar la vida por aquellos a quien amo, que son todos los salvadoreños, incluso por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegasen a cumplirse las amenazas, desde ahora ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia de Dios, que no creo merecerlo. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza pronto será una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea para la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede decir usted, si llegan a matarme, que perdono y bendigo a aquellos que lo hagan. De esta manera se convencerán que pierden su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el Pueblo, nunca perecerá".*

¿Escucharía alguna vez el papa *Juan Pablo II* estas palabras? Juan Pablo II ya está canonizado. Ironías de la vida, Monseñor Romero, *santo antes que mártir*, aún no. Pero pronto, sí. Suyas son también estas palabras:

—*"El Reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección. Ésta es la esperanza que nos alienta a los cristianos. Sabemos que todo esfuerzo por mejorar una sociedad, sobre todo cuando está tan metida esa injusticia y el pecado, es un esfuerzo que Dios bendice, que Dios quiere, que Dios nos exige".*

Para quienes tuvimos el privilegio de conocerlo personalmente y disfrutar de su amistad personal, el sólo hecho

de recordarlo, es un regalo de Dios, que no merecemos. Porque *Monseñor Romero fue, primero santo, y luego mártir*.

MORIRSE A LA CARTA

También para morirse hay que tener sentido del humor. No me resisto a traer aquí una anécdota, real como la vida misma. Tierras guatemaltecas. Mazatenango, tropical Mazatenango, Ciudad del Venado, en traducción al español. Se llamaba Miguel. Su apellido Barberà. Fue un compañero y amigo ideal, de los que no abundan, con el que compartí comunidad durante seis años. Éramos seis de comunidad. Catalán él, navarro yo. Había también un riojano, un zamorano y dos leoneses. Bonita comunidad.

Hacía un año que le habían detectado un cáncer. Incluso le abrieron para operarlo, pero lo volvieron a cerrar. Los médicos dijeron que no había nada que hacer. Aún aguantó un año, y sin aparentes grandes molestias. Pero el avance del mal era inevitable.

Cuando las cosas se complicaron irremediablemente le dijeron que le quedaban tres meses de vida. Y así fue.

—Bueno, pues está bien, -contestó con una serenidad pasmosa.

Había sido uno de los grandes misioneros. Y un compañero y amigo ideal, como he dicho. Pero la muerte traía el reloj ajustado a la Hora de la eternidad.

Miguel dijo, y reiteraba, que no tenía miedo. Y citó a la muerte de frente. Gallardamente, a lo torero. A sus cincuenta y ocho años le hubiera dado una larga cambiada a la muerte. Pero no estaba para muchos pases sobre el albero de la vida. Y Miguel cayó en el centro mismo del redondel, en la última y definitiva faena de la vida; él, que como misionero, había brindado por la Vida mirando siempre al tendido espléndido de la eternidad. La cornada del cáncer era mortal de necesidad.

¡Qué buenos ratos pasamos juntos en la clínica de San Felipe Retalhuleu, situada entre los cafetales! Porque, eso sí, el buen humor nunca lo perdió. Ni la paz interior, que es el baremo de la gente de bien; a pesar del dolor que el cáncer le producía en ese ya final de su vida.

Nunca olvidaré aquel día. Llegué temprano, como todos los días, a la Clínica. Al entrar, me miró con aquel rostro macilento, que más parecía una edición pobre del Quijote con su clásica figura ascética, donde antaño señoreaba una hermosa y larga barba de misionero.

—¡Juan Manuel, ven, acércate, que tengo un problema!

Me lo dijo tan serio que supuse que quería confesarse, aunque no era hombre de problemas, ni problemático. Pero en fin, pensé, cuando uno está para morirse se le concede permiso para tener problemas.

—Miguel, tú dirás.

Haciendo acopio de la poca voz que aún le quedaba y de su gran dosis del buen humor que siempre le acompañó, me dice:

—Pues, sí... Tengo un problema.
—¿Cuál?
—¡Que no sé si morirse a la antigua o a la moderna!

No pude reprimir una sonora carcajada, que se fundió con la suya. ¡Qué enorme sentido del humor! ¡Y de la ironía! ¡Qué gran catalán Miguel! Su “problema”, entre comillas, venía a cuento de las largas conversaciones que los dos habíamos tenido sobre el Concilio.

Porque a nosotros, el Concilio Vaticano II nos había pillado a caballo entre lo que podíamos llamar el antes y el después del Concilio. Que es como decir lo caduco y lo nuevo. Lo que debía dejarse y lo que había que renovar. El Concilio marcaba para la Iglesia tiempos nuevos, tiempos de renovación en todo sentido.

Pero ¿y la muerte? He aquí la cuestión. ¿Pertenecía al antes o al después? Lo que los sesudos teólogos hubieran tardado siglos en dilucidar, él lo solucionó en menos que canta un gallo.

—¡*No sé si morirme a la antigua o la moderna!*

¡Toma castaña! ¡Buen sentido del humor, Miguel, buen sentido! ¡Tú sí entendiste el Concilio, y la Hora de Dios, que afrontaste con tan gallarda hidalguía y humor! La muerte, ¿pertenece al antes o al después? ¡Qué bueno! ¡No sé si morirme a la antigua o la moderna!.

OJOS DE MADRE

A la vista está, el Icono de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro es una síntesis preciosa del Misterio de la Redención. Unos, la llaman Odigitría; por aquello de ser la que nos lleva a Cristo, la que nos indica el camino. Otros, la llaman Eleusa, por esa infinita ternura que tiene e irradia. Y todos, Perpetuo Socorro. Yo, prefiero llamarla Madre. Simplemente. Es que, la Santísima Virgen María es, ante todo, Madre.

En el Icono del Perpetuo Socorro sobresale, sobre todo, este aspecto fundamental en María: ser Madre. Y el pueblo cristiano ha buscado siempre en ella, primordialmente, su cualidad de Madre.

Asociada a Cristo en la Redención, el pueblo cristiano la venera y la eleva a la categoría que el mismo Dios le ha dado: ser una Reina. La Reina de cielos y tierra. Y, efectivamente, así aparece en el Icono: majestuosa y maternal. Su mirada es dulce; y al mismo tiempo, trasluce un deje de tristeza. Es la Theotókos, la Madre de Dios como la definió el Concilio de Éfeso el año 431. Espléndida de majestad. Rica de simbología, por ejemplo en sus vestimentas. Es ropa de Reina, Madre y Soberana. Los colores azul, verde y rojo, nos remiten a las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor.

María del Perpetuo Socorro es la Virgen gloriosa y glorificada. Lleva aureola de honor. Y una estrella en la frente, dándonos a entender que nos va guiando, como antaño la estrella polar a los navegantes, a buen puerto. Y en todo su porte, al seguridad firme de la Madre.

Cuántas anécdotas se podrían contar en referencia a María del Perpetuo Socorro. Me referiré a una en concreto.

Una tarde de tantas, entré a rezar al Santuario que lleva su nombre, y que los misioneros Redentoristas regentan en Torreón, Coahuila, al norte de México. Hermoso santuario. A todas horas del día se ve gente rezando. Según entraba, se me acerca una señora, bastante joven. Vi que quería hablarme. Me detuve. Sin más, me dice:

—Yo no soy católica. Mire, soy protestante.
—Bien, ¿y en qué puedo servirle?
—Pues..., resulta que tengo dos niños estudiando en ese colegio que está ahí cerquita, ahí no más. El otro día, al regresar de dejarlos en el colegio, se me ocurrió entrar en el santuario, donde nunca había entrado. Me llamó la atención ese hermoso cuadro.

Efectivamente, en el altar hay un cuadro grande y hermoso pintado al óleo que ocupa gran parte del retablo.

—¡Qué hermoso cuadro! Pero lo que me fascinó de verdad fueron los ojos de la Virgen. ¡Yo no sé qué tienen esos ojos! Me quedé mirándolos. Me llené de paz. Mucha paz. Ahora, todos los días, cuando regreso de dejar a mis niños en el colegio, entro, me quedo mirándolos un ratito y me voy llena de paz. ¡Yo no sé qué tienen esos ojos!

En mi vida de misionero he tenido varias y muy emotivas, algunas, experiencias con protestantes. Pero esta sencilla conversación con aquella mujer, joven madre, me llegó muy dentro del alma. La había escuchado atentamente. Le respondí:

—¿De modo que usted no sabe qué tienen esos ojos...? Yo sí sé qué es lo que tienen. ¡Tienen que son los ojos de la Madre! ¡Por eso tienen y dan tanta paz!

Aquella joven mujer, a fin de cuentas madre también, comprendió perfectamente mi respuesta. Su rostro se iluminó con una amplia y dulce sonrisa. Expresó un muy mexicano ¡gracias! Y se fue.

Sin duda necesitaba comunicar a alguien sus sentimientos, su gozo y su alegría.

Yo me volví hacia el Icono de la Virgen y le dije: ¡Madre del Perpetuo Socorro!: ¡gracias! ¡Sigue bendiciéndonos a todos, incluidos los protestantes! ¡También son tus hijos!

PALOMA DE LA PAZ

La paloma es un socorrido símbolo de paz, desde tiempos pretéritos. Incluso es un símbolo bíblico. De ahí que cuando se celebra, pongamos por caso, un evento importante, como puede ser una olimpíada, se acostumbra a soltar una bandada de palomas. El pequeño detalle, pongámoslo también como pequeño inconveniente, es que su vuelo suele ser corto. Y la paz se queda, correspondientemente, corta. Los pueblos buscan la paz. Las naciones buscan la paz. Todos buscamos la paz. Pero sigue el pie el thanático instinto de muerte, como es la guerra. Quizá fuera más lógico soltar, en vez de palomas, grullas. Su vuelo alcanza más lejanos horizontes. Dicho lo cual, paso a decir lo siguiente.

Para el acto final de la misión, y como acto solemne de clausura, los fervorosos habitantes de Tupátaro (Estado de Guanajuato, México) idearon tener una Misa por todo lo alto. Nunca mejor dicho, por todo lo alto. No sería en el templo, sino en la explanada que hay a mitad del monte. Para lo cual, subiríamos en procesión eucarística, como si fuera día del Corpus. Por el camino, cuatro altares, estratégicamente situados, y bien adornados con ramas y flores. Uno, por los niños; otro, por los jóvenes; el tercero, por los adultos; y el cuarto, por los ancianos. Así se determinó y así se hizo.

La misión había resultado muy bien. En consecuencia, quisieron que quedara un recuerdo para la posteridad. Se implantaría también una cruz de misión, pero no como las tradicionales en el templo parroquial, sino arriba en el monte. Que fuera grande, como había sido la misión, y que se viera desde muy lejos.

Se reunieron los hombres en pleno. Hablaron con don Manuel, un vecino del pueblo. Él tenía en su casa unos troncos grandes de mezquite. El tronco más grande medía cinco metros,

y era bastante recto. Serviría muy bien para palo vertical de la cruz. Para el horizontal había también otro muy apropiado. Sería una cruz perfecta. Siendo para causa tan noble, don Manuel los regaló. No quiso cobrar ni un centavo por la valiosa madera.

—Padrecito, tratándose de la Santa Misión, es voluntad de mi familia y mía que sea regalada.

Y se hizo la cruz. Pero la madera era muy pesada. No sería fácil subir la cruz, ya ensamblada, desde el rancho o aldea. Sería mejor ensamblarla arriba, en el monte. Trajeron unos bueyes uncidos, y arrastrando los troncos cuesta arriba, por una especie de trocha, los subieron a la explanada. Armaron la cruz y la plantaron en tierra. Quedó hermosísima. Y visible desde lejos. Lo habían determinado, y así lo realizaron.

El pueblo entero se hizo presente en la clausura. Fervor, emoción y lágrimas se aunaron. Y aquella buena gente, que sabían de las olimpíadas sólo por la tele, pensaron que ellos también podían emular el simbólico gesto de soltar palomas, como habían por la tele que hacían en las olimpíadas. ¿Quién más dispuestos a pedir por la paz que ellos? Eso, sí; no disponían de muchas palomas. Pero qué importaba. Con una sola paloma que soltaran era suficiente. Lo acordaron y se hizo.

Tenían la intuición de que el momento más adecuado para soltar la paloma era el de la Consagración en la Misa. Así que, llegado el momento de la Consagración, con delicadeza, con ternura, con mimo, soltaron la paloma que previamente habían amarrado a la cruz. La paloma voló. Trazó un par de círculos por encima de la multitud y, suavemente, vino a posarse sobre el Altar, junto al Cáliz y la Patena. Le hice un gesto para que se retirara, no sea que fuera a volcar el Caíz. No se movió, ni ante el gesto de mi mano, ni en toda la Misa. Como si entendiera. En actitud piadosa se estuvo. No la molesté más. No hizo falta. No molestó para nada.

Una honda emoción embargó a la multitud que observaba en profundo recogimiento. Incluso corrieron lágrimas. Algunos, en audible cuchicheo, decían:

—¡Milagro, milagro!

Qué elocuente símbolo, no sólo de paz, también de unidad para el pueblo, resultó aquella paloma. En la significativa altura del monte, donde nunca antes se había celebrado una Misa, ahora quedaba en pie, como una bendición para todos, la Santa Cruz de Misión.

Al terminar, los hombres decían:

—Nos moriremos todos, pero la Cruz aquí seguirá.

Han pasado los años. Tuve oportunidad de pasar de nuevo por allí. Y la cruz allá seguía.

Desde entonces, cada tres de mayo, día de la Santa Cruz, la buena gente de Tupátaro acude a rezar y a adornar con flores aquella hermosa Cruz de Misión que les trae recuerdos imborrables y la seguridad de que la paz es posible.

PESCADOR EN ALTAMAR

Esa mañana, temprano, a orillas del Pacífico inmenso, en una infinita y soñolienta playa de la Baja California Sur, me entretenía tirando piedritas a la mar. Rezaba, pensaba, meditaba. No se me ocurría qué debía hacer para lograr que la gente acudiera a la misión. La había comenzado con dos personas. Dos. En Dios hay tres. Pero en la capilla comencé la misión con dos. Una abuelita y un niño, su nietecito de escasos dos años. Fue el comienzo. La inauguración de la misión. Al día siguiente, las mismas dos personas. Eso se llama perseverancia. Algo habrá que hacer, me dije.

Los pescadores volvían de recoger el pecado que había quedado atrapado en las redes. Vi que lo seleccionaban y lo metían en un enorme camión frigorífico que para el efecto tenían en la misma playa. Tardaba varios días en llenarse. Era muy grande. Una vez lleno se marchaba. Y venía otro para recibir nueva carga. Rutina normal.

Sin más compañía que las gaviotas, los alcatraces, y unos ligeros pajarillos que correteaban por la arena, mi vista se extendía por encima del mar. Aldea de Las Barrancas. Este el hombre de una aldea de pescadores donde me encontraba para dar la santa Misión. Me fui acercando a los pescadores, los fui saludando, unos respondían al saludo, otros no se daban por enterados. A todos los fui invitando a participar en la misión.

A la mañana siguiente, y ya iban cuatro de los veinte días que pensaba estar allá, volví a hacerme el encontradizo con los pescadores. Ellos eran pescadores, no de almas precisamente. Me acordé que Jesús había invitado a los apóstoles a echar la red, a la derecha, concretamente. Yo trataba de echarla a la

derecha, a la izquierda y a todos lados. Pero nada. De pronto, en una de las *pangas*, (lanchas) muy potentes, me dicen:

—Padresito, le invitamos a pescar con nosotros.
—¿Cuándo?
—Mañana mismo.
—Encantado. Aquí estaré.

Al día siguiente, tempranísimo, ya estaba yo en la playa, dispuesto a salir a pescar a altamar. Qué delicia surcar el oleaje, bastante suave por cierto, sobre la panga, recibir de lleno la brisa del mar en aquel clima tropical. Suave al amanecer. Veía las mantarrayas flotar en la superficie del agua, como dormidas. Volviendo la vista atrás veía la aldea de Las Barrancas desparramada a orillas de la playa. Y las instalaciones de una multifactoría construida por los alemanes para preparar y exportar los productos del mar. Los alemanes se habían marchado y la multifactoría quedó cerrada. No funcionaba. Lo mismo la desalinizadora. ¡Qué pena!

Al llegar a la primera boya que señalaba dónde había redes, se detuvo la panga, apagaron el motor y comenzaron a tirar de la red. Algunos pescados eran devueltos al mar. Me explicaron que algunos se ahogaban antes de tiempo en la red. Me sonó a chiste, lo de ahogarse los peces, pero bueno.

—Cuando están las agallas blancas hay que tirarlos.

Yo en medio del espejo de la mar. El son rielando sobre las olas. La vista que comienza a hacerme no sé qué extraños guiños. También yo me estaba poniendo blanco. Mareo al canto. No había desayunado. El mareo obedece a otras causas cuando se está en medio del mar. Los pecadores se reían.

—No se preocupe. Eso es normal. A nosotros nos ha pasado a todos. Alguno hemos tardado un año en acostumbrarnos a vencer el mareo.

Curiosamente, en cuanto el motor se puso de nuevo en marcha, el mareo se me fue como por encanto. Hasta me puse a cantar con ellos. ¡Qué sabrosa la brisa del mar!

—Mañana le esperamos de nuevo.
—Aquí me tendrán.

Fue así cómo todo fue cambiando. Y entraron en misión, vaya que si entraron. Hasta terminar siendo una hermosa misión.

Y llegó el día de la clausura. Acordaron que tenía que ser una clausura espectacular. Haríamos una procesión con todas las pangas lo más cerquita posible a la orilla, con toda la gente, evitando así peligros; y en una de las pangas iría la Virgen del Carmen, bien adornada de flores. La idea me pareció genial.

Pero el Pacífico demostró no ser tal. Todos los días había estado bien tranquilo. Pues va, y se le ocurre, el día de la clausura precisamente, encresparse. El mar, no sé por qué, se había despacificado. Allá él. Nosotros teníamos programada la procesión y la procesión se hizo. No por el mar, hubiera sido correr un riesgo innecesario. Y sí por toda la inmensa playa. El entusiasmo se traducía en cantos, vivas, plegarias. La Virgen sonreía a sus hijos de Las Barrancas. Y todos, al aclamar a la Virgen, le rogamos por toda la gente del mar.

En particular pedí agradecido también por la abuelita y su nietecito con los que había inaugurado la Misión.

PLATERO Y LA MONJA

En el ambiente que se forma en la Misión, normalmente muy festivo y alegre, se acostumbra en América tener en un domingo intermedio, un día de campo. Es un día muy bonito, de convivencia con las familias. Acuden los padres, los hijos, y las personas mayores. Se tienen juegos con los mayores, y con los peques. Se celebra la Eucaristía en un ambiente muy participativo, alegre, con muchos cantos. Luego viene la comida, también compartida con lo que cada uno ha traído, puesto a disposición de todos. Está muy bien pensada esta jornada campestre. Sirve para "romper el hielo" que puede que aún quede en algunas personas. De este modo, la siguiente semana de misión es una auténtica gozada. Porque la Misión tiene que ser siempre una fiesta del espíritu. Dios no quiere gente triste, sino alegre.

En esta ocasión la misión se celebraba por tierras de Coahuila, norte de México. Participaba también la Hna. Margarita, que en pocos días partiría para las misiones en África. Habíamos tenido la convivencia en un hermoso pinar, de los muchos que por aquellas tierras hay. Veníamos ya de regreso, francamente contentos, felices. Algarabía de jóvenes y mayores. Se habían formado varios grupos. Yo venía en el primero. Conmigo venían las autoridades del pueblo, entre ellos el Comisionado, la misionera Hna. Margarita, un grupo numeroso de gente, y un mozalbete montado en su burrito. Para escuchar bien lo que íbamos comentando se me acercó lo más que pudo con su burrito. Cuando vi el burrito junto a mí, pensé en *Platero*, de Juan Ramón Jiménez. Comencé a recitar:

—Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro. Lo dejo suelto y se va al prado y acaricia tibiamente, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: ¿Platero?, y viene a mí con un trotecillo alegre, que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Y a continuación, se me ocurre, por una asociación de ideas, comenzar a contar "mi conversión".

—Sí, mi conversión fue al estilo san Pablo, pero en versión casera. A él lo derribo Cristo del caballo; a mí una monjita, pero no de un caballo ¡sino de un burro!
—¿Cómo fue eso?
—Pues ná, que iba yo siendo niño en el burrito, a la monjita, muy amiga de la familia, se le ocurre darle con una varita de avellano, eso sí, suavemente; el burrito que se enfada, da un respingo y yo que me veo volando por los aires; ¡igual que un sputnik!

Todos riendo la broma. La Hna. Margarita, que se había arrimado todo lo que pudo para oír bien la famosa *"conversión",* se puso justo detrás del burrito. Se me ocurre entonces, según íbamos caminando, alargar la mano y acariciarle una oreja al burrito. ¡Ladino él! No debía pasar de ser una edición pobre de Platero, porque en cuanto sintió mi mano en la oreja soltó una coz. Ni cuenta me di. Pero de pronto veo que se arma un corrillo en una de las cunetas del camino. ¿Qué pasa? Miro y veo a la pobre monjita medio sentada en la cuneta, y la gente:

—¡Ay, ay, ay…!

Y todos corriendo hacia ella para ayudarla. La pobre monja se levantó como pudo, maltrecha, pero se levantó. Me temí lo peor. Por suerte apenas le rozó una pantorrilla. Pasado el susto continuamos la marcha de regreso. Y la buena Hna. Margarita, mexicana ella:

—¡Mano! ¡Pos no que *Platero* era tan apacible!
—Sí, claro. *Peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón*. Pero oiga Hna., no se confunda de *Platero*.

El Comisionado no se tenía de la risa. Y la buena monjita:

—Señor Comisionado, lo voy a demandar por dejar los burros sueltos por la calle.

Y Yo:

—Pues yo tomaré la defensa del burro.
—¡Ay, padresito, ¿pos no que ya se había usted convertido…?
—Sí, pero no cuenta; porque aquello fue mucho antes de la misión.

Y así, entre bromas y risas, terminó aquel memorable día, donde no faltó un lejano aprendiz de *Platero*, una muy querida misionera, la Hna. Margarita, y una gente alegre y bullanguera.

POR LIS-LIS ENTRE SERPIENTES

¡Y dónde no las hay! De las varias aldeas que me tocó misionar por las montañas de Jutiapa, municipio de Atlántida, Honduras, la primera se llama Lis-Lis. Tres catequistas se habían desplazado para traer y acompañar al misionero. Traían un solo caballo. La distancia considerable. Largas horas de caminata. Tres catequistas, más el misionero, más el equipaje. ¡Uyyyy…!, me dije. Me lo supuse:

—Padresito, el caballo lo hemos traído para que usted no se canse.
—¡Ah, muchas gracias. Pero miren, si tres tienen que ir a pie, que sean cuatro. El equipaje puede ir amarrado al caballo.

Y comenzamos la larga caminata rumbo a Lis-Lis. Charla muy animada entre los cuatro. Les cité en un momento dado el pasaje: *"Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz".* Catequistas y misionero, qué bien, todos misioneros. Cerro arriba, cerro abajo, ya eran bastantes los cerros que iban quedando atrás. Pero a nosotros se nos había unido el cansancio. Mal compañero de viaje. Y Lis-Lis no aparecía. Sudábamos todos, incluido el caballo, copiosamente. La sed apretaba. Esta sí que era peor que el cansancio.

Al enterarse de que yo era veterano por tierras de América se alegraron mucho. Dijeron:

—Eso nos da mucha alegría. Teníamos miedo de que nos tocara un misionero al que no le gustaran las tortillitas (maíz) y los frijolitos.
—A mí me encantan.

Y les conté que fue precisamente en Honduras, años atrás, donde había probado, gustado y saboreado las ricas tortillitas de maíz, cuando a la *"baronesa"* (camioneta) se le rompió el eje central y nos dejó a todos los pasajeros a mitad de camino y a mucha distancia todavía de Tegucigalpa. Habíamos salido a las tres de la madrugada y aún quedaba mucho para llegar. En esto, un campesino que debió percatarse de nuestra situación, apareció en su caballo trayendo un buen rimero de tortillas que repartió entre todos. Nunca he comido tortillas más sabrosas. Estaba en ayunas y tenía un hambre voraz. Imagínense.

—¿Falta mucho para llegar a Lis-Lis?
—No más atravesar esos cerros, padresito.

Pregunta de neófito, siendo veterano. Ya se sabe que en América la expresión *"ahí no más, tras el cerro",* no significa *ahí no más*. Al *ahí* pónganle la distancia que gusten, y a lo mejor se quedan cortos. La sed iba en aumento. Por fin encontramos un caserío y pudimos beber. Nosotros y el caballo, que también sudaba con ganas.

Al fin llegamos a Lis-Lis, una aldea con las casitas bastantes dispersas por la orografía del lugar. ¡Gracias a Dios!, exclamé. Entonces me di cuenta que había utilizado espontáneamente la misma expresión que los conquistadores emplearon siglos atrás precisamente en Honduras. Para cerros, Honduras.

Me alojaron en una palapa de paja y barro, que pertenecía a uno de los tres catequistas. El paisaje selváticamente hermoso. Me advirtieron que abundaban las serpientes. Pero que estaban preparados para hacer frente al problema porque en la parroquia les daban cursos de medicina naturista. La parroquia, de donde habíamos partido hacía ya no sé cuántas horas. Así que tras la información ofídica bauticé a mi anfitrión como *"Doctor Francisco".* Un muchacho joven, bueno, de corte netamente indígena.

—“Doctor Francisco”, ¿dónde queda la capilla?
—Ah…, padresito, descanse un ratito. Después iremos. Está a la otra parte del cerro. A caballo se tarda sólo tres cuartos de hora.

¡Tres cuartos de hora! ¿Medidos con qué reloj…? Ese trayecto tuve que hacerlo muchas veces a los largo de los días que duró la misión, subiendo y bajando cerros, visitando enfermos, impartiendo catequesis a niños y adultos. En fin, la labor normal de un misionero.

Debo decir que carecía de todo, y no me faltaba de nada. Es increíble la felicidad que yo sentía en medio de aquella gente, hambrienta de la Palabra de Dios. Yo los veía arañar los cerros para sembrar la milpa (el maíz). Carecían de casi todo, y sin embargo, se veían felices. Por derecho propio eran los verdaderos protagonistas de las Bienaventuranzas en medio de los cerros.

Añadiré una postdata: Fue uno de los pocos sitios donde, contradiciendo el título, y por suerte, no vi ninguna serpiente. Pero *“haberlas haylas”,* que dirían en Galicia.

RÍO QUEPALCATEPEC

Desde cualquier parte que se mire, México es un país de ensueño. Y el Estado de Michoacán, un encanto. Algo parecido al paraíso terrenal, a decir de los entendidos. Uno, que no ha tenido oportunidad de estar en el paraíso terrenal, ni dónde se encontraba, no tiene punto de referencia exacto. Pero uno, que sí ha estado en México, y conoce muy bien Michoacán, da fe de que lo que a continuación relata.

Entre la Sierra del Centro y la Sierra Madre del Sur mexicanos, se localiza una parte plana del territorio michoacano, denominada Tierra Caliente.

Pues bien, en esa Tierra Caliente, y vaya que sí es caliente, se encuentran los valles de Apatzingán, Tepalcatepec, Churumuco, Tuzantla, Tiquicheo, Huetamo, etc.

La siguiente anécdota la sitúa el misionero en su cuaderno-diario, como memoria histórica. Orillas del río Tepalcatepec.

El misionero llegó a la aldea. Ni luz eléctrica, ni agua corriente. Tampoco había en ese momento capilla. Ahora sí, se construyó después de la misión y como consecuencia de la misma. Pero estaba, y seguirá estando, el río.

Es un río risueño y sonoro. Lo de sonoro, más que nada por el nombre, Quepalcatepec. El entorno, campos y gentes. El río riega y baña, y da de beber a campos y gentes. Y qué rico sabe en el trópico bañarse en un río con suficiente agua, aunque ésta esté algo caliente. El agua llega a la cintura.

Al misionero, el río Quepalcatepec le trae muchos y gratos recuerdos. Pero hay algunos envueltos en un cierto, diríamos, *"remordimiento de conciencia".* De tal manera que, cuando reza

el acto de contrición, acentúa el *“a mí me pesa, pésame, Señor”.*

¿A qué se debe el tal *“remordimiento de conciencia”?* La explicación es simple. En vista de no haber agua corriente en la aldea (rancho, se dice allí), el misionero, al programar los actos de misión, incluyó uno, de obligado cumplimiento, que tuvo unánime consenso y aceptación:

—A las cinco en punto de la tarde, todos a bañarse al río, misionero incluido.

Y a las cinco en punto de la tarde todos estábamos en el río. Una buena zambullida en el agua era la mejor preparación y disposición para estar aseaditos, refrescados, y poder escuchar tranquila y descansadamente el sermón.

A falta de capilla, la predicación tenía lugar en un galerón donde se guardaban los aperos y maquinaria de labranza, habilitado para que hiciera las veces de capilla durante la santa misión. Era un galerón de madera, sin paredes, amplio. La falta de paredes resultaba una bendición, pues dejaba pasar la brisa evitando en parte el tórrido calor.

Y bien, río arriba los hombres, río abajo las mujeres, separados ambos grupos a razonable distancia, zambullida va y zambullida viene, qué sabrosa sabía el agua.

De las mujeres, el misionero no puede dar testimonio. De los hombres, sí: nadie usaba bañador. Mejor dicho, nadie no. Hubo una excepción, una sola, que es causa por la que el misionero aún guarda *“remordimiento de conciencia”.* Esa excepción, como es de adivinar, corresponde al misionero. Fue el único que llevaba bañador. ¡Oh, cultura hispana que marca pautas de comportamiento social difícil de superar en momentos puntuales de la vida!

El río Quepalcatepec, como tantos otros ríos de América, pertenecen al paraíso terrenal, antes de ser clausurado. Y es lógico que las gentes que en ellos se zambullen sigan guardando la inocencia prebautismal.

—¡Oh, pecador de mí!, se lamentaba el misionero al correr del tiempo, que no supo superar el tabú del pudor occidental.

¡El único bañador que allí apareció: el del misionero! Fue, sin duda, como un desentono ecológico en medio de tanta inocencia. Por eso el misionero, cada vez que lo recuerda, sigue diciendo:

—¡A mí me pesa, pésame, Señor, por mi falta de inculturación!

UN BEBÉ ASTRONAUTA

Alguien había traído desde España para el pequeño retablo de la capilla una hermosa imagen de aquella princesa mora y cristiana que fue santa Casilda. Motivo por el cual, el pueblo se llama Santa Casilda, aunque la gente lo abrevia y dicen simplemente *Casilda*. De todos modos, la santa es santa, y la gente, además de gente, es buena gente. Este pueblo está en el Estado de Michoacán, México.

Por esas cosas de la Providencia, me tocó dar la misión dos veces en el mismo pueblo. Confieso que la segunda vez fui con muchos interrogantes en la cabeza y un cierto, indefinido, miedo por aquello de que segundas nupcias… Pero me equivoqué. Si preciosa resultó la primera misión, la segunda no le fue a la zaga. Linda gente michoacana.

Iba ya mediada la misión. En el reloj de las estrellas y el canto de los gallos, puntualísimo reloj en la naturaleza, serían las diez de la noche. Al calor natural de esta zona caliente de Michoacán se unía esta noche un calor de bochorno. Calor pegajoso. Los relámpagos señalaban los límites del horizonte, y por la rapidez de los mismos en producirse, estaba claro que en breves minutos la tormenta se nos echaba encima.

Despedí a los últimos rezagados. Cerré el templo y me encerré en mi hotel de cinco estrellas que era la sacristía. Aseadita, pero el calor insoportable. Enseguida llegó la tormenta. Unos truenos de escándalo, pero poca lluvia. En cambio, un viento fuerte, huracanado que iba barriendo los tejados de lámina de muchas viviendas. Aquello era demencial. Para colmo se fue la luz. Un aquelarre de relámpagos fantástico y sobrecogedor.

No duró mucho la tormenta. Al volver la calma, la gente iba saliendo de sus viviendas. Las pocas antenas de televisión que habitualmente se veían encima de los tejados habían desaparecido. Los desperfectos eran notorios, pero no graves. Al día siguiente habría que emplearse a fondo para recolocar las láminas de los tejados. Nadie estaba herido. Esta era la mejor noticia, nadie estaba herido. Sólo un joven matrimonio buscaba desesperadamente a su bebé. Su primer hijo, de sólo tres meses. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de él? No aparecía.

En Michoacán, como en tantos otros sitios, acostumbran a colgar las cunitas de una cuerda, colgada a su vez del techo. Quedando a una altura del suelo aproximadamente de un metro. Es el modo de evitar que cualquier reptil u otro animal puede entrar en la cuna. Las casitas, humildes, casi todas de una sola planta. Pues bien, al volar el techo de lámina arrastrado por el viento, se llevó también la cuna, catapultando al bebé. Busca que te busca, al fin apareció la cuna. ¿Y el bebé? No daba señales de vida. Todos buscando entre la maleza. Nada. ¡Qué momentos de angustia! La pobre madre desesperada. De repente, unos quejidos.

—¡Vive, vive, vive…!, gritó alguien.

¡Dios santo! Parecía imposible. Pero ahí estaba el bebé. Como si fuera un milagro. Más lejos aún que la cunita. El chillido de emoción y alegría de aquella madre debió oírse en todo Michoacán.

—¡Vive, vive…!

No solamente vivía, parecía ileso. No obstante, les dije a los papás que al día siguiente lo llevaran al médico y lo examinara. En Apatzingán un médico lo auscultó bien. Encontró que tenía un

fémur roto. No resultaría problema serio. El hueso pegaría bien y pronto.

Cuando regresaron a Santa Casilda les dije:

—Tenéis un hijo astronauta.
—Seguro que sí, pero mientras tanto, mire, mire, qué a gusto mama.

La fuerza de la naturaleza había sido más benigna con él que Herodes con los infantes de Belén.

UN GATO CON MEMORIA

Zacapu significa “lugar de piedras”, en lengua tarasca. En la actualidad, una mediana pero bella ciudad, cercana a los cien mil habitantes. Dicen que ahí tuvo lugar el primer asentamiento de la cultura Purhépecha. Me tocó predicar allí en varias ocasiones. También en los pueblos de los alrededores. Esta vez nos situamos en uno de estos pueblitos de alrededor.

La misión transcurría con normalidad. Me acompañaban dos Misioneras del Perpetuo Socorro, congregación fundada por la madre Teresa y el padre Nistal, redentorista, unos cincuenta años atrás del relato que sigue.

La asistencia de público, muy buena. Puede decirse que acudía, prácticamente, el cien por cien de la población. Y sin embargo, debo decir que asistía sólo la mitad del pueblo. ¿Cómo es esto? Cien por cien y sólo la mitad. ¿Dónde estaba la otra mitad? Muy sencillo. Como en tantos pueblitos de Michoacán, mientras la mitad del pueblo anda, de espaldas mojadas unos, legales otros, trabajando en Estados Unidos, la otra mitad cuida del pueblo. Eso dura medio año. Entonces regresan los *“gringos”* que estaban trabajando en Estados Unidos y se van los que habían estado cuidando del pueblo. Y así sucesivamente. Curioso y democrático sistema laboral.

Conmigo estaban, como digo, dos misioneras; excelentes misioneras del Perpetuo Socorro: las Hnas. Marina y Julieta. Marina fue superiora general de la Congregación. Un día comenzó a intrigarnos las idas y venidas que la Hna. Julieta realizaba a la bodega de la casa parroquial. ¿Qué le pasará a esta Hna.? ¿Y por qué está siempre tan contenta? Total que un día la seguimos. ¿Qué lleva en la mano?

El misterio se aclaró pronto. Nos dimos cuenta también de por qué decía tantas veces, con un deje de nostalgia, que en su convento no había gatos. Resulta que una apacible gata había tenido gatitos. Y la buena Hna. discípula en secreto de san Francisco de Asís, se había impuesto la dulce tarea de llevarles todos los días algo de comida a los gatitos y a la madre gata. A la gata la llamada *"hermana gata"* y a los gatitos *"hermanos gatitos"*, quién sabe si con la íntima y secreta esperanza de llevarse algún gatito al convento. Todo muy franciscano.

Pero la esperanza se desvaneció pronto, pues se encontró con la Hna. superiora que enseguida la sacó del franciscano sueño:

—¡En el convento no hay sitio para gatos!

Pasaron dos años. Al párroco le habían cambiado de pueblo. Y lo primero que hizo fue pedir la misión para la nueva parroquia. Me tocó ir a mí. Fui. Y a quien primero encontré fue a uno de los "hermanos gatitos". Ya estaba bien crecido. Debió de reconocerme enseguida, porque le dije:

—Hola, hermano gatito.

Y él, moviendo el rabo, respondió:

—¡Miauuu…!, mientras alisaba mi pantalón con su rabo.

Ya sabía yo que los gatos tenían memoria. Y las monjas nostalgia, llena de franciscana ternura.

UN PANTALÓN ERRANTE

Al misionero le toca recorrer los anchos caminos del mundo. Polvorientos, a veces; pedregosos, otras; inexistentes apenas, en la espesa y tupida vegetación de la selva. Naturalmente, la ropa suele quedar destrozada cuando hay que ir abriéndose brecha por las junglas.

En aquella ocasión, al misionero le habían regalado un "corte", así lo llaman, de tela para hacerse un pantalón. Conocía a un sastre, bueno como persona y también como sastre. El buen sastre tenía un hijo estudiando en el seminario (oh, tierra bendita de Guatemala). Sastre y misionero se habían hecho buenos amigos. Con el corte de tela bajo el brazo el misionero se presenta en el taller.

—Señor Hernández, ¿cómo le trata la vida?

Luego de un rato de amena charla, y tomado que hubo el buen sastre las medidas para hacer el pantalón al misionero, éste le dice:

—¿Qué día le parece bien que venga a recoger el pantalón?
—El jueves estará listo.

Al jueves siguiente, por la tarde, allí que se presenta el misionero. El pantalón estaba listo y guardado ya en una bolsa. Color de la bolsa, blanco. Color del pantalón, un verde suave, precioso. La tarde espléndida y tropical.

Naturalmente, al día siguiente era viernes. Por cierto, viernes y 13. El misionero, al que el número 13 le va, no es supersticioso, pensó que era buen día para estrenar el flamante pantalón. Dicho y hecho. Y a la calle que sale, temprano, cuando en el trópico aún no calienta el sol en exceso.

Flamante iba el misionero por la calle. Iba de estreno. La vanidad del misionero estaba servida, no ante la gente, que aún era poca por las calles a esas horas aún tempranas, sino ante sí mismo. Que no todos los días se anda de estreno, claro.

Viernes y 13. La verdad, al principio no notó nada. Pero según el sol iba aupándose en el horizonte y sus rayos iban impactando en el recién estrenado pantalón, el misionero notó algo raro. ¿Estaría teniendo problemas de visión? ¿Tendría un trastorno en la visión cromática, es decir de los colores (cromatopsia), y dentro de esta discromatopsia, daltonismo, que es la forma más frecuente?

—Pero si yo no estoy viendo en blanco y negro. Todo lo contrario, veo más colores.

Una sospechosa policromía en el verde suave y bonito del neo-pantalón, le hizo fijarse mejor. Se detuvo. Echó a andar. Volvió a detenerse. Parpadeó, por si era defecto de su vista. No, la vista no le fallaba. Se dio media vuelta y fue corriendo a cambiarse.

—¡Ave, María! ¿Pero qué es esto?

Dos destellos luminosos en perfecto dúo de matices cromáticos daban sensación de alguien escapado poco menos que de un circo. Cada pernera del pantalón tenía distinto color; aunque parecidos, eso sí.

—¡Tierra, trágame!

Pero antes de que la tierra se lo tragara, y por si acaso, que era viernes y 13, por más que el misionero no fuera supersticioso, éste se fue corriendo a la casa del amigo sastre. En la misma bolsa, color blanco, metió el pantalón, color verde

suave, precioso. Y se presentó, apenas abrió, en el taller del señor Hernández, su amigo.

—¡Señor Hernández, que me van a contratar en el circo!
—¡Cómo así, amigo!
—Sí, que necesitan un payaso; pero tiene que llevar el traje de arlequín por su cuenta. Y yo ya lo tengo.
—¡No me diga!
—¡Sí, le digo!

El misionero sacó entonces el flamante pantalón, color verde suave, precioso, de la bolsa, color blanco, y lo estiró ante los incrédulos ojos del buen sastre.

¿Qué había pasado? Pues que otro cliente le había llevado también otro corte de tela, parecido de color, pero no igual. Color verde suave, sí, pero no tan precioso. El buen sastre debió despistarse, confundió los trozos ya cortados, los emparejó equivocadamente, y el resultado fue un par de preciosos pantalones, verde polícromos ellos, pero cada uno con la media mitad del otro, no aptos para la calle, sí para el circo.

Los dos amigos se echaron a reír a mandíbula batiente.

—Ya me había intrigado al decirme que lo habían contratado para el circo. Hasta pensé que había colgado los hábitos.
—Señor Hernández, los hábitos, no; pero el pantalón, sí.

Gajes del oficio.

UN PUEBLO MIXTECO

No suele resultar fácil dar con la raíz patronímica original de los pueblos. Si uno recorre la amplia geografía mexicana, todo le suena, fonéticamente, a español, por aquello de que la gente habla en español. Pero cuidado. México es el Pueblo donde he encontrado los nombres más difíciles de pronunciar. Mucho más que entre los aymaras y quechuas del Perú. Y sin embargo, son nombres de una belleza semántica excepcional. Y si no, que se lo pregunten a los purépechas de Michoacán.

Huicholes, Tarahumaras, Tepehuanes, Nahuas, Coras, Otomíes, Tzeltales, Tzotziles, etc., etc., hacen de la nación azteca un espléndido mosaico de razas y lenguas.

El pueblo al que ahora voy a referirme pertenece a los mixtecos. En dos ocasiones estuve allí. La segunda más a fondo que la primera. En entusiasmo de la gente resultaba contagioso. Tienen una comunidad-base, no de base. Así dicen ellos. Porque todo el pueblo es la Comunidad y Cristo la base.

No es, ni mucho menos, frecuente ver esto. Pero aquí todos los días se reúnen a las siete y media de la tarde a rezar las Vísperas. Es su forma de oración comunitaria. Simple y viva al mismo tiempo. La introdujo un cristiano seglar. Pepe. Me dijo que no dijera su apellido, que no le gusta figurar. No lo diré.

—Gracias, Pepe. Lo que son las cosas. Hiciste un Cursillo de Cristiandad y te cuestionaste en serio tu *"cuarto día".*
—Algo había que hacer por Cristo.
—Comenzaste a visitar el pueblo y mira lo que resultó. El caso es que no vives aquí.
—Efectivamente, no vino aquí, sino en Xalapa.

—Casi sin darte cuenta te convertiste en un apóstol para esta gente. Eso que, había sido un pueblo de matones, como me comentaste.
—Había sido…, fue. Pero ese tiempo ya es pasado. Ahora no hay matones.
—Qué cambiazo. Se siente uno a gusto con vosotros.
—Sí, pero al principio casi me matan.
—En cambio hoy eres su ídolo. Te quieren. Te adoran. Cómo se ve que los mixtecos saben apreciar lo bueno.

Me sentía a gusto con aquella gente mixteca. Y me resultaban muy gratificantes las charlas con Pepe. Sobre todo hablando de los Cursillos de Cristiandad. Pepe me recordaba sus vivencias. Yo le hablaba de mis experiencias en los muchos Cursillos que me tocó dar en la Casa del Peregrino, en Guatemala. No sé, era como remontarse y recordar las primeras comunidades cristianas, tan llenas de fervor.

—Pero no vaya a pensar que siempre fue así.
—Ya, ya me lo has contado. Fue un pueblo de borrachos y matones.
—Fue. Pero fíjese en esa cruz.
—Ya me he fijado, ya.

Era una cruz de misión. Preciosa, y bastante antigua. Lástima que estuviera muy estropeada por el comején. Otros redentoristas habían pasado por aquel pueblo predicando la misión con anterioridad. En cada ocasión iban poniendo la fecha.

—Muchas misiones…, pero el pueblo no se convertía.
—No lo crea, padre, no lo crea. Cada misión fue una llamada de Dios.

Una llamada de Dios. Qué bien dicho está eso. Dios tiene para cada uno su momento. Para Pepe fue el Cursillo de

Cristiandad. Un seglar que se tomó en serio a Cristo y ahora estaba resultando ser un instrumento en las manos de Dios para esta gente.

—Vamos a rezar las Vísperas, Pepe.
—Vamos.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Pág.

ABENÁMAR, ABENÁMAR 3
AL CIELO EN BICICLETA 5
ALTA TEOLOGÍA EN SARRIA 7
AMÉRICA MISIONERA 9
ARTISTAS EN CIERNES 12
BAJO EL ECLIPSE TOTAL DE SOL 15
BAJO LA CARPA DEL CIRCO 18
DÍA DE TORMENTA 21
DIEZ CENTAVOS DE MÚSICA 23
DIOS JUEGA EN BOLSA 25
DIPLOMADO EN CRISTO 27
DOÑA BRAVANTE DE GEN-NO-BEBA 29
EL ALCOHOL NO ARDE 32
EL BAR DEL ROSARIO 34
EL CRISTO PAGANO 37
EL DEL PALITO, NO 40
EL DOBLE DE BUTRAGUEÑO 43
EL ERMITAÑO DE BENIGANIM 45
EL FAX DE SIMINIPUCHE 48
EL GUARDAESPALDAS 51
EL HERMANO LEGO 53
EL PADRE “SITO” EN MÉRIDA 55
EL PASTOR DE SAN JUAN 58
EL SACRISTÁN Y SU CAMPANA 61
EL TEMBLOR DE XELAJÚ 65
EN UN LUGAR DE LA MANCHA 68
FARISEOS Y PUBLICANOS 72
JÓVENES CON SÍNDROME DE SOLEDAD 75
LA COMUNIÓN COMO SOUVENIR 78
LA MISIÓN DE LA CEIBA 81

LA MORDIDA 84
LA PIEDRA NEGRA 86
LA SAL Y EL MANTEL 89
LA SELVA DEL PETÉN 93
LA SOLEDAD DE LOS ANCIANOS 95
LA ZONA ROSA 98
LAS CEBOLLAS DEL DESIERTO 100
LATINES DE ALDEA 103
LIGEROS DE EQUIPAJE 105
LOS CATEQUISTAS MÁRTIRES 107
LOS MÉDICOS CATÓLICOS 110
LOS MILAGROS DE INDURÁIN 113
LOS NOVIOS DE CANÁ 118
MONSEÑOR ROMERO, PRIMERO SANTO Y DESPUÉS MÁRTIR 120
MORIRSE A LA CARTA 132
OJOS DE MADRE 135
PALOMA DE LA PAZ 138
PESCADOR EN ALTAMAR 141
PLATERO Y LA MONJA 144
POR LIS-LIS ENTRE SERPIENTES 147
RIO QUEPALCATEPEC 150
UN BEBÉ ASTRONAUTA 153
UN GATO CON MEMORIA 156
UN PANTALÓN ERRANTE 158
UN PUEBLO MIXTECO 161

Dedicado a los Misioneros
que han sido, son, y serán.

Vísperas de la Inmaculada
del año 2014